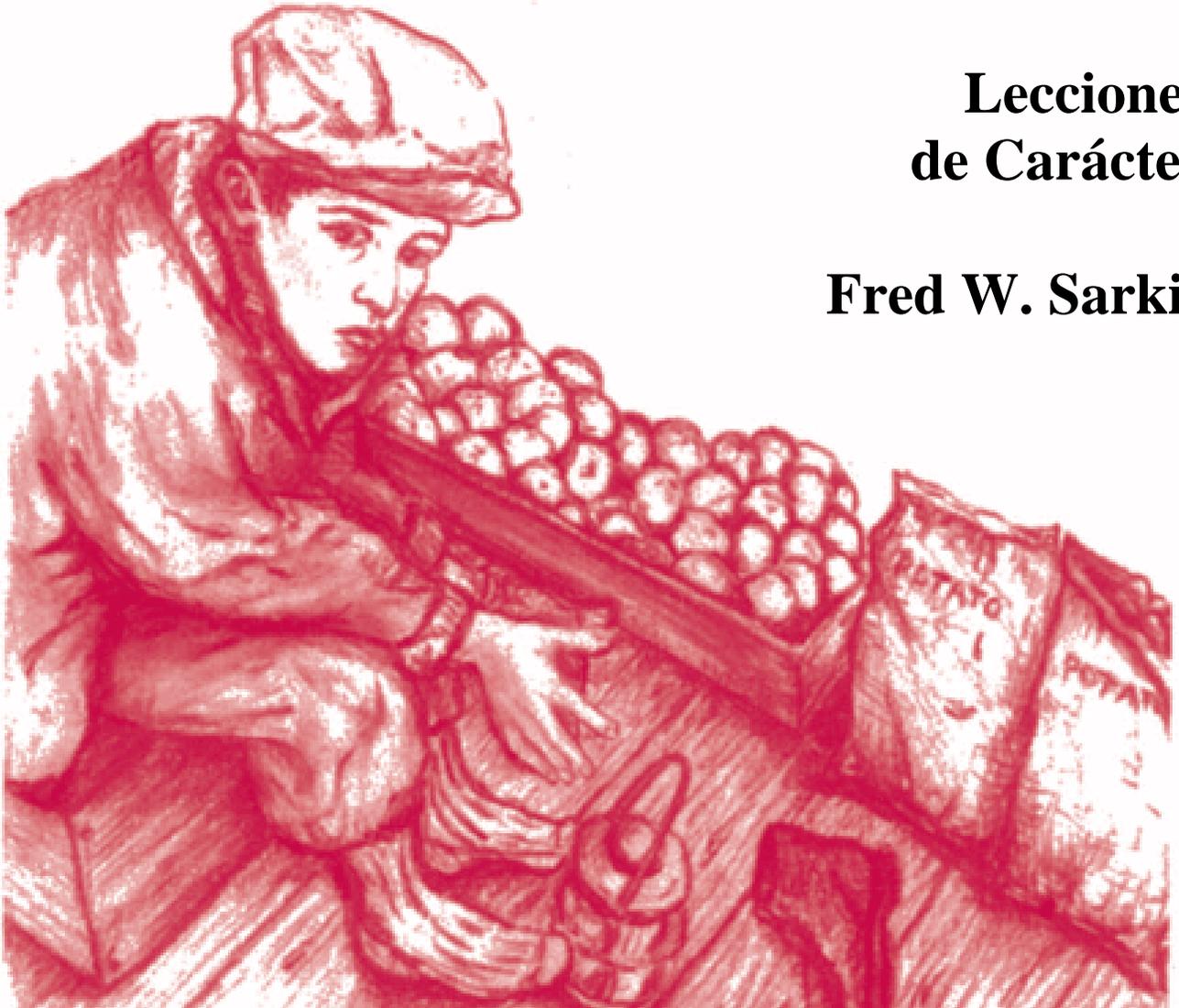




Sí Pa

**Lecciones
de Carácter**

Fred W. Sarkis



Sí Pa es una lectura actualmente utilizada como requisito en las escuelas a través de los Estados Unidos, Canadá y en muchas otras partes del mundo. *Sí Pa* une a los maestros, padres, mentores y niños con su mensaje para edificar carácter. Estudios independientes investigativos reflejan resultados positivos. El programa de *Sí Pa* se provee gratuitamente a través de la Fundación de Sí Pa, una corporación 501 (c) (3) sin fines de lucro.

Visite a www.YesPa.org para bajar de gratis la Guía de Recursos para Maestros. Baje y copie los libros de *Yes Pa* que necesite para su grupo. Vea los testimonios y videos de los niños. Haga una entrada en el libro de visitantes o contáctese con Fred a YesPaCares@aol.com.

Derechos reservados bajo la Convención Internacional y Panamericana, incluyendo el derecho de la reproducción en su totalidad o en parte de cualquier forma. Cualquier intento de reproducir este libro o para reproducir las materias de sitio Web de www.YesPa.org **para ganancias materiales o para el uso comercial** es estrictamente prohibido.

La Misión de la Fundación Sí Pa

La misión de la Fundación Sí Pa es de ayudar a los jóvenes a desarrollar un buen carácter personal, que incluye una actitud positiva, la perseverancia, y el sentido de la seguridad de que pueden afectar su futuro por las decisiones que eligen hacer. El programa de Sí Pa acentúa la honradez, la determinación, y el entusiasmo como llaves al éxito en la escuela y en la vida.

Sí Pa es un resumen y libro de texto de la edición de la autobiografía de El Preso del Camión.

Sí Pa fue desarrollado con la ayuda voluntaria de educadores regionales y nacionales para la fomentación del desarrollo del buen carácter. Todas realezas de la venta de *Preso del Camión*, van hacia el apoyo de la Fundación de SíPa.

El preso del Camión puede ser comprado en el sitio Web de www.YesPa.org o por cualquier librería en los Estados Unidos, incluyendo Barnes and Noble y Amazon.

Nota para los Educadores y los Mentores

El derecho de poder *libremente* imprimir copias de *Sí Pa* de la copia en formato PDF en el sitio Web de www.YesPa.org, es un regalo de la Fundación Sí Pa, Inc., una organización sin fines de lucro bajo la sección 501 (c) (3) del código de las Rentas Internas.

Visite **www.YesPa.org** para los cuatro pasos que los maestros de la educación para la fomentación del desarrollo del buen carácter recomiendan para lanzar el programa de Sí Pa gratuito y para información de como imprimir copias de Sí Pa para su grupo de participante.

Agradecimientos

A la familia de Jacoby por su ayuda con mi autobiografía publicada, *Preso del Camión*, la cual llevó al desarrollo de *Sí Pa*. A Jane Alden por el diseño de la cubierta del libro.

A Cathy y Philip Vitale por el diseño original del sitio Web de www.YesPa.org.

Por la inspiración y la ayuda en el temprano desarrollo del programa Sí Pa, doy gracias Jim Smith, Rick Born, Peggy Wegman, Sharon Smith, Peggy Axtell, Miryam Matulic Keller, Frank Duserick y Dr. Tom Lickona.

A los voluntarios Joanne Agrasto y Dan Green, maestros de sexto-grado que creyeron en el mensaje y la misión de *Sí Pa* y quienes proporcionaron mayores contribuciones en el desarrollo y la continuidad del programa. A Lynne Gochenaur, especialista de prevención, por la gran ayuda en los estudios de investigación realizadas en seis distritos de las escuelas.

La búsqueda para la ayuda de profesionales es común en cualquier intento. Lo que no es común aquí son las contribuciones adicionales que ellos hicieron por el interés de la misión de la Fundación de *Sí Pa*. Doy gracias a Rob Lillis por la investigación objetiva basada en la ciencia; Eric, Amy, y Erica Vienne por la producción videográfica, Heidi LeMaire por el continuo diseño del sitio Web y Marthe Seales por la redacción final de *Sí Pa*.

A Danny Wegman, el Dr. Tom Lickona, Marthe Seales, el Alguacil Phil Povero, el Jefe de la Policía Pat McCarthy, Alcaldesa de Canandaigua Ellen Polimeni, Alan Moore, Richard Worden, Dean Kingsbury, Sally Soler, Tim Leahy, Christie Principe, Rob Lillis, Lynne Gochenaur, Joanne Agrasto y Dan Green—todos voluntarios que contribuyeron al sobresaliente video testimonial de ocho minutos para aumentar el potencial nacional del programa de Sí Pa.

A Jim Holden, Gobernador de Distrito de Rotarios Internacional, por introducirme a sus cuatro pasos para construir carácter y a su ayuda humanitaria alrededor del mundo para promover el entendimiento y la paz mundial.

A muchos amigos que me hicieron sentir que mi mensaje como voluntario hacia los niños, los maestros, y los padres obtenía el mérito.

Doy gracias a mi esposa y la familia por permitir dedicar mi tiempo y energía como voluntario, para motivar a los niños y adultos para que ellos sean lo mejor ellos puedan ser en carácter y con sus logros.

Y por último, a Dios, que me ha dado mucha salud y la energía para continuar con mis objetivos nacionales de la Fundación y la misión.

“Los mensajes de carácter tienen que ser pronunciados por una persona con buen carácter. Fred Sarkis es esa persona, y la extraordinaria historia de su vida ayudará a cualquier persona, joven o mayor, a ser una buena persona y llevar una mejor vida. Sí Pa tiene el poder de tocar los corazones y hacer relucir lo mejor que hay dentro de todos nosotros”

**-Dr. Thomas Linkona,
autor de *El Carácter Importa*,
y el Director del
Centro del 4ta y 5ta R's
(Respeto y responsabilidad),
www.cortland.edu/character**

PREFACIO

J. R. SMITH

¿Qué haría usted si uno de sus padres es abusivo? ¿Qué haría usted si sus compañeros de clases le llaman con nombres insultantes? ¿Qué haría usted si se encuentra enfrentando con una crisis personal? Fred Sarkis sobrellevó todas estas dificultades, las describe en este libro, les dice cómo las sobrevivió, y enlaza lo que aprendió acerca de sí mismo y como puede ser útil a otros.

A través de su autobiografía se encuentran sus historias personales dichas abiertamente y francamente, revelando la vida de un hombre que sufrió amargas derrotas, pero las sobrevive para sentirse aún más fuerte que nunca. A veces su fe en él mismo y en Dios eran los únicos recursos, y a través del sentido de la autosuficiencia hacia el trabajo dedicado, en la honradez, en la imaginación, y en la perseverancia es como los sueños de Fred Sarkis son hechos realidades.

En este libro, usted aprenderá la importancia del entusiasmo, una actitud positiva, el valor de ser honesto con usted mismo, y el poder de tener un objetivo. Enfrentando algunos de los momentos más oscuros de su vida durante la niñez y los años que maduró con relación a los negocios, el autor es ahora un abuelo amoroso con una sonrisa en su rostro, un brillo en los ojos, y un deseo en el corazón. Si usted se lo permite, él lo cautivará con su espíritu y lo llevará a un viaje de autodescubrimiento para hallar las verdaderas recompensas ricas de la vida.

La lectura que este libro le inspirará con su mensaje así como revela la fortaleza interior de una persona que ama la vida, confronta la adversidad, y demuestra cómo servir a otros utilizando la Regla de Oro como su bandera.

J. R. Smith es un Profesor Honorario, del Colegio de Earlham, Richmond, Indiana. El fue un educador por 38 años—maestro de inglés en la escuela secundaria, un Coordinador de Humanidades, un Director de la Escuela de la Demostración y entonces un profesor en el Colegio de Earlham por 24 años.

Un Mensaje de Fred a los Niños

Los recientes censos muestran que muchos niños tienen a un solo padre o ningún padre en sus hogares. Después de muchas de mis charlas a los niños, a menudo yo escucho, "Fred, su niñez fue dura, pero los niños con un solo padre o ningún padre en el hogar lo tienen más difícil. Por lo menos usted tuvo todos los beneficios de una familia, de la iglesia, y del amor de un padre, de una madre, de hermanos y de hermanas".

Esto es correcto, pero de cierto modo, todos nosotros tenemos alguna forma de adversidad o "prisión". Es lo que hacemos con esa adversidad o prisión que es lo que determina hacia adonde vamos por el resto de nuestras vidas.

A la edad de 12 años, yo cambié mi actitud. Permití que mi luz interior brillara. Fijé mis objetivos. Gané mi libertad. Así, grito desde los tejados: "En cualquier edad, si pone toda su concentración y trabaja duro, usted puede lograr los objetivos prácticos que se proponga". Aunque sea solo un "mini-objetivo" a la vez, pero que sea con mucha paciencia y determinación a su vez.

Así que aquí está, mi deseo para usted.

Convierta su adversidad en una oportunidad. Nunca se de por vencido. Deshágase de malos hábitos. Fijé buenos objetivos prácticos. Encuentre recursos para la ayuda, la dirección, y el apoyo para deshacerse de los problemas—inclusive de la adicción o el abuso. Este apoyo está disponible en las escuelas y las agencias. Vea el sitio web de Sí Pa para los enlaces de estas ayudas. Esta clase de ayuda no existía cuando era chico.

Oro que las lecciones de *Sí Pa* lo ayude a encontrar la felicidad en todo lo que usted haga—y el valor y la determinación para poder asumir algún fracaso y convertirlo en éxito.

Fred W. Sarkis, Autor, Portavoz, y Voluntario

Peace & Love
Fred Sarkis

P. D. Disfrute de los videos de los niños, haga una entrada de libro de visitantes y/o vea "Enlaces Útiles" para organizaciones que ayudan a los necesitados. La ayuda también está disponible a través de sus consejeros en la escuela o por los mentores.

www.YesPa.org

Las memorias de la niñez



Una foto de la Calle 11 de la Evergreen en Rochester, NY
Vivíamos en la mitad izquierda.

Es el año 2007. Tengo 81 años. Permítanme decirles como eran los tiempos cuando yo tenía seis años, hace mucho tiempo atrás en el 1932. En ese entonces Herbert Hoover era nuestro Presidente. Yo atendí mi primer grado en una escuela Católica.

Eran tiempos muy, muy difíciles. El trabajo no era fácil de conseguir. Muchas personas dependían del gobierno para la ropa, los zapatos y el carbón para calentar sus hogares.

Las madres no trabajaban fuera del hogar, pero se mantenían ocupadas como amas de casa, tanto de día como durante la noche. No había lavadoras ni secadoras de ropa, estufas, ni refrigeradores. Todo el lavado era hecho a mano en un cubo de veinticinco galones y una tabla de lavar. La ropa mojada era colgada afuera en una línea para tender la ropa para así poder secarse. Las estufas generalmente quemaban madera o carbón y los refrigeradores eran realmente hieleras. Los pedazos de carbón eran alrededor del tamaño de un limón, y se utilizaban para calentar nuestra estufa en la cocina. Mi mamá horneaba pan, pasteles, y bizcochos en el horno. Siempre había una olla grande de agua caliente al vapor en la parte de atrás de la estufa.

Si tenías un catarro te envolvías la cabeza con una toalla, y cubriéndose sobre la olla de agua, el vapor tibio te daría un poco de alivio. Si dejabas caer el agua con una cucharita en la parte de encima de la estufa caliente, el agua se disolvía en pequeñas gotas que y saltaban y rebotaban en un baile salvaje antes desaparecer en un hilo de vapor caliente.

En aquellos tiempos el vendedor de hielo venía a nuestra casa una vez a la semana. El iba a la parte de atrás de su vagón, buscaba entre el aserrín un inmenso bloque de hielo de quince libras y lo llevaba en su hombro hasta la casa. Mi madre le pagaba quince centavos, hablaban un poco, y él seguía hacia la próxima casa. Cada cocina tenía una hielera para mantener la leche, la mantequilla, los huevos y las verduras para que no se dañaran.

Cada mañana el lechero entregaba leche fresca, directamente a la puerta de la entrada de nuestra casa, y la ponía en la caja de leche. Nuestra caja de la leche tenía dos pequeñas puertas, una por la parte de fuera y una por dentro de la casa. El lechero venía cerca de las cinco en punto de mañana todos los días. El abría la puerta y se llevaba las botellas limpias y vacías y un sobre con dinero que mi mamá dejaba la noche anterior. Entonces él colocaba dos cuartos de galón de leche fría y fresca en el estante dentro de la caja y se iba. Todavía puedo escuchar el ruido de las botellas de leche vacías dando una contra la otra mientras él caminaba por la acera.

Durante los meses de invierno, carbonero entregaba montones de carbón para calentar nuestra casa. El utilizaba una chorrera, como la que ustedes ven en un parque de niños, para poder transferir el carbón de su camión por la ventana hacia un depósito de carbón en el sótano.

A la edad de seis años, yo comencé a aprender a cómo palear el carbón hacia el horno grande. Para conseguir que el fuego se encendiera, comenzaba con papel y pedazos de madera. Entonces movía el carbón con la pala hacia la puerta grande y abierta del horno. El carbón agarraba fuego, encendiéndose para calentar la casa. El calor del carbón duraba por varias horas. El horno tenía unos grandes tubos cilíndricos que llevaban el calor a cada cuarto.

Los pedazos de carbón se quemaban lentamente convirtiéndose en ceniza y carbonilla. Una llave inglesa muy pesada se utilizaba para sacudir las parillas del horno donde el carbón descansaba. Las cenizas del carbón caían en la parte de abajo del horno. Todos los días alguien las cernía en cubos de metal formando nubes de polvo. Los ojos, la nariz, el pelo, la boca, y la ropa se llenaban de este polvo. Se podía oler y probar la ceniza sulfúrica que llenaba el aire. Cada vez que las cenizas eran recogidas, teníamos que bañarnos o por lo menos sacudirnos. Cualquier pedazo de carbón que no bajara por el cedazo era echado nuevamente al fuego candente junto con el nuevo carbón. Las cenizas se vertían en un cubo de metal y se ponían en la calle y eran recogidas por la colecta de la basura. Algunas cenizas y carbonillas eran esparcidas en las aceras y caminos congelados de la ciudad para que las personas no se resbalaran y se cayeran.

Los niños encontraban una variedad de maneras de como entretenerse. No había computadoras, reproductores de disco compacto, videojuegos, ni teléfonos celulares. Muy pocas personas en mi vecindario tenían televisión, radio, o teléfono. Los niños jugaban al aire libre al infernáculo y a brincar la cuica. Las pelotas de béisbol y de fútbol eran de cuero viejo y cuarteado. Algunas se

descosían, pero todavía se podrían tirar, agarrar, y divertirnos. No había baloncesto ni campos de tenis. Esos deportes todavía no eran muy populares.

Un autobús o tranvía nos llevaba al parque de la ciudad o la playa para entretenernos un poco durante el verano. En el invierno nos íbamos de paseo con trineo cuando había suficiente nieve. Unos cuantos niños en el vecindario tenían trineos y solo uno de los niños tenía un tobogán viejo. En ese entonces, los patines de hielo y patines de ruedas eran abrochados a los zapatos con abrazaderas de metal. También los niños jugaban con una variedad de juegos de mesa incluía las cartas, a los “jacks”, y a recoger los palitos. También jugabamos con las tapas de botellas y frascos de diferentes tamaños. Las tirabamos a través del piso de linóleo de la cocina para que giraran hasta que se balancearan y zigzaguearan dentro y fuera entre las piernas de la estufa, la mesa, y de las sillas. A veces ellas se tambaleaban lentamente hacia un rincón. ¡Había veces que ellas se estrellaban una contra la otra resonando duro al chocar! No importaba lo pobre que las familias fueran, siempre los niños con su imaginación encontraban la manera de como divertirse en cualquier momento y en cualquier lugar.

En aquella época, los neumáticos de los coches tenían llantas en la parte interior. Para arreglar un neumático desinflado se tenía que remover la llanta del neumático, pegar un parche de caucho con adhesivo de goma e insertarla de nuevo dentro del neumático llenándola de aire hasta que sellara completamente, y por último conectándola a la rueda del carro. En ocasión, las personas compraban una llanta nueva y tiraban la vieja a la basura. Los niños siempre encontraban buen uso para las llantas desechadas. La mayor parte del tiempo ellas se llenaban con aire y eran utilizadas para la diversión familiar en el lago o para rodarlas en en el césped— a veces con un niño pequeño metido dentro del interior. Hacíamos pistolas muy resistentes con estas llantas desechas. Lo único que necesitábamos era un pedazo largo de madera como de 16 x 3 x 1/2 pulgadas, dos tiras finas de la llanta, un clavo, y una pinza de ropa partida por la mitad. Las dos tiras de llanta se estiraban muy fuertemente para poder poner la pinza de ropa en su lugar y formar un gatillo. Un clavo formaba el dedo del gatillo. Otra tira de la llanta se estiraba fuertemente y era insertada a la cabeza de la pinza de ropa. Entonces ya estabas listo para disparar una goma de tamaño gigante de la pistola casera sin causar peligro alguno. Tenias que ser rápido para esquivar una bala de goma. Todos teníamos varias gomitas adicionales para recargar y disparar de nuevo. Jugabas con media docena de niños. El ganador era el último en no ser golpeado por una gomita.

En el Día de las Brujas agujerábamos una lata vacía muchas veces con un clavo y conectábamos un alambre lo suficientemente largo para poder darle vueltas en círculos grandes. Entonces llenábamos la lata con hojas caídas secas y crujientes. Utilizábamos un fósforo para comenzar un pequeño fuego dentro de la lata. Era un poco complicado para hacer que funcionara bien. Cuando el humo salía de la lata, le dábamos vueltas en círculos para crear una variedad de diseños

con el humo mientras marchábamos hacia arriba y hacia abajo en las aceras. Teníamos mucho cuidado. Nuestros padres nos lo permitían. Era divertido y nunca nadie se hizo daño.

Solamente unas cuantas familias de nuestra calle tenían automóviles. Los “trolleys” en la calle, también conocido como el tranvía, llevaban a las personas donde ellos quisieran ir. No había autobuses escolares. Se tenía que caminar a la escuela más cercana del vecindario. No había supermercados grandes, ni centros comerciales, ni “Wal-Mart”, ni supermercados “Wegmans”, pero si había almacenes muy grandes en el centro de la ciudad y pequeños centros comerciales en cada vecindario.

Diariamente mi madre pasaba largas horas preparando las comidas, lavando la ropa sucia, cambiando los pañales—muchos pañales—y manteniendo nuestra casa “limpia y resplandeciente”. Ella era una persona paciente, dulce, cariñosa, y amorosa. Cuando yo tenía cuatro años, tenía una hermanita recién nacida llamada Shirley. Ella nació prematuramente. Era realmente tan pequeña que al nacer podía dormir en una caja de cigarros que mi madre había forrado con algodón y lino. El tamaño de una caja de cigarros no es mucho más grande que un diccionario mediano. En los días fríos, mi madre colocaba la caja de cigarros junto a la estufa para mantener a la pequeña Shirley calentita. (Hoy en día los hospitales tienen incubadoras para poder mantener vivos a los bebés prematuros). Tristemente, Shirley no era lo suficientemente fuerte para vivir. Ella murió a los dieciocho meses. Nadie podía creer que mi madre lograra mantenerla con vida tanto tiempo, pero yo si podía creerlo.

Durante la Gran Depresión cuando tenía seis años, miles de personas perdieron sus trabajos y sus negocios. Cientos de personas esperaban en fila por largas horas para recibir una pequeña ayuda del gobierno, para poder alimentar a sus familias, obtener ropa para abrigarse, o para conseguir carbón para calentar sus hogares. Mi padre era dueño de una pequeña heladería y dulcería en la Calle Principal en Rochester. Pero las personas dejaron de comprar helados y dulces. Tenían que ahorrar su dinero para sus alimentos y refugio.

Mi padre perdió su tienda de helados. Si te atrasas mucho con los pagos de las mensualidades, el banco se queda con su propiedad para venderlo a otra persona que pueda pagar. Mi padre quedo muy triste. El tenía que encontrar la manera de sustentar a su familia que crecía, así que entonces compró un caballo con un vagón. Se levantaba muy temprano en la mañana e iba al mercado público para comprar frutas y verduras de los agricultores del área. Se ganó el sustento conduciendo un caballo con un vagón hacia los hogares de personas para pudieran comprar los productos.

Las drogas, tal y como conocemos hoy en día, no eran problema durante la Gran Depresión. Para esos entonces, las drogas eran algo que se obtenía del médico para sentirse mejor. Algunas personas bebían demasiada cerveza y

whiskey. Aunque los tiempos eran difíciles, algunas personas encontraban dinero suficiente para continuar bebiendo licor.

Cuándo comencé el primer grado, yo no sabía nada acerca de las depresiones. Era un niño joven y feliz que le encantaba jugar en la calle con sus amigos. Mi madre hizo posible que nuestro hogar fuera un lugar feliz y seguro, aunque mi padre no siempre hablaba bien. A menudo su tono de voz me daba miedo. Una vez, él se enfadó tanto con mi madre que la arrastró por el pelo a través del piso de cocina. No duró mucho tiempo. Mi padre dijo estar arrepentido. Mi madre me explicó que la razón por la cual él se comportaba de esa manera es porque él se encontraba bajo mucha presión por haber perdido la heladería y dulcería. Nos dijo que él sentía triste por dentro porque él no tenía el dinero para comprar cosas buenas para su familia.

Mi padre hizo suficiente dinero con el caballo y el vagón para lograr comprar un pequeño camión Ford usado del año 1925. El todavía se levantaba cada mañana a las cuatro en punto para ir al mercado público y comprar frutas y verduras de los agricultores locales.

Para este entonces él tenía una ruta de clientes conocidos. El dividía la ciudad de Rochester a la mitad. Los lunes, los miércoles y los viernes, él visitaba la zona oeste del Río Genesee. Los martes, los jueves y los sábados él cubría la zona del este. Estacionado a lo largo de la calle, en frente de los hogares, mi padre vendía su producto a muchas amas de casa a través de la ciudad de Rochester. Para ellas se les hacía muy conveniente. No tenían que andar ni viajar hacia los centros comerciales o al mercado público. Mi padre entregaba alimentos frescos a un precio justo y directo a sus puertas.

Durante el tiempo de frío las señoras salían afuera con sus abrigos y sombreros de invierno, se subían a la parte de atrás del camión que tenía los lados y la parte de arriba de madera y no tenía ventanas. Una lámpara de petróleo en la parte de atrás daba ambos luz y calor. El calor prevenía que las verduras se congelaran y brindaban un poco de calor para el cliente y para mi padre mientras hacían el negocio en la parte de atrás de ese viejo camión. Las horas eran muy largas y mi padre trabajaba muy duro. Normalmente él no llegaba a casa pasado de las 8:00 de la noche durante los días laborables y los sábados no volvía a casa hasta las 11:00 de la noche.

Preguntas que un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. Compare y contraste su ambiente durante la niñez con la de Fred.
¿Cuál niñez fue la más difícil? Explique por qué.**

- 2. ¿Hubiera preferido vivir en aquellos tiempos, o ahora? Explique.**

Estudiantes –

Hable con sus padres o mentores acerca de lo siguiente:

- 1. ¿Cómo eran las cosas como cuando usted era un niño? ¿Cómo eran ellas diferentes de cómo son hoy las cosas? ¿Cómo eran ellas semejantes?**

- 2. ¿Causan a veces dificultades y tensión a su familia o su mentor los problemas financieros?**

- 3. ¿Por qué es importante que los niños ayuden a sus familias?
¿Cuánto trabajo que hacer deben tener ellos?**

Los palos y piedras (Palabras que hieren no matan)



Escuela del Santo Rosario, Rochester, NY

Mi primer día de clases en el primer grado fue en una escuela católica llamada el Santo Rosario en la Avenida Lexington de Rochester. Había cuarenta niños en nuestra clase, por lo tanto era difícil que el maestro recordara los nombres de todos nosotros. Como era yo muy tímido, no hice mucha amistad con mis compañeros de clase. La mayoría de mis amigos atendían la escuela pública un poco mas abajo en la misma calle.

Después de unas cuantas semanas del comienzo de clases, por casualidad escuché a dos niñas que hablaban de mí tras mis espaldas. Una le dijo a la otra, "No es tan sólo flaco, con las piernas gachas, rodilludo y patizambo, pero además tiene la piel muy oscura". Quise dar vuelta y decirles lo que mi madre me había enseñado. "Los palos y las piedras me podrán romper los huesos, pero las palabras nunca me podrán herir".

Pero a su vez, fingí no haberlas escuchado. Mi madre se había equivocado; definitivamente las palabras si pueden hacer daño, y lo hicieron. Después de la escuela ese día, me apresuré a casa y me paré delante del espejo grande en el dormitorio de mi madre. Era verdad. Si era cierto todo lo que esa niña había dicho de mí. Por primera vez en mi vida, no me gustaba quién era yo y la manera que me veía. No me gustaba mi cuerpo. No me gustaba mi color de piel. Quería tener piel clara, pelo rubio, y ojos azules como los otros niños de mi salón. Tenía tantos sentimientos y emociones inquietando dentro de mí, pero mantuve callado todo ese dolor. Mi amigo Bobby York de seis años de edad, vivía en la casa a nuestro lado. El tenía la piel clara, pelo rubio, ojos azules, y él era hijo único. Un día él me preguntó si quería vivir con su familia por un tiempo. Me dijo que sus padres

habían dicho que estaba bien si yo pedía permiso. Hablé con mi madre acerca de la posibilidad. Al principio ella pareció sorprenderse y me preguntó si no me sentía feliz con nuestra familia. Yo le conteste que era feliz, pero pensé que sería interesante vivir en la casa de los York por un tiempo. Ella me respondió con un no, y para comenzar, no era una buena idea. Me decepcioné mucho con su decisión pero no permití que ella se enterara de cómo lo que sentía. No quería que se sintiera mal por darme piel oscura, pelo oscuro, y ojos oscuros. Quería realmente vivir con los York. Pensaba que si uno podía contagiarse con la viruela de sarampión o polio de personas que viven contigo, quizá usted también se podía cambiar el color de la piel, del pelo, y de los ojos. Sólo quería ser como mis compañeros de clase. Nunca le conté a nadie acerca de mis sentimientos, ni de la noche cuando me quedé a dormir en la casa de Bobby York. Cada día que iba a la escuela, me compadecía de mi mismo.

Luego durante ese primer año escolar, nuestro maestro nos dio una lista con los nombres de cada uno de los estudiantes de nuestra clase. Era la semana antes del Día de los Enamorados. Mi madre me ayudó a escribir cada uno de los nombres de los compañeros de clases en pequeñas tarjetas para Día de los Enamorados que ella había comprado para mí. Entonces por fin llegó El Día de los enamorados y todas las tarjetas fueron entregadas entre si. Miré alrededor hacia los otros escritorios que estaban altamente amontonados con tarjetitas de San Valentín. Miré hacia mi escritorio y únicamente había dos tarjetas solitarias. Sentía que de la clase entera sólo DOS niños me querían.

Cuándo cumplí los siete años, entré al segundo grado. Durante ese año, tres niños me sujetaron en el patio de de la escuela y me derribaron hacia suelo. Entonces procedieron a quitarme los pantalones y jugaron a tirárselos de uno al otro. Salté hacia arriba y hacia abajo para tratar de arrebatarlos en el aire. Si lograba agarrarlos, podría escaparme y por entonces liberarme de las risas y las burlas de los niños. Por último, desistí y me senté en el césped a llorar. Después de que unos cuantos minutos, un niño muy fuerte del séptimo grado los ahuyento, me regreso los pantalones y preguntó donde vivía. Rápidamente me puse los pantalones. Me llevó a mi casa y me tomó de la mano por todo el camino.

En aquella época las películas eran silenciosas. Había mucha acción, sólo no tenían sonido. Me encantaba ver las películas viejas de vaqueros é indios. Me imaginaba que si yo estuviera alguna vez en una película y hubiera una flecha disparada en el aire hacia el niño del séptimo grado, yo saltaría delante de la flecha y salvaría su vida, como él había salvado la MIA. Hubiera sido la única cosa justa por hacer. El no me vio como el niño flaco, con las piernas gachas, rodilludas y patizambas de la piel oscura. Lo único que él vio en mi era un niño pequeño que estaba en un apuro y me ayudó. Los palos y las piedras si pueden romper huesos, y las palabras van a definitivamente herirte, pero ten por seguro que es muy bueno tener un amigo un amigo para ayudarle cuando mas lo necesitas.

Preguntas que un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

1. ¿Por qué algunas personas dicen cosas malas acerca de otros?

2. Describa cómo alguien ha afectado sus pensamientos o emociones con palabras o conductas que le hieren.

3. ¿Por qué es bueno hablar con alguien acerca de sus problemas?

4. ¿Hemos todos estado amedrentados por un bravucón en algún punto en nuestras vidas y hemos sido todos bravucones en algún punto en nuestras vidas?

5. Liste algunos ejemplos de intimidación que usted ha experimentado en su vida. ¿Cómo les afectaron?

- Los Estudiantes

Hable con sus padres o mentores acerca de lo Siguiete:

1. ¿Alguna vez tuvieron ellos a un héroe? ¿Quién y por qué?

2. ¿Alguna vez fueron ellos amedrentados cuando eran un niño? ¿Qué hicieron ellos acerca de eso?

3. ¿Con quién fueron ellos a cuando necesitaban a alguien para hablar?

La Condena de la prisión— Preso del Camión



Foto cortesía de Supermercados Wegmans

Alrededor de los ocho años de edad, al final del segundo grado y en el comienzo del verano, las cosas se pusieron peor para mí. Después de que la escuela cesó, mi padre dijo a mi madre, "Frances, hoy me voy a llevar a Freddie conmigo en el camión".

Me quede petrificado con estado de asombro y con la boca abierta. Mi madre respondió, "¿No crees que él demasiado es joven? Sólo tiene ocho años de edad".

Mi padre dijo, "No, no lo es. Lo necesito".

Y eso era todo. En aquella época, cuando los padres le pedían algo, tenías que obedecer. Aún si no estabas de acuerdo con lo que se le pedía o si no le gustaba lo que se dijera, se tenía que hacer sin importar lo que fuera. Era tan sencillo como eso. Así que, el primer día de mis vacaciones, mi madre me sacudió de la cama a las cuatro en punto de la mañana. Me susurro suavemente al oído, "Perdóname, mi amor. Debes levantarte para ir trabajar hoy con tu padre".

Después de desayunar apresuradamente huevos y tostadas, me subí al asiento delantero de su viejo camión Ford y arribamos al mercado público a las 5:00 de la mañana. Permanecí en la cabina del camión para esperar a que mi padre comprara las frutas y verduras del día. Sólo quería bajar la cabeza en el asiento y volverme a dormir, pero había demasiadas cosas interesantes sucediendo. Podía escuchar las conversaciones entre los agricultores y compradores que hablaban de aquí para allá acerca de la Depresión, el tiempo, y cómo los "Yankees" hacían. Podía ver las manzanas, las naranjas, las papas, los rábanos, las lechugas, y los tomates. Había una variedad de cosechas que nunca antes había visto. Se podía oler las

cebollas, los melones de toda variedad, y las fresas recientemente recogidas. Mi padre no terminaba de seleccionar su producto hasta alrededor de las 8:00 de la mañana. Los ayudantes de los agricultores llevaban las canastas de frutas y verduras sobre a la plataforma de atrás de su camión. Cuando mi padre estaba listo, yo ayudaba acercando las canastas hacia él. El sabía cómo acomodar las frutas y las verduras para que sus clientes pudieran verlas fácilmente y así seleccionar el producto directamente desde la orilla de la acera frente a sus hogares. Se veía muy hermoso, cada pimiento y plátano en su lugar. Ni un limón desalineado. Era como un pequeño supermercado “Wegmans”.

Había alrededor de cincuenta vendedores de frutas y verduras en el mercado público y todos hacían lo mismo. Los vendedores eran actualmente llamados buhoneros. Me di cuenta que muy pocos buhoneros tenían ayudantes y si los tenían, eran chicos ya crecidos ú hombres. No me sentía muy útil. Las cosas pequeñas que mi padre me mandaba a hacer, podía haberlas hecho él mismo, probablemente mejor y más rápido que yo.

Llegábamos a la casa de nuestro primer cliente cerca de las 8:30 de la mañana. Mi padre estacionaba el camión en un ángulo perfecto. Las amas de casa entonces deambulaban afuera hacia la orilla de la acera para seleccionar las frutas, las verduras, y los huevos que ellas iban a necesitar durante los próximos días. En la parte de atrás del camión había una pesa de metal que mi padre utilizaba para pesar varios de los productos. También tenía una correa negra de cuero que colgaba sobre su hombro. Una cartera de cuero se abrochaba a la correa. La bolsa tenía dinero y monedas para hacer cambio de vuelta para las amas de casa cuando compraban los productos que mi padre les vendía. En aquella época no había cheques ni tarjetas de crédito. Cuando yo era chico, casi todo se pagaba en efectivo. Llevaba las cestas de frutas y verduras hasta los hogares de las amas de casa. Mi padre se sentaba en el camión mientras esperaba a que yo regresara con las cestas vacías. Entonces mi padre saltaba fuera del camión con su manivela de mano, le daba al viejo Ford unas cuantas maniguetazas para hacer que arrancara, y así entonces íbamos a la próxima calle, a la próxima casa, y al próximo cliente. Nuestras clientas eran mucho más grandes y fuertes que yo. Estoy seguro que fácilmente hubieran podido llevarse sus canastas de frutas y verduras ellas mismas. También, si mi padre hubiera querido dar servicio adicional, él hubiera llevado las cestas dentro de los hogares el mismo en vez de esperar en el camión, pero nunca lo hizo. Aún así, no me sentía muy útil. Me preguntaba por qué mi padre me quería a mí en el camión con él. No nos hablábamos durante todo ese tiempo y de seguro yo no tenía mucho trabajo que hacer. Hubiera preferido emplear mis vacaciones de otra forma, en vez de estar en el camión.

Durante el verano odiaba especialmente los sábados, porque después de un largo día de trabajo, mi padre se detenía en la cantina llamada ‘*Hedges Bar and Grill*’ en el rincón de la Calle Leo y la Avenida Joseph, en el interior de la ciudad de Rochester. El me decía que se tenían que vender las frutas y verduras que

sobran a este negocio antes del lunes para que no se perdieran. El me decía que algunos de los hombres que pasaban largas horas tomando en la taberna llevaban frutas y verduras a sus esposas como ofrenda de paz, para que entonces ellas no les gritaran por pasar tanto tiempo en el bar. Durante el verano todos los sábados por la noche, yo tenía que velar el camión para poder asegurar que nadie se robara algo mientras mi padre estaba en la taberna. Generalmente no nos íbamos de *'Hedges Bar and Grill'* para regresar a casa hasta cerca de las Once en punto de la noche. Así que, cada sábado durante todo ese verano, yo estaba o en el camión, dentro del camión, o alrededor del camión por diecinueve horas corridas.

Durante el verano, los días de trabajo parecían más largos porque el sol sale más temprano y no se pone hasta más tarde. En esos largos veranos calientes de Rochester, entre mi padre y yo trabajábamos más de cien horas cada semana. Mientras mi padre conducía alrededor de la ciudad todo el día, viendo otros niños jugar me daba tristeza y coraje. ¿Cómo podía un niño de ocho años de edad estar feliz en este camión cuando el mundo entero se divertía y él no? Sentía que ese viejo camión era como una prisión para mí, y mi padre era el carcelero. No tenía libertad, ni diversión, o ningún tiempo para poder jugar como todos esos otros niños. Odié mi prisión, y me preguntaba como era posible que Dios lleno de amor y cariño lo cual aprendí en la iglesia, permitiera que algo como esto le sucediera a un pequeño niño como lo era yo. Me preguntaba por qué mi madre permitía que esto me sucediera a mí. Me preguntaba si alguna vez encontraría la manera de escapar de ser el Preso del Camión. Tuve muy pocas buenas conversaciones con mi padre.

Usualmente él sólo de me decía lo que tenía hacer, y yo contestaba, "Sí Pa".

"Freddie, sube esas papas al camión".

"Sí Pa".

"Freddie, ayuda a Sra. McGregor con esas canastas de uvas".

"Sí Pa".

Obedecí cada orden que él me daba, tal y como un preso que hace lo que el carcelero le pide.

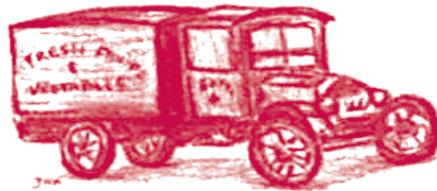
"Sí Pa".

El verano casi se terminaba, y el nivel del agua del Río Genesee se ponía bajo, y yo por fin huía de ese camión. La mayoría de los niños se quejaban por tener que volver a la escuela, pero yo no. Aún entonces, en esos años primarios, yo no hacía muy bien en escuela. Odiaba las tareas y rara vez estudiaba. Aunque para mí, salir de la escuela al final del día era como salir en libertad condicional. ¡Era libre, libre para correr y jugar con mis amigos, libre para reír, libre para poder ser un niño otra vez!

Al regreso a la escuela, las cosas estaban bastante igual. Los niños del Santo Rosario no me querían tal y como antes. Todavía no había niños alrededor para poder hacer amistad con piel oscura como la mía. Yo todavía era atormentado, todavía era amedrentado, y todavía era conocido como que el niño flaco, con las

piernas gachas, rodilludas y patizambas, con la piel oscura. Toleraba las lecciones aburridas de mi maestra, la Hermana Regina Stella, mientras soñaba despierto pensando como me reía en los partidos de béisbol por las tardes con mis compañeros de la escuela pública. Varios de mis amigos de esa escuela tenían la piel oscura como la mía. Tan solo deseaba que pudieran venir a la escuela conmigo, o que yo pudiera ir su escuela con ellos. Pero, mis padres querían que yo aprendiera acerca de Dios y Jesús. Me encantaba escuchar las historias acerca de su vida y la manera de ser de un hombre llamado Jesús. Aprendí acerca de los tiempos en que él sufrió y de como murió por todas personas—personas justo tal y como yo. Después de haber recapacitado por un tiempo, me imaginé que quizás ya que él sufrió mucho por mí, yo necesitaba sufrir un poco por él, y por eso tenía que estar en ese camión.

Al pasar del tiempo durante ese mismo año, mientras las ráfagas de nieve comenzaron a volar en el cielo gris de Rochester, recibí mi segunda sorpresa. Todavía a los ocho años de edad, estaba obligado a trabajar en el camión de mi padre todos los sábados durante el otoño, el invierno, y la primavera aún durante el tiempo escolar. El había empleado a un carpintero para que construyera unas paredes de madera con una cobertura en la parte de atrás de la vieja camioneta. Ahora las frutas y vegetales serían protegidas de los elementos y él entonces podría vender su producto durante todo el año. La caja era hecha con un tipo de madera muy fuerte y no había ventanas, sólo una puerta grande que abría en la parte posterior. Mi padre mantenía una lámpara vieja de kerosén irradiando calor en la parte de atrás del camión.



*El camión acondicionado para el invierno
La sección de el conductor estaba separada de la parte de atrás del camión.
Había una pequeña puerta que giraba en la parte de atrás.*

A las 4:00 de la mañana, un sábado por la mañana en el mes de febrero, cuando mi madre traía la leche de la cajita notó que se había congelado. La leche congelada se ensanchó del recipiente y se subió alrededor de una pulgada fuera del cuarto de galón de botella. Entonces me di cuenta de lo especialmente frío que estaba ese día. Mi madre le dijo a mi padre,

"¿Se tiene que llevar hoy a Freddie con usted? Esta muy congelado afuera, y él tiene sólo ocho años".

Esperé por su respuesta, pensando que por lo menos un sábado de ese invierno, podría quedarme en nuestra cómoda y tibia casa en vez de ir con Pa en su

congelado viaje diario. Como siempre, mi padre simplemente dijo, "No, hoy lo voy a necesitar en el camión".

Como siempre, lo que mi padre dijera eso tenía que hacer, sin cuestionar o sin quejas. No había calefacción en la cabina delantera del camión. Los únicos medios de luz y calor estaban en la parte de atrás del camión. Era la fiel lámpara vieja de kerosén. Antes de partir cada mañana, yo llenaba el pequeño tanque de almacenaje en el fondo de la lámpara con kerosén, limpiaba el globo de cristal, recortaba la mecha si era necesario, y entonces la encendía otra vez. Una llena duraba todo el día. Cuando yo me sentaba al frente con mi padre de camino al mercado público, yo podía mirar abajo entre las grietas en el piso de madera del camión y ver la nieve e hielo congelado. Los túneles helados de aire congelado se entraban de repente por las



La sección de la cabina del camión

grietas, lentamente entumeciendo mi cuerpo de afuera hacia adentro.

Las manos y los pies se sentían como si estuvieran completamente congelados. Yo no podría esperar hasta que por fin llegáramos al mercado público. Quería saltar a la parte de atrás de ese camión, acurrucarme junto a la lámpara de petróleo, y comenzar el largo, y lento proceso de descongelar los dedos de las manos y los dedos de los pies. Mi robusto padre no pareció tener inconveniente por el tiempo frío. En varias ocasiones, él me preguntaba si

llevaba mis calzones interiores largos y cada vez yo tiritaba, "Sí Pa, los tengo". Mi madre siempre se aseguraba que me vistiera lo más tibiamente como lo fuera posible.

Por la mañana de ese sábado amargamente frío, en el mercado público, mientras mi padre hacía sus compras de frutas y vegetales, yo me quedaba en la parte de atrás de ese camión por tres largas horas, desde cerca de las 5:00 de la mañana hasta las 8:00 de la mañana. La puerta trasera desatracada se abría de vez en cuando según los ayudantes de los agricultores deslizaban las canastas de la medida de áridos llenas de frutas y vegetales en la parte de atrás del camión. Cuando mi padre terminaba de seleccionar su producto por el día, yo saltaba hacia afuera, dándole el espacio que él necesitaba para arreglar las compras del día para los clientes que esperaban. Mi padre era muy meticuloso en la forma que él arreglaba las frutas y las vegetales, así que entonces esperaba afuera del camión, con las manos se metidas profundamente dentro de los bolsillos del abrigo. Cuando él terminaba, podías pararte en medio de la parte de atrás del pequeño camión y mirar la presentación de frutas y vegetales frescas en ambos lados.

Pareció como a algo fuera de una revista. Cuándo entonces él terminaba, yo entraba a la parte de atrás del camión y me acurrucaba junto a la lámpara de kerosén mientras el viejo camión era puesto en cambio y nos íbamos traqueteando hacia adelante. Antes de visitar a nuestro primer cliente, mi padre paraba en el restaurante de mercado público. A pesar de que el camión pudiera ser trancado el invierno, él nunca me llevó a ese restaurante. Él se quedaba ahí adentro como cerca de una hora. Pacientemente esperaba, entonces me impacientaba, en la parte de atrás del frío camión. La lámpara de kerosén daba suficientemente calor para mantener el producto y mí sin morir de frío. Aunque me podía comer un plátano o una manzana fría, yo añoraba una taza caliente de leche mientras yo tiritaba, susurraba una pequeña melodía, y oraba, pero mi padre nunca me trajo nada caliente para beber.

A la vez que nos íbamos en camino, el día pasaba más bien rápidamente. Los sacos de papas, los ramos de zanahorias, y de cabezas pesadas de col se desaparecían de parte de atrás del camión. Llevaba las canastas de nabos, de manzanas, y de colinabos hacia senderos escalones resbaladizos a innumerables amas de casa alemanas, irlandesas, italianas, polacas, y escocesas. Por último, cerca de las 6:30 de la tarde, visitamos nuestra última ama de casa.

Como era una noche muy fría, tenía la esperanza que mi padre nos llevara directamente a nuestra casa tibia. Él se deslizó a un lado del conductor. Yo me



Adentro del camión encerrado

gateé al otro lado. Cerré los ojos y oí que regresáramos a casa. Podría sentir el camión dar la vuelta, inclinarse un poco a un lado e ir más despacio. Podía oír el chirrido suave de los frenos, el cloche soltar los engranajes, y el motor que toser hasta parar. Sin abrir aún los ojos, yo sabía donde estábamos otra vez—la taberna de ‘Hedges Bar and Grill’. Otra vez, mi padre abría la puerta de la parte de atrás del camión. Me entraba. Había sólo un lugar para mí donde ir... como siempre... en la parte de atrás del camión, en el cajón, en la prisión sin ventanas. Di un paso hacia dentro de la celda esa noche muy fría y tristemente apiñonado alrededor de la lámpara resplandeciente. Oí el crujido pesado de puerta trasera, entonces cerrar. Todo el sonido muy familiar del candado cerrar y el crujido de la nieve congelada que disminuía resonar por el cerebro. Era un preso del camión y mi padre era el carcelero. Era tan sólo ocho años de edad, acababa de trabajar por catorce horas en condiciones heladas, y ahora yo era encerrado en una prisión helada por otras cuatro horas. Las lágrimas de la tristeza y el odio rodaban por mis mejillas y se evaporaban mientras salpicaban en la repisa de la chimenea de la

lámpara. Quizá mi padre pensaba que él protegía a su hijo de las duras realidades del mundo. O, quizá él no deseaba que yo viera lo que él hacía por cuatro horas, todos los sábados por la noche en la cantina de *'Hedges Bar and Grill'*. Pero yo nunca le pregunté a mi padre. Mi padre era el líder de nuestra familia y sus palabras eran siempre final. Aún mi madre sabía que no se podía entrar en razonamiento con él. Se tenía que obedecer sus leyes o sufrir las consecuencias. Después de todo, yo era sólo de ocho años de edad. Por lo menos yo nunca me mantuve hambriento. Mi cena estaba por todo mí alrededor. Tenía una navaja de bolsillo. La "Barlow" tenía un buen filo y un mango de madera muy liso. Pelaba una papa y la comía cruda. Sabían un poco sosas, pero tenían un buen crujido. No tenía nada más que hacer que probar los diferentes tipos de vegetales. Comí guisantes, con todo y vaina. Cené habichuelas, remolachas, chirivías, y nabos—todas crudas. Guardé la fruta para el postre. También tenía conmigo dos botellas de leche de un cuarto de galón de vidrio. Una tenía un cuarto de galón de agua para beber y una vacía para usar para donde orinar. Con la lámpara de kerosén que parpadea dentro del camión oscuro frío, me sentaba en una caja de frutas con mi espalda contra un saco de papas, acurrucado junto a la lámpara de kerosén, en el frío y sintiéndome solitario durante cuatro horas. Soñaba con bocadillos con vapor calientes de rosbif y papas majadas, empapadas con aderezo de carne muy grueso, que él una vez me llevó para almorzar en un restaurante.

Tenía frío y estaba solitario, me sentía completamente solo, en la parte de atrás de ese camión. Mi pañuelo—o el trapo para mocos, como se le llamaba en ese entonces—estaba tan empapado por mi nariz y por las lágrimas líquidas. Si dejaba el pañuelo fuera del bolsillo, se congelaría muy tieso como una tabla. Mi único consuelo vino de una creencia fuerte de que Dios estaba en la Prisión del Camión conmigo. No sabía lo que era, pero sabía que Dios tenía un plan especial para mi vida. Oré por la paciencia, y oré para que Dios me ayudara a encontrar la manera de poder escapar la prisión de mi padre. Yo también sabía que había niños en África que morían de hambre. Por lo menos mi prisión estaba llena de alimentos frescos para yo poder comer siempre que lo deseara. Eso era una forma de alivio, pero todavía era una prisión.

Alrededor de cada hora a la vez, mi padre-carcelero abría la parte de atrás del camión y se llevaba una variedad de frutas y vegetales hacia la cantina. A menudo el parecía estar muy cansado y aturdido. No hablaba conmigo. El ni si quiera parecía no verme. Nunca me dijo,

"Gracias, Fred, por ser tan paciente".

El nunca me dio un abrazo; nunca jamás. Mas mi corazón se desvivía por él. Pensé que se él tenía cansancio. Sentí pena por él y por tener que trabajar cien horas a la semana durante todo el año, para poder sustentar a nuestra familia y a mí. Al menos yo podía huir de mi prisión durante los días de escuela.

Sabía que el largo día de trabajo por fin ya se había acabado cuando escuchaba viejo camión prender. De Durante el camino a casa, yo permanecía encerrado la

parte de atrás del camión. Llegábamos a casa casi siempre después de las 11:00 de la noche. Mi soledad tristeza por fin terminaba cuando entraba al calor de nuestra casa.

Esperaba por delante los domingos, la iglesia, y la alegría de la familia y amistades. Los domingos, mi padre ya no era mi carcelero. El era mi padre, y no había hombre más lleno de orgullo, cuando sus niños se acumulaban fuera de la parte de atrás de ese camión, justamente allí al frente de La Iglesia de San Nicolás, en la esquina de la Calle Leo y la Calle Rémington en Rochester, Nueva York. Llevaba su único traje y brillantes zapatos negros mientras se paraba muy derecho y sonriente. Otros feligreses miraban con la asombro como mi madre abría la puerta de la cabina con un bebé en sus brazos. Se sonreían mientras los demás niños, uno a uno, se bajaban de la parte de atrás del camión y entraban a la iglesia. Mientras tanto mi padre decía a menudo,

"Un hombre rico tiene su riqueza. Yo tengo a mi familia, y ahí es que se encuentra mi verdadera riqueza".

Y por eso los domingos, mi padre se paraba muy alto y muy orgulloso. Y por eso los domingos, yo me sentía muy orgulloso de mi padre.

Preguntas que un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

1. ¿Por qué piensa usted que el padre de Fred lo llevó para trabajar en el camión? ¿Debió de haber preguntado Fred a su padre acerca de esto?

2. Compare y contraste un típico día de verano en su vida con la de Fred.

3 ¿Era el padre de Fred malo con él o estaba tratando de protegerlo, encerrándolo en la espalda del camión? Explique.

**Estudiantes-
Hable con sus padres o mentores acerca de lo Siguiete:**

1. ¿Por qué es importante que los miembros de la familia expresen su amor y la apreciación el uno por el otro?

2. ¿Qué clase de tareas o trabajos deben de hacer niños de su familia sin esperar por ser pagados por ello? ¿Qué clases de trabajos quizás sean justo y razonable para los padres pagar a sus niños?

3. ¿Alguna vez se han sentido sus padres o su mentor que ellos han sido aprovechados de alguna manera?

4. ¿Qué hacen sus padres o mentor que lo hace sentir orgulloso de ellos?

5. ¿Qué hace usted que los hace orgulloso de usted?

A la edad de doce años

Capítulo 4

Tres lecciones de 5 minutos de por vida



Mi nieto, Zach, posó para el artista que dibujó la cubierta de Sí Pa

Estuve en la Prisión-Camión desde que tenía ocho años de edad, hasta los catorce. Entre las edades de seis y once, yo me gustaba quién yo era. Era un joven niño triste y solitario. A menudo me sentía apenado conmigo mismo. Me ahogaba dentro de la autocompasión. Mi padre y yo hablábamos raramente y yo aún contestaba a la mayor parte de sus preguntas con un "Sí Pa".

Cumplí los doce en mayo del 1938. Ese verano, comenzaba a ser el cuarto año de lo que parecía ser el servir una condena perpetua como Preso del Camión. Todavía trabajaba cien horas duras a la semana. Todavía llegaba a casa cerca de las 8:00 de la noche. De lunes a viernes, y todavía me encontraba en "confinamiento" hasta las 11:00 de la noche todos los sábados. Por encima de más que cualquier cosa en el mundo, temía y odiaba esas noches de sábados fríos y solitarios de invierno, encerrado en la parte de atrás del Camión-Prisión.

Una soleada mañana de agosto durante el verano del '38, cuando tenía doce, mi carcelero recortaba sus vegetales en el mercado público como él siempre lo hacía. Todos los buhoneros hacían lo mismo. Ellos le quitaban a las lechugas y al col algunas de hojas en el exterior que ya estaban marchitadas. Ellos recortaban las cimas del apio. Y cortaban las raíces de las remolachas, las zanahorias y los rábanos. Separaban algunas frutas dañadas o estropeadas. Todos los recortes y productos malos eran tirados en la zanja a lo largo de la calle y los equipos de limpieza venían alrededor de las 9:00 de la mañana y comenzaban a limpiar todo el lío. Todos los buhoneros pagaban un alquiler por el espacio donde ellos aparcaban sus camiones o vagones. Les era permitido estar allí desde las cinco de la mañana hasta el mediodía. Esa mañana en particular, mi padre había comprado todas sus frutas y vegetales del día, las recortó, y las colocó en la parte de atrás

del camión. Entonces me dijo que él iba a ir al restaurante del mercado público por unos cuantos minutos. Naturalmente tenía que ser el guardián del el camión que estaba abierto. Finalmente se paseó a través del estacionamiento acerca de las 9:30 de la mañana. El equipo de limpieza ya estaban ocupados con sus escobas, con los rastrillos, y con las palas. De repente, el encargado del mercado se paró a mi lado pero se dirigió directamente hacia mi padre. Le dijo, "Oye compañero, usted atrasa mi equipo de limpieza. ¿Por qué no se puede ir usted de aquí a la misma hora que todos los otros buhoneros se van"?

Mi padre-carcelero se puso muy enojado. El dijo, "primero que nada, no soy su compañero, y segundo, yo alquilo este puesto desde las cinco hasta el mediodía, así que no me moleste".

El encargado de mercado alzó su pecho y avanzó bruscamente hacia mi padre, señalando con un dedo regordete a su cara y dijo, "Ustedes los extranjeros son todos iguales. Ustedes vienen a América y la primera cosa que usted hace, es actuar como si estuviera en su país".

Mi padre-carcelero sorprendentemente fuerte de cuarenta y cuatro años de edad, luchó al encargado del mercado hacia la zanja. Entonces le frotó en la cara las frutas y vegetales podridos a lo largo de la acera. Mis ojos estaban del grande de platillos y mi boca se quedaba muy abierta. En él inglés roto de mi padre le gritó, "¡Nunca jamás me llame a mí un extranjero otra vez! ¡Soy un ciudadano de los Estados Unidos de América y estoy muy orgulloso de ello! ¡Que nunca jamás se le olvide, compañero!"

La cara del encargado del mercado se tornó tan blanca como un la de un fantasma. Se subió torpemente a sus pies, se limpió la cara, y corrió hacia el restaurante. El actuó como si él pensaba que mi padre lo iba a matar. Pensé seguramente que él corrió hacia el restaurante para reportar a mi padre a la policía. La policía no vino esa mañana, y el encargado del mercado nunca molestó a mi padre de nuevo. A pesar de que estaba un poco atemorizado de que mi padre iba a gravemente herir o matar al encargado del mercado, yo me sentía un poco orgulloso del hecho de que mi padre podía sacudirle polvo al encargado del mercado, pero más que eso—de que él estaba muy orgulloso ser un norteamericano.

Luego en ese mismo verano, él otra vez demostró su fuerza física. Fue temprano una tibia mañana de agosto. El camión se veía bien y listo para nuestro primer cliente, pero mi padre condujo la distancia corta hacia al restaurante de mercado. Lo esperé en el camión alrededor de una hora, como yo siempre lo hacia después de que él se fuera adentro. De repente, oí un gran tumulto en la puerta principal del restaurante. Oí al dueño que gritar, "¿Mike, qué es lo que crees que esta haciendo"? Mi padre arrastraba una máquina de juego flipper grande y pesada por la puerta principal del restaurante. Mi padre le respondió gritando que él la cargaba al camión. Por supuesto, yo no sabia donde él la iba a poner porque la parte de atrás del camión estaba bastante llena de frutas y vegetales para el

corrido del día. El dueño le gritó otra vez, "Usted no puede hacer eso Mike. ¿Está usted loco"? (Mike era el apodo que le fue dado, aunque su primer nombre verdadero era Wady).

Mi carcelero-padre, cuya encara estaba enrojecida con ira, gritó atrás, "pagué por ella, así que yo me la llevo". La policía si vino esta vez. El oficial calmó a mi padre, mientras el dueño y su ayudante transportaban de regreso la pesada máquina de juego flipper al restaurante. Yo no podía comprender lo que acaba de suceder. ¿Por qué compraría mi padre máquina de juego flipper? Yo me pregunté si era mala conducta jugar con una máquina flipper gasta-monedas que él no me deseaba que yo viera. O quizá era el hecho de que había que poner mucho dinero en la máquina y no ganar nada. Yo me pregunté si por eso él no me permitía unirme a él en el restaurante con un chocolate caliente y una rosquilla. Te apuesto que eso era.

En ese verano del 1938, cuando cumplí doce, hubieron tres grandes encuentros o lecciones con mi carcelero-padre que cambiaría mi vida para siempre. Cada una eran alrededor de cinco minutos de duración.

Primera Lección

La primera lección vino temprano durante el verano y poco después de que terminara la escuela. En este punto de mi vida, habían siete niños en nuestra familia. Era la temporada de fresas y mi padre quería hacer unos pocos dólares adicionales para su familia que crecía. Durante la temporada de tres-semana de fresas, él compraba varios cajones de fresas en el mercado público. Junto conmigo, él también traía a mi hermano Joe de ocho años de edad en el camión, para ayudar a vender las fresas, después de haber atendido a los clientes regulares. Alrededor de siete en punto de la tarde, nosotros empezábamos en una calle estrecha en el centro de Rochester. Joe y yo nos fueron dadas dos canastas, una canasta para llevar en cada mano. En cada cesta, colocábamos tres canastas más pequeñas de un cuarto de galón de fresas. Mi padre me decía que cubriera un lado de la calle, mientras Joe cubría el otro lado. Mientras tocábamos los timbres o golpeamos en puertas, mi padre conducía su camión lo mas lentamente posible, ligeramente delante de nosotros, gritando una y otra vez, "Bayas, las bayas, fresas cosechadas localmente".

El no gritaba como cuando se puso loco. El con lo que parecía ser melodía y casi canción les cantaba a los posibles compradores. En mi mente todavía puedo oler las fresas maduras y succulentas y oír su fuerte voz llenar el aire así como se dejaba llevar entre las filas de casas, por las puertas delanteras mosquiteras, en esas tardes cadentes de verano. Esa tarde en particular, después de visitar alrededor de 30 hogares, regresé al camión para buscar seis cajas más de fresas. La voz de mi carcelero era brusca y enojada. El me dijo, "¿Fred, dónde has estado? ¿Debes de estar haciendo algo mal? ¿Qué eres acaso, estúpido?"

¿Dije, "Qué quiere decir, Pa"?

El dijo, "Tu hermano tiene sólo ocho años de edad y usted tiene doce, mas él ya ha regresado al camión por más fresas cuatro veces y tu sólo una. ¿Qué estas haciendo mal"?

Sólo unos pocos meses antes de la temporada de las fresas, había recibido mi Confirmación en la Iglesia Católica. Esto significaba que estaba supuesto a recibir los Siete Regalos del Espíritu Santo. Uno de esos regalos era la fortaleza, o valor. Había aprendido que era valor lo que hizo posible que los doce discípulos pudieran esparcir la Cristiandad a través del mundo. Quise mostrar valor y esta era mi oportunidad, así que con la voz más fuerte que podría colectar, dije, "¡Quizá fue porque él tuvo el mejor lado de la calle!"

Mi padre dijo con resoplo, "No Ba, usted hizo algo malo. Yo lo velaré." ("Ba", aunque significa "padre" en Árabe, es un término utilizado muy en común por muchos padres Libaneses cuando les hablan a cualquiera de sus niños, o aún cuando se habla a ellos).

Quería que el mundo se abriera y me tragara Mi carcelero me había dado ordenes por alrededor de cuatro años. El me levantaba a las cuatro por la mañana. El me hacia preso por cien horas a la semana. El me hacia sentarme en la parte de atrás del Camión-Prisión hasta altas horas de la noche, aún durante el invierno. Todo lo único que hice fue obedecerle. Todo lo único que hice fue contestarle "Sí Pa", y ahora, con su acento extranjero, él me iba a humillar delante de una ama de casa parado sobre mí para poder asegurarse de que yo estuviera vendiendo las fresas en la forma correcta. Yo estaba amargado y enojado. Me sentía como un esclavo, pero yo no tenía una opción. Fui a la próxima casa mientras él se paraba directamente detrás de mí. Llamé a la puerta. La señora de la casa por fin apareció en la puerta mosquitera y dijo, "¿Buenas noches joven muchacho, y qué puedes tener tu ahí?"

Con los brazos caídos, yo sujeté los dos planos de bayas. ¿Sabiendo que ella probablemente no quería comprar fresa ninguna de todos modos, con una mirada dudosa en mis ojos, y la cabeza girando de lado a lado con un "no", dije entre dientes, "Usted probablemente no quiere comprar ninguna fresa, no es cierto señora?"

Mientras giraba la cabeza con un no, la anciana, parecía estar confundida y mi carcelero detrás de mí, ella comenzó a girar su cabeza con un no y dijo, "Creo que hoy no, hijito".

Después de todo, yo pensé, si ella deseaba comprar las fresas ella hubiera preguntado cuánto costaban. Y si ella pensaba que el precio era justo, ella hubiera comprado la cantidad que ella deseara, ¿no es cierto?

Me alegré de que mi padre no me avergonzara delante de la señora. El me encaminó hacia el camión y dijo, "¿Te gustaría llegar a casa temprano o quedarte aquí afuera toda la noche?"

Como siempre, dije, "Sí Pa, quiero regresar temprano a casa ". El dijo, "Regresaremos a casa cuando vendíamos todas estas fresas. Eres tan estúpido.

Hay una forma lista de vender las fresas y tu forma. Yo te mostraré la forma lista. "¿Estás listo para aprender Ba?"

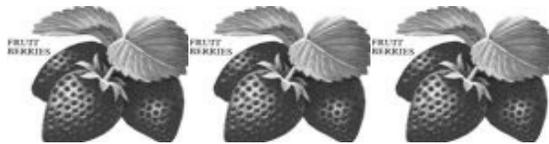
Dije, "Sí Pa".

El tomó los dos planos de bayas de mis manos y caminó hacia la próxima casa. El suavemente colocó los dos planos de fresas en el piso del balcón y seleccionó la canasta de un cuarto de galón con las bayas más rojas y más rellenas. Entonces él sacudió sus pantalones, y se para muy derecho, se puso una sonrisa muy grande en su cara cansada y toco el timbre. El estaba listo para la señora de la casa. Después de unos pocos segundos, una mujer bastante robusta apareció a la puerta. Mi padre dijo, "Buenas noches, señora. Estas fresas fueron recogidas temprano esta mañana en una granja bastante cerca de aquí, en Webster, Nueva York".

A la vez que él levantaba el cuarto de galón de fresas más cerca a la cara de la señora, dijo, "Mire. Vea cuán frescas ellas son".

Entonces él viraba su cuerpo y giró la canasta para que la señora pudiera ver que no habían bayas malas en el fondo. Entonces él dijo, con entusiasmo en su voz, " ve usted, no hay ni una baya mala en el entero cuarto de galón. Ningún hongo. Ningunas bayas verdes. Ninguna mala".

Con una sonrisa como la del Gato 'Cheshire', él dijo, "Son sólo diez centavos por un cuarto de galón o tres cuartos de galón por veinticinco centavos. ¿Cuántas desea una o tres, señora?"



La señora sólo tenía una opción entre una y tres, no sí ni no. Para mi completo asombro, ella dijo, "Me llevo las tres, señor".

Cuando descendimos los escalones del balcón, mi padre dijo, "¿Ahora, piensa usted que fui simplemente afortunado o que estaba el lado correcto de la calle?"

Pensé que quizás era simplemente suerte, pero solo dije, "¡No sé!"

"Esta bien," él dijo, "Intentaremos en la próxima casa".

El le dio el mismo feliz discurso a la próxima señora y a ella, también, tomó tres. "Ahora," dijo él con voz severa, "Haz esto de ahora en adelante, y regresaremos a casa mucho más pronto. ¿Me oye usted, Ba?"

"Sí Pa," dije.

Instantáneamente, llegué a ser un creyente en las entregas. Practiqué y perfeccioné la nueva habilidad que acababa de aprender. Aunque mi hermanito naturalmente era extrovertido y yo era inherentemente tímido, aprendí rápidamente el arte de la venta las fresas con la forma lista, no la forma muda. Alcancé y superé las ventas de la fresa de mi hermanito, Joe. Esta primera lección de cinco minutos de mi carcelero tuvo un impacto grande por el resto de mi vida. Cambió mi actitud de negativo a positivo. Paré inmediatamente es vergonzoso y

tímido. Llegué a ser más amistoso y más feliz. Aquellas señoras compraban frutas y vegetales de un joven niño que mostraba la excitación y el entusiasmo por la vida y el producto que él vendía. Consecuentemente, no me veían como un flaco inepto con las piernas gachas, rodilludo y patizambo de piel oscura. Ellos veían la personalidad brillante de un niño que creyó en él mismo y en el producto que él vendía. Y no era una simple farsa ni un trabajo de estafador. Las frutas y los vegetales que mi padre y yo vendimos eran parte de lo mejor en Rochester. Era un buen niño, trabajador, y un tremendo vendedor. A partir de entonces, yo traté de recordar e integrar esa lección de la vida en todo lo que yo hacía o decía. Estaba agradecido de mi padre por la lección de cinco minutos que cambiaría mi forma de ver la vida para siempre.

Aún hasta pensé atrás a mi maestra de primer grado, la Hermana Teonila, y en todos los niños de mi clase. Quizá si hubiera sido más positivo y extrovertido, hubiera hecho más amigos. Quizá si permitiera que la luz de mi entusiasmo brillara, yo hubiera recibido muchas tarjetas de San Valentín como mis otros compañeros de clase. Quizá esas niñas no me hubieran llamado esos nombres que me causaron dolor tan profundamente. Quizá si fuera más amistoso y sonriente, yo no tendría que sentirme tan solitario y desanimado. ¡Quizás! ¡Quizás!

Es casi como si todos tuviéramos un tablero invisible de control en el lado de nuestro cuerpo que controla nuestra actitud y entusiasmo. Y hay una perilla que usted puede girar hacia abajo, al medio, o hacia arriba. Sé que no es científico, pero he visto a muchas personas con sus perillas de actitud puestas en niveles diferentes. También sé que personas pueden elegir el mover esa perilla; ellos pueden cambiar su forma de ver la vida. A partir de aquel día, yo me di cuenta de que tenía en el control de mi actitud y el entusiasmo, y yo podía girar mi perilla tan alto como lo eligiera.

Segunda Lección

Durante ese mismo verano y un poco después la lección de las fresas, mi padre tuvo otra pequeña charla conmigo—mi segunda lección. Como la lección anterior, ésta implicaba la manera en que hacía mi trabajo. Acababa de completar la entrega de dos canastas grandes de frutas y vegetales a un cliente que vivía en el tercer piso de un viejo edificio de apartamento sobre en la Avenida Este, y no había un elevador. Cuando yo volví al camión, desnudo salté a la cabina junto a mi carcelero padre. El me dio una mirada perpleja en su cara y dijo, "¿Dónde están las canastas vacías?"

Sabiendo que visitábamos a este cliente en particular cada dos días, yo dije tímidamente, "Las olvidé. ¿Las recogeré en el día después de mañana, esta bien? "

Con una voz severa, él contestó bruscamente, "No, usted va y las consigue ahora. Ellas valen cinco centavos cada una".

En ese momento, yo otra vez pensé del regalo de valor—uno de los regalos que estaba supuesto a recibir cuando recibí el Santo Sacramento de la

Confirmación en nuestra iglesia. Yo también sabía que tenía calor y cansancio. De ninguna manera quería caminar penosamente toda la denudedo y subir esos tres vuelos de escalones para dos insignificantes canastas. Yo me pregunté cuando y como y si podía alguna vez utilizar ese regalo de valor cuando hablara con mi carcelero. Pensé, Tengo doce años. Hablo lo que pienso, o como siempre, obedezco y simplemente digo, "¿Sí Pa"? Pensé, "Este es el momento. Le contestaré". En un tono de voz suave pero positivo, yo contesté, "Pa, usted no me paga ni cinco centavos por mi trabajo. En vez, usted me deja mantener las canastas vacías. Le vendo de nuevo alrededor de 120 canastas a la semana a los agricultores por cinco centavos cada una. Eso es \$6.00 dólares, y yo le doy \$5.80 a mamá para comprar cualquier cosa que ella necesite para la casa. Sólo me quedo con veinte centavos a la semana para mí.⁽¹⁾ ¿Ya que las canasta son mías, por qué no puedo tomar yo la decisión de se sean recogidas el día después de mañana?"

Mi carcelero-padre nunca esperaba esta respuesta de su hijo normalmente callado. Su cara se tornó roja como remolacha con ira. El golpeó con un puño el volante del camión y chilló, "¡No, vas y las consigues ahora! ¡No me importa de quien sean! ¡Ellas valen cinco centavos cada una! ¡El día después de que mañana usted se pueda olvidar de recogerlas! ¿Me oyes? ¡Consígalas ahora!"

Había un poco de ira en mi voz cuando le conteste sarcásticamente, "Sí Pa".

Corrí denuevo hacia arriba todas esas escaleras al tercer piso y pregunté cortésmente al cliente por las canastas vacías. Ella llena de disculpas me las entregó, y me apresuré denuevo a bajar la escalera al Camión-Prisión sin barreras. Para ese entonces, yo me quemaba por dentro. Tiré las dos canasta en la parte de atrás del camión, abrí la puerta de la cabina, vacile por un momento, tragué duro, y con toda la fuerza que pude acumular, cerré la puerta el camión con un gran azote. Me senté en silencio rígido, temiendo un regaño o peor de mi carcelero-padre. Después de todo, esta era la primera vez yo me había defendido ante él o desafiado durante mi sentencia de cuatro años en el Camión-Prisión.

Para mi sorpresa él se quedo mirando fijamente hacia adelante, comenzó el camión, y sin decir una palabra se dirigió calle abajo. Mis puños todavía estaban cerrados por la rabia. Estaba muy enojado con él por siempre tratar de controlar mi vida. Pero, al azotar la puerta del camión, yo me había atrevido a usar uno de los regalos del Espíritu Santo contra mi carcelero—el regalo de valor. No sólo había desafiado abiertamente a mi padre, pero había hecho una declaración. Y por último había hecho una afirmación.

⁽¹⁾ (En el 1938, los sellos de correo eran a tres centavos cada, el costo de una libra de pan eran ocho centavos, la leche era catorce centavos por un cuarto de galón, la gasolina era diecinueve centavos por galón, el promedio del costo de una casa era \$7.000, ir a las películas eran diez centavos, y un paseo en el tranvía eran diez centavos por viaje de ida y vuelta. Un salario mínimo era treinta centavos por hora. Las barras de dulces eran cinco centavos por cada una. La goma de mascar eran a un centavo y una Coca Cola eran cinco centavos. Así que, en aquella época, los \$5.80 que le daba a mi mamá compraban muchas necesidades esenciales para nuestro hogar).

Mientras mi carcelero conducía a una módica distancia hacia su próximo cliente, él se mantuvo totalmente en silencio. ¿Presentía él mi enojo? ¿Acaso eligió ignorarlo? ¿Estaba él consciente de lo que estar en ese camión me hacía sentir? ¿Estaba complacido él que su hijo había mostrado algún valor? ¿Acaso le importaba a él?

Cuando viramos hacia la Calle Jay, él por fin rompió su silencio. Con una voz sorprendentemente calmada él dijo, "¿Realmente odias este trabajo, no es cierto Freddie?" (Me llamó por mi nombre en vez de Ba).

Esta era mi puerta abierta, esta era mi oportunidad. Era mi oportunidad de utilizar otro de los regalos del Espíritu Santo—el regalo del consejo. El consejo significa abrirse y comunicar con uno al otro hablando, algo que rara vez ocurría. Esta era la primera vez de que él algún día me diera la oportunidad de decirle cómo me sentía. Yo no podía mentir. El nunca faltó de ir la iglesia los domingos. El siempre deseaba que su hijo fuera honesto. Apreté los dientes y toda la ira, la frustración, el dolor, y la rabia, brotó de lo mas profundo de dentro mí, y grité de la cabeza a los pulmones, "¡SI, ODIÓ ESTE TRABAJO!"

El entonces me preguntó calmamente, "¿No quisieras ser un buhonero como yo por el resto de tu vida? "

A la edad de doce años, durante los cuatro agonizantes años juntos en el Camión-Prisión, nunca le había levantado la voz en ira a mi padre. Por fin, esta era la oportunidad de permitirle dejar saber cómo me sentía, y cuánto odiaba ser Preso del Camión. ¡Yo me asombre cuando las palabras se dispararon fuera de mi boca, "PREFERIRIA MORIRME!"

Dije esas exactas palabras, pero yo realmente no las sentía. Sabia que no le agradaría a Dios ni nadie en mi familia si hacia algo estúpido que me hiciera daño. También sabia que le rompería el corazón a mi madre si alguna vez me sucediera algo malo. Conocía como eran mi madre, mi padre, mis hermanas, y hermanos y como tendrían que vivir con ese dolor por el resto de sus vidas. También sabia que por lo mas enojado que estuviera, o todavía adoraba a mi familia y no querría morirme.

Nuevamente con una voz calmada, mi carcelero-padre dijo, "¿Por qué piensas que hago este trabajo?"

Yo no esperaba esa pregunta. Me esperaba una larga lección severa y me preguntaba hacia adonde se dirigía nuestra conversación. Apreté los dientes y grité, "Yo no sé por qué usted lo hace".

Mientras el agarraba el volante del Camión-Prisión para virar hacia la Avenida Clinton, otra vez con una voz calmada, él dijo, "Bueno, permíteme explicarte entonces. Soy un buhonero de frutas y vegetales porque yo no obtuve una buena educación. Este es el mejor trabajo que pude conseguir. Cada vez, que te miro en este camión. Siempre tienes una cara de pena cuando me esperas. Nunca te veo sonreír. Ni sé si tienes dientes. Estoy cansado de verte muy triste y enojado. Podrías traer tus libros y tu Biblia contigo. Podrías estudiar en el camión. No

estas tan ocupado y tienes mucho tiempo libre. Durante el verano, pudieras estudiar durante el día mientras yo atiende a los clientes. Puedes estudiar bajo la luz de las farolas de la calle mientras visito a los hombres en el restaurante. En el invierno, usted puede estudiar usando la luz de la lámpara de petróleo en la parte de atrás del camión. Abraham Lincoln estudiaba y leía de noche utilizando velas y lámparas de petróleo, y llegó a ser Presidente de Estados Unidos. Si usted no quiere ser un buhonero por el resto de tu vida, entonces tienes que estudiar. Necesitas una educación para tener éxito en la vida. ¿Me oyes bien, Ba?"

El corazón latía por mi padre, mi carcelero, mi jefe, mi maestro. Yo me di cuenta de repente que él era un Preso de por vida del Camión. Para él no había la forma de escapar. El no obtuvo una educación y básicamente era demasiado tarde para él poder obtener una. El deseaba más para mí. El realmente me quería. El me estaba mostrando la manera de escapar del Camión-Prisión. Mi coraje se calmó rápidamente. Con un tono calmado, decidido y simpático en mi voz, yo dije, "Sí Pa, le escucho".

Unos pocos momentos después llegamos a la casa del próximo cliente, y allí tuvimos la segunda conversación de cinco-minutos más importante de mi vida. En ese mismo día, hice la decisión más grande de mi joven vida. Si continuaba pensando en mí mismo como un Preso del Camión, o preso de una vida infeliz, o preso de un país que me forzaba a ir a la escuela cada día, o un preso de la autocompasión, yo sería miserable e infeliz por el resto de mi vida. Yo no equivaldría a ser nada. Decidí que tomaría el consejo de mi padre. Estudiaría en el Prisión-Camión, siempre que pudiera.

A la edad de doce años, esta corta pero poderosa lección de mi Pa cambió mi vida. Por responderle usando una voz más alta, por primera vez en cuatro años en mi prisión-asegurada, mi padre me miró de una manera distinta, y le gustó lo que vio y escuchó. Entonces, en una manera honesta y sencilla, él me abrió su mente y su corazón hacia mí. En esos pocos minutos, compartimos sentimientos muy profundos. Al hacer esto, me inspiró a cambiar mi actitud— estudiar en las muchas horas inactivas en el camión. El causó que yo persiguiera excelencia dentro de mi educación. En cambio, yo sentía compasión por su vida y su lucha. Yo me di cuenta de que su educación era limitada en Líbano, lo cual era en árabe. Supe entonces que mi Pa deseaba lo mejor para mí.

Durante la iglesia, yo había aprendido cómo Jesús alentaba a sus discípulos a ser positivo en vez de negativo. Ellos eran escépticos y atemorizados, pero ellos tomaron Su consejo y le dijeron a personas por todas las partes acerca de Sus enseñanzas. Casi 2,000 años después, la Cristiandad es una religión fundamental que se ha esparcido a través del mundo. Como los discípulos, yo cambié de ser vergonzoso y tímido a ser apasionado y sin temor en todo yo hago y digo. Además de valor, dos regalos más del Espíritu Santo también comenzaban a trabajar en mi vida— el regalo de la comprensión y el regalo un poco de sabiduría.

Tercera Lección

Había una tercera lección memorable que aprendí de mi padre-carcelero. Con mi cambio de actitud, yo llegué a convertirme en un mejor oyente. Un sábado de la primavera, en viaje de cinco minutos hacia otro cliente, mi padre dijo, "Fred, los lunes, los miércoles, y los viernes visitamos a los mismos clientes en la zona oeste del Río Genesee, los martes, los jueves, y los sábados visitamos a los mismos clientes en la zona este del Río. ¿Te preguntas por qué jamás yo he nunca perdido a un cliente?"

Curioso acerca de esto, y ansioso de saber su respuesta, yo contesté, "¿Sí Pa?"

Con el mismo tono suave que él dijo, "¿Fred, sabes lo que es la Regla de Oro?"

Dije, "Sí Pa; yo lo aprendí en escuela".

El dijo, "Muy bien, dime que es".

Dije, "Trata a los demás de la misma manera en que quisieras que te traten a ti".

Algo sorprendido y satisfecho y con una sonrisa grande en su cara, él dijo,

"¡Buen chico! Ahora escucha, Fred. Cada día, yo trato de vivir por la Regla de Oro. Primero, cuando hago las compras a los agricultores en el mercado público, busco el mejor producto y trato de comprar con el precio más bajo posible. Trato a todos mis clientes de la manera que querría ser tratada si estuviera en su lugar. Soy honesto con cada uno de ellos. No cobro demasiado. Tengo el mismo precio justo para todos. Yo le digo a cada cliente la verdad. Hace mi vida muy sencilla porque no tengo que recordar lo que les había dicho antes. A veces cometo un error, pero eso no es una mentira. Y cuando cometo un error, yo le digo a mi cliente que cometí un error y lo hago corrijo con el cliente dándole un crédito o un vegetal gratis o una fruta gratis. Me aseguro de que mi escala este exacta. Cuando peso mis vegetales, siempre les doy una cuenta honesta e incluso les doy un poco más. Así, mi cliente es feliz conmigo, y por eso no pierdo a mis clientes. También es por eso que mis clientes me ayudan a conseguir nuevos a clientes, porque ellos quieren mi calidad, mi servicio, mi precio justo, y mi honradez".

El tomó un soplo de la colilla de un puro que fumaba y continuó,

"Así entonces, Fred, cuando tu te pongas más viejo, recuerda de ser justo y honesto. Si usted entra en negocio, trabajas para alguien, o trabajas en el gobierno, no mientas. No robes. No estafes. Ten el valor en defender en lo que tu crees. Y si cometes un error, no lo ocultes. Diga justo así, que te arrepientes, y trata de mejorar. Se el mismo en la escuela, con tus compañeros de clase, en casa, cuando tengas una novia, cuando te cases, y cuando tengas a niños. Fred, yo te prometo, serás más feliz y serás un hombre más lleno de paz si haces lo que te digo. También, con una buena educación y la ayuda de Dios, tendrás éxito con todas estas cosas.

"Y Fred, estas cosas toman tiempo, y como el béisbol—mucha práctica. Recuerda también, cuando un jugador de béisbol logro pegar la pelota más de tres

fuera de diez veces al batear, es un héroe. Mira a Babe Ruth. En su vida, él promedió 3.4 pelotazos fuera de diez. Así, como aprendiste vendiendo las fresas, eres como un héroe si vendes las fresas a tres fuera de diez puertas que vas y tocas. Debes trabajar duro, practicar, tener paciencia, y si pierdes, aprende de ello y trata otra vez. ¿Estas de acuerdo?"

Estaba escuchando. Estaba aprendiendo. Dije, "Sí Pa, yo estoy de acuerdo," y de veras lo sentía. Quería crecer para ser esa persona.

A la edad de doce años, creí firmemente que yo era responsable del transcurso que mi vida tomaría—mi destino. No era mi madre, padre-carcelero, los maestros, los hermanos, las hermanas, ni los amigos que determinaban mi futuro. Ellos podían aconsejar, alentar, y ayudar, pero era realmente de parte de mí. Creí firmemente que si estudiaba duro, podía ser cualquier cosa que quisiera ser en el País acerca de que había leído muy a menudo, el País de la libertad y la oportunidad.

Estas sencillas lecciones de la honradez, la sinceridad, el entusiasmo, las comunicaciones abiertas, el valor, la perseverancia, el respeto, y responsabilidad eran implantadas para siempre y eran grabadas en la mente, en el corazón, y en el alma.

A los doce años, ahora tenía una fuerte creencia que podía escapar la prisión de mediocridad. Aprendí de la importancia de hablar abiertamente y honestamente. Lucharía en la buena batalla con entusiasmo. Trataría de ganar cada batalla justamente y directamente. Estaría equipado para vencer toda dificultad en mi vida. Confrontaría cualquier lucha o problema con la paciencia que aprendí en el Camión-Prisión. Giraría cada dificultad o privación en un éxito ejemplar. Con la ayuda de Dios, nada era imposible. Tornaría el Camión-Prisión en el Camión-de aprender, un lugar seguro para leer y estudiar. Mientras esperaba por mi padre en el mercado público, al esperar que él volviera de un cliente, bajo las farolas de la calle delante de *'Hedges Bar and Grill'* durante el verano, y con la luz de nuestra vieja fiel lámpara de kerosén durante el invierno, yo aprendería. Llegaría a ser un discípulo de buenos hábitos y de la autodisciplina. Y, como mi padre-carcelero dijo, si me equivoco, si cometo un error, yo me haré cargo de ello y me disculparé cuando sea y donde sea lo tenga que hacer.

La Hermana Teonila dijo una vez, "Dios a menudo habla con nosotros a través otra persona". En esas tres conversaciones de 5 minutos con mi padre-carcelero, a menudo he pensado que Dios me habló directamente a través él.

Preguntas que un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿Estuvo bien que el padre de Fred de tratara de quitar el flipper de la cantina? Explique. ¿Cómo le afectó este acontecimiento a Fred?**
-

2. Relacione la "Historia de la Fresa" a una situación en su vida, un tiempo en la cual el entusiasmo y una actitud positiva lo habrían ayudado a realizar una tarea más efectivamente.

3. ¿Cómo puede la actitud de una persona conferir poder o puede ser esclavizante? Dé un ejemplo de su propia vida, de la vida de Fred, o de la vida de un carácter literario.

4. ¿Por qué era la "Historia de la Canasta" importante?

5. ¿Tiene la 'Regla de Oro' algo que ver con la felicidad? Explique.

Estudiantes -

Hable con sus padres o mentores acerca de lo Siguiende:

1. ¿Qué lecciones aprendieron sus padres o mentores de *sus* padres?

2. ¿Qué es algo que sus padres o mentores hicieron que ellos sienten el valor necesario?

3. ¿Qué es tres lecciones acerca de la vida sus padres o mentores desean que usted aprenda?

Ese mismo año, cuando tenía doce, mi padre no podía mantenerse al día con los pagos de nuestra casa al banco. El no tenía el dinero para pagos de nuestros muebles tampoco. Nos tuvimos que mover a una casa mal amueblada en la Calle Ormond en el centro de la ciudad de Rochester. Mi madre estaba muy triste cuando perdimos nuestro hermoso hogar y buenos muebles en el 470 de la Avenida Driving Park. De inmediato, en ese mismo lugar y momento yo hice una resolución. Aplicaría las lecciones que había aprendido en el Camión Prisión y entonces llegaría a tener éxito. Algún día, de algún modo, yo le compraría a mi madre una buena casa como la que ella perdió.

Nuestra nueva casa en el centro de la ciudad era la mitad en tamaño que nuestra casa anterior. Los nueve por entero nos amontonamos en un apartamento en el segundo piso. Sin embargo, cuando mi madre vio lo felices que sus niños estaban en el nuevo vecindario, ella era feliz. No importaba la clase de casa en donde ella viviera, por las muchas horas que ella trabajara, si sus niños eran felices, ella era feliz. Así era mi madre. Yo la amaba mucho. Hubiera hecho cualquier cosa por complacerla. Ella tomó el pequeño apartamento que nosotros nos mudamos y lo hizo un hogar. Ella se deshizo de los chinchas de cama en los viejos colchones y las cucarachas que salían de muchas grietas en las paredes. Ella pintó las paredes, puso cortinas nuevas, e hizo ese apartamento limpio y resplandeciente. Ella nos cuidó con paciencia, amor, con sacrificio, y con mucho trabajo duro.

Amaba el centro de la ciudad de Rochester y el vecindario alrededor de la Calle de Ormond. Los niños eran de diferentes razas y antecedentes étnicos. Habían niños blancos, niños negros, y niños de piel oscuras, como la mía. Por primera vez sentía que cabía; me sentía muy cómodo. Era un niño mucho más feliz y más seguro, un niño lleno de esperanza, un niño con un sueño. Quería ser el mejor en todo que hacia.

Amaba el elogio que recibía de mis maestros y mi mamá y de mi padre por mis marcas mejoradas y por las estrellas de oro en mis notas. En el verano y el invierno, con mis libros escolares, con los libros de la biblioteca, y con mi Biblia como mis compañeros, el tiempo en el camión parecía pasar más rápidamente que lo hacia antes. El frío no parecía ser tan frío y las horas no parecían ser tan largas. Tenía mis libros, muchas frutas y las vegetales frescos de comer, y tenía un plan. Por fin, mi vida tenía un propósito. Paré de sentirme solo y triste. Ya no me compadecía de mí. Di gracias a Dios por darme una familia maravillosa y por ayudarme a encontrar una solución a mis problemas.

Desde la edad seis a once, yo no hice bien en escuela. Ellos decían que era un estudiante con problemas de aprendizaje. Yo no disfrutaba de la escuela y de yo no me importaba cómo hacia. Ni me quería a mí mismo. Me sentía como un total perdedor. Pero, después de esas tres sesiones de 5 minutos con mi padre, yo vi la luz al final del túnel. Todo dependía de donde mi enfoque y hábitos iban— hacia

abajo a la oscuridad o arriba hacia la luz. Supe por experiencia personal que una persona podía vivir durante años en la oscuridad, en un ambiente opresivo, o una persona podían cambiar su actitud y elegir cómo reaccionar a ese ambiente. Alabanzas a Dios, pensé,

"Yo no nací para ser un perdedor. Nací para poder escoger".

A la edad de doce años, yo elegí cambiar mi actitud de negativo a positivo. Elegí trabajar fuertemente para ser un ganador. El estudiar para mí era como mi carcelero-padre dijo, como el béisbol—en cuanto más practiques, mejor sería.

Asistiendo a la Escuela Secundaria de San José, yo era de estudiante pobre para a llegar a ser uno de los mejores. En una clase de alrededor de treinta estudiantes, yo tenía el segundo el promedio más alto del séptimo grado y en el octavo grado. Mientras estuve en el octavo grado, gané una beca para la escuela Empresarial de San José muy cercana a la Calle Franklin, en el mismo Rochester. Tenía catorce años. La escuela empresarial enseñaba taquigrafía, la contabilidad, maquinografía, el inglés empresarial, aritmético de negocio, y ley negocio.

Durante mi primer año en la escuela Empresarial de San José, la Hermana Ludolfa, directora y mi maestra, me dieron una vieja máquina de escribir. Ella podía ver lo hambriento que estaba por aprender y sobresalir. Sabía que yo quería encontrar una manera rápida de ganar dinero para poder ayudar a mis padres. Aprendí a escribir a máquina tan rápido que aterricé un trabajo después de escuela con dos empresarios locales. Hice tanto dinero y ayudé mucho con las finanzas de la familia, que mi padre estaba mas que feliz de liberarme del camión. La mecanografía y taquigrafía eran las llaves a de mi libertad. Era muy feliz y orgulloso haber obtenido una educación, por tener un trabajo, y de poder ayudar mi familia. Alabé a Dios y le di gracias diariamente por ayudarme a encontrar las llaves de mi libertad. Yo ya no era un preso del camión.



Fred, abajo a la izquierda

Mi madre estaba gozosa y muy aliviada, ahora que había dinero extra de entrada. Ella por fin podía comprar las cosas que ella realmente necesitaba para la casa. Me hacía resplandecer por dentro de ver su sonrisa y ser feliz otra vez.

Mi padre enlistó a mis dos hermanos más jóvenes para ayudarlo en el camión. Como ayudantes, Joe trabajaba los martes, los jueves, y los sábados, mientras Jim trabajaba los lunes, los miércoles, y los viernes. Ya yo no tenía que trabajar mas en el camión. ¡Era libre! Mi conocimiento y la dedicación a trabajar me habían puesto liberto.

Era el 7 de diciembre del 1941, tenía quince años, y yo estaba en el escenario del auditorio de la Escuela Superior de Benjamin James en Rochester, Nueva York. Los Veteranos de Guerras Extranjeras recientemente habían patrocinado un concurso del mejor ensayo. Escribí un borrador, lo revisé, y lo escribí a máquina en esa misma vieja máquina de escribir que la Hermana Ludolfa me había dado el año anterior. ¡Competía contra todos los estudiantes las escuelas superiores del Condado de Monroe, y créelo o no, gané—primer lugar! Un general del ejército de los EE.UU. estaba allí presentándose con una medalla de oro de los Veteranos de Guerras Extranjeras.

De repente, con el rabo del ojo, yo noté que un hombre uniformado del ejército lleno de prisa subió al escenario y le entregó un telegrama al general. El general lo abrió, rápidamente lo leyó, y entonces miró hacia arriba sorprendido. El se levantó de su silla, anduvo rápidamente al podio y leyó el telegrama en voz alta a la multitud.

"En este día, el 7 de diciembre de 1941, los japoneses han atacado el *Pearl Harbor*". El partió rápidamente del escenario.

La audiencia aturdida jadeó mientras el asombro se extendía a través de la audiencia. Después de unos pocos minutos, el general obtuvo la atención de todos y la ceremonia continuó.

En la mañana siguiente, los titulares gritaban en impresión negra y gruesa:

"¡JAPONESES ATACAN PEARL HARBOR!"

Había numerosos artículos que llenaron el periódico, y muy atrás en una sección, había una imagen y un artículo acerca de mí recibiendo la medalla de oro por mi ensayo ganador.

Una caliente noche de verano después de Puerto Perla, cuando era todavía quince, yo casi deseaba tener a una novia. Una tarde mientras comenzaba a oscurecer, mi madre planchaba una pila de ropa para toda la familia. Esa tarde ella había utilizado sus pinzas de ropa para tender una pila grande en una cuerda en el patio de atrás. Mientras ella planchaba, le dije, "Voy a ir a ver a mi novia".

Mi madre dijo, "Fred, no tienes una novia".

Dije, "O, sí la tengo".

Mi madre dijo, "¿Cuál es su nombre?"

Pensé rápidamente y dije, "Su nombre es Mabel".

Entonces salí por la puerta mosquitera. Simplemente pensaba molestar a mi madre un poco. Anduve a través de la Calle San Pablo a los bancos del Río Genesee. Me senté allí por acerca de una hora o dos para disfrutar de la fresca brisa nocturna. Entonces volví a casa.

La cocina estaba brillaba con la luz y mi madre todavía planchaba. Ella se veía muy cansada y triste. Creo que ella se preocupaba por mí. Ella presentía que yo estaba triste. Ella se debía haber preguntado si, verdaderamente, tenía una novia. Mientras la miraba planchar, yo me paré calladamente en la puerta mosquitera por cerca de cinco minutos pensando de su carga de trabajo desde temprano en la mañana hasta a última hora de la noche. En ese punto, yo tenía siete hermanos y hermanas. Inclusive mi Pa y a mí, eso si era una pila de ropa sucia. Mi corazón latió por ella. Golpeé en la puerta mosquitera. Ella no podría ver quién era. Ella dijo dulcemente, "¿Quién es?"

Abrí la puerta mosquitera y con una gran sonrisa yo dije, "Hola, Mabel. ¿Usted es mi novia!"

Mientras yo abrazaba a mi mamá, las lágrimas salían de mis ojos. Ella era tan feliz. Ella les decía esa historia a todos los que pudiera. Durante muchos años de seguido, sus parientes y los amigos decían, "Hola Mabel". Mi mamá se murió a la edad de 94 años, y ella todavía tenía ese apodo. Yo la amaba mucho.

A la edad de dieciséis años, yo me gradué de la escuela Empresarial de San Joseph. Gané el Premio General por Excelencia porque obtuve el promedio más alto en cada clase. Fui el número uno en la escuela entera de setenta estudiantes. Como era alto honor, yo di el discurso como de costumbre de graduación a todos mis compañeros de clase, a los padres, a los amigos, y a los maestros. Mire hacia la audiencia. Mi padre radiaba por el orgullo. Así como lo estaba mi mamá. Habían lágrimas alegres en sus ojos.

Pensé atrás a mis dieciséis años de vida. Mi padre fue mi motivador, mientras mi madre me enseñó amor y paciencia. Ambos de mis padres me animaron a ser el mejor podía ser. Yo no necesitaba tomar un curso de cómo tener éxito. Yo sólo tenía que estar apasionado por todo que hacia. Tenía que tomar control de mi vida. Tenía que disciplinarme por aprender, tener paciencia, y para ser calmado cuando enfrentara un problema grande. Tenía que luchar por mis convicciones. Tenía que practicar el arte de la venta de los productos una y otra vez, como en la Lección de la Fresa. Tenía que tomar mis lecciones del Camión-Prisión del pasado y aplicarlas a los desafíos del presente y el futuro. Sobre todo, tenía que continuar dejar que mi luz brille fuertemente y permitir que mi entusiasmo se demuestre claramente.

Después de que la graduación, inmediatamente conseguí un trabajo de tiempo completo con una compañía del área de transportes de camión. Trabajaba de 4:00 de la tarde hasta la medianoche, seis días una semana. Por cuarenta y ocho horas a la semana, todo lo que hacia era escribir a máquina las cuentas que los

camioneros se llevaban con ellos para sus entregas. Cada cuenta mostraba quien enviaba el paquete, que era supuesto recibirlo, y el costo de cada paquete. Trabajé para la compañía de transportes de camión desde la edad de dieciséis a los dieciocho. El trabajo era muy aburrido y tedioso. En los viernes y sábados por la noche, mientras mis amigos adolescentes estaban fuera divirtiéndose, yo trabajaba. Yo no tenía ningunas novias. Yo no tenía tiempo para ellas. Pero, yo no me compadecí porque hacía mucho dinero, y tenía mi sueño de poder comprar a mi mamá y la familia una nueva casa. Hice cinco veces el salario mínimo de treinta centavos por hora. (Hoy, el salario mínimo federal es de \$7.15.)

Excepto por mi ropa, yo gastaba muy poco en mí mismo. Yo no tenía un carro. Utilicé la misma vieja bicicleta fiel que usaba para ir y venir a la escuela, y como mi medio de transportación para ir y venir del trabajo.

Era feliz en sabiendo que pronto alcanzaría mi objetivo. Poco antes de tener dieciocho, yo le compré a mi mamá un hermoso hogar en el 1293 de la Avenida Park en Rochester. Era muy semejante a la casa de la Avenida Driving Park que ella tuvo que abandonar seis años atrás. Habían ahora ocho niños en nuestra familia, y nosotros estábamos todos muy agradecidos por el cuarto adicional. El ático llegó a ser el dormitorio para mis tres hermanos y para mí. Los dormitorios para mis cuatro hermanas y mis padres estaban en el primer piso. La cocina espaciosa, la sala de recibir, y el comedor estaban situados en la planta baja. Había un patio



Yo, mi hermana Betty, mi hermano bebé Ken,
y mi fiel bicicleta que llevó
a la escuela y a mi trabajo

hermosamente cuidado con un jardín de rocas en el centro. Un árbol gigante que se esparcía se mantenía en guardia en el frente de la casa.

Mi madre, mi padre, las hermanas, y los hermanos estaban muy orgullosos de mí. Éramos una gran familia feliz. Todos estábamos felices, especialmente Mamá, y cuándo Mamá era feliz, yo era feliz. ¡Lo logre! Había utilizado las lecciones que

mi padre me había enseñado, y mi educación, para lograr mis objetivos y sueños.
¡Me sentía como un rey!

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿Se encontraba Fred mejor en su viejo vecindario o en el nuevo?
Explique.**

- 2. ¿Cómo fue Fred de ser un mal estudiante a ser uno bueno?**

- 3. ¿Cómo ganó Fred finalmente su libertad del camión?**

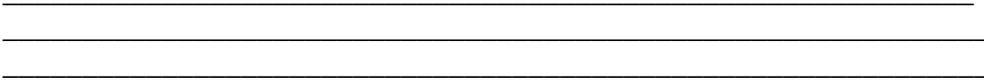
Estudiantes -

Hable con sus padres o mentores acerca de lo siguiente:

- 1. ¿Qué sujetos o actividades sus padres o mentores hicieron bien en escuela? ¿Les fue duro para ellos?**

- 2. ¿Habrá en sus vidas una ocasión en que sus padres o mentores hayan recibido un reconocimiento o elogio por algo que ellos hicieron bien? Explique.**

- 3. ¿Deben los niños ayudar a sus padres con los costos de mantener un hogar? ¿Aparte de dinero, qué otras maneras pueden los niños contribuir con su familia?**



Capítulo 6

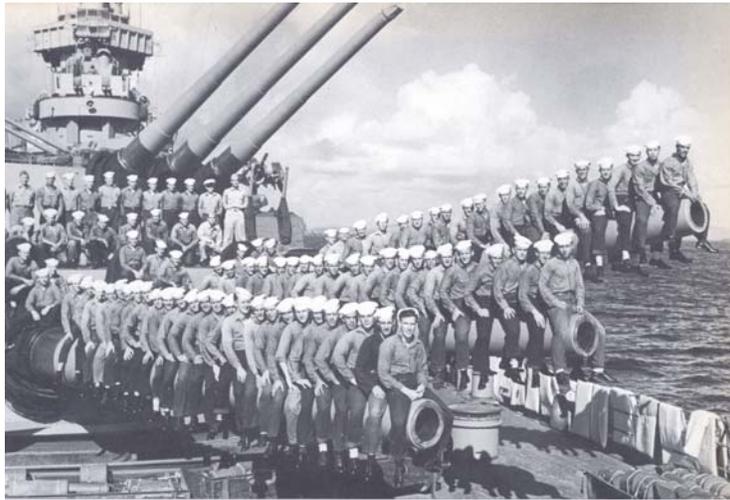
¡Comience el Fuego!

Para evitar ser enlistado en el ejército de las Fuerzas Armadas, a la edad de dieciocho años, yo me recluté en la Armada Marítima. Le comprobé a la Armada Marítima que contribuía más de cincuenta por ciento del dinero que me llevaba para sostener mis ocho hermanos y hermanas. Mi madre también estaba embarazada con su noveno niño, así que la Armada Marítima me trató como si estuviera casado. Ellos me permitieron paga extra para poder continuar ayudando a sostener a los miembros de mi familia. Los ingresos de mi padre simplemente no eran suficiente para poder hacer que el dinero alcance para todo. El proporcionaba la carne, las frutas, y los vegetales en nuestra mesa. Mi hermana mayor Betty y yo proporcionábamos lo demás.

Me encantaron las seis semanas de campamento de entrenamiento en la Base Naval de Sampson, situada en el hermoso Lago de Seneca, uno de los Dedos de los Lagos de Nueva York. La Armada Marítima mantenía a todos los marineros

muy ocupados durante el campamento de entrenamiento. Por causa de mi buena actitud y el punto de vista positivo en la vida, hice amigos fácilmente. Muchos de mis nuevos amigos buscaban de mi consejo. Ya no era tan avergonzado ni tímido como lo era antes en la escuela secundaria. Casi todos los hombres se quejaban de las ejercitaciones, de marchar, de los fuertes entrenamientos, y de largas horas. Comparado al Camión-Prisión y el turno de la noche en la compañía de transportes de camión, el campamento de entrenamiento era como estar de vacaciones. Cuando era un chico, nunca tuve la oportunidad de ir a acampar ni ser un Niño Escucha. El campamento de entrenamiento de la Armada Marítima llegó a ser el campamento que yo nunca pude ir a cuando era un niño.

Los otros marineros también se quejaban del alimento, pero yo no. Durante el tiempo en que yo era pequeño hasta el tiempo que yo era de dieciocho, comíamos todas nuestras comidas en casa. Nunca salimos ni una vez a un restaurante para comer. Mi madre cocinaba los vegetales frescos y arroz mezclado con pequeños pedazos de cordero. Nunca tuvimos una chuleta de cordero para cada uno, ni siquiera un cordero por entero. Nunca tuvimos carne de res, ni hamburguesas, ni filetes. Yo nunca probé chuletas de cerdo, papas fritas, ni jamonilla. La mitad un cordero que mi padre compraba para la familia cada semana tenía que durar la semana entera. Como buenos católicos, no podíamos comer ninguna clase de carne los viernes, así que todos los viernes mi madre cocinaba una gran cantidad de lentejas y arroz. Las lentejas son una clase de frijoles planos. Ella servía una ensalada de vegetales frescos y un plato llano amontonado con lentejas calientes. Mientras las lentejas se enfriaban ellas dejaban un rastro desagradable de color marrón. Obviamente esto no hacía mucho para el apetito, pero por lo menos llenaban nuestras barrigas. Yo nunca había comido en un restaurante, excepto en ésa *única* vez con mi padre, cuando tuve un bocadillo caliente de rosbif con papas calientes cremosas y succulento aderezo de carne. Pero, la Armada Marítima era diferente. Ellos tenían toda clase de alimentos, todas esas cosas que yo nunca había tenido antes. ¡Me encontraba en el cielo de alimentos! Después de que campamento de entrenamiento, la Armada Marítima me mandaron al USS Guam, que era un crucero de batalla. Tenía la capacidad de pelea de un buque armado combinado con la velocidad de un crucero.



EEUU Guam, crucero de batalla de la Armada Naval de Estados Unidos

Habían más de 2,000 hombres en el buque. Como yo era muy bueno con la taquigrafía, la contabilidad, y la mecanografía, que ellos me pusieron a cargo de mantener los registros de todos los hombres reclutados. También tomaba dictados en taquigrafía y los memorandos escritos a máquina para el oficial principal del buque. A él le gustaba mi trabajo y yo disfrutaba en hacerlo. También, una vez a la semana, los marineros que habían hecho algo malo tenían que comparecer delante del oficial principal. La parte de mi trabajo que me correspondía era de hacer un registro de sus castigos y mantenerlos en sus archivos. Escuche muchas excusas muy interesantes y creativas por el mal comportamiento. Algunos de ellas eran bastante graves, algunas graciosas, mientras otros eran simplemente cómicas. Por ejemplo, un marinero compareció antes del oficial principal. El era acusado de orinar en la plataforma del buque. Cuándo se le preguntó por qué, él contestó, "tenía que ir, y fui". El fue dada dos horas adicionales del deber como castigo.

Los marineros en la preparación para batalla se les era requerido trabajar por ocho horas en su división así como también estar de guardia por cuatro horas. Durante el tiempo que estuve de guardia en el puente del buque, yo tenía tiempo de leer o estudiar. Por sobre un espacio de tiempo de seis meses, yo puse muchas horas estudiando y pagaron. Obtuve mi 'GED', el equivalente de una educación de la escuela superior. Le escribí a la familia alrededor de tres veces por semana. Era feliz de compartir estas buenas noticias con ellos y ellos estaban grandemente orgullosos de mí.

Un día antes de nosotros entrar en batalla, yo mordí un pedazo duro de filete y mis dos dientes incisivos se rompieron en mitad por el decaimiento. El dentista del buque tuvo que



sacar los pedazos restantes porque ellos estaban demasiado lejos de poder salvar. Anduve alrededor del buque por semanas sin sonreír. El dentista de nuestro buque me dijo que él sólo podía encargarse de las caries. Necesitaba un puente dental y dos dientes postizos.

Unas pocas semanas más tarde, nosotros anclamos en un gran puerto con muchos otros buques, inclusive un buque hospital. El dentista de nuestro buque no me permitía ir al buque hospital para conseguir los dientes postizos porque yo todavía podía masticar los alimentos. El dijo que él no ~~estaba~~ *mi estación de batalla* como me veía.

Yo no estaba muy contento, así que le escribí una carta a mi jefe, el oficial principal del buque. El tenía unos cincuenta años. En esta carta escrita a máquina, yo le escribí que ya no podía hacer mi trabajo si entramos en una batalla verdadera. Dije que mi estación de batalla estaba en una silla giratoria situada en la plataforma más alta del buque. La silla era como la silla de un barbero, y yo podía girar completamente alrededor, en 360 grados. Le escribí que tenía unos binoculares montados a la silla para marcar buques o aviones enemigos, así como audífonos especiales para poder escuchar, y un botón rojo para apretar para enviar un mensaje. Yo le dije que el oficial marino a cargo de derribar los aviones enemigos se paraba a mí lado con sus propios audífonos y binoculares. Cuando este oficial dice, "Comience el Fuego," tengo que apretar el botón rojo conectado a mis audífonos y repetir las palabras, "Comience el Fuego". Cuando el oficial dice, "Cese el Fuego," tengo que repetir esto así como también. Dije que los dientes ya perdidos intervenían con mi estación de batalla, y que estaba preocupado que los artilleros no comprenderían claramente mis palabras. Yo le dije que yo quería mis responsabilidades de la estación de batalla y quería permanecer allí.

Después de que él leyera mi carta, el oficial principal me pidió que pronunciara "Comience el Fuego" y "Cese el Fuego". Levanté el labio superior para mostrarle lo feo que yo era, y entonces exageré la pronunciación de las palabras allí delante de él. Sonó algo como esto,

"Comensch l'Feyo y Sheeshe l'Feyo".

El con casi una sonrisa abierta por mí sabiendo que yo exageraba, dijo, "¿Qué tal si le escribimos una carta al oficial dental del buque?"

Escribí la carta a máquina rápidamente que él me dictó. El la firmó, y yo la corrí hacia el oficial dental del buque. Cuando me llegó el tiempo para ir al buque hospital, el oficial dental me puso a cargo de todos los marineros que necesitaban hacerse trabajo dental.

Conseguí los dos dientes incisivos, y era un marinero feliz otra vez. Fui por todas partes del buque sonriendo y silbando. Con un poco de humor en el corazón, yo estaba seguro que ganaríamos la guerra desde que mis órdenes ahora serían concisas y claras. Los aviones enemigos serían disparados hacia abajo y nuestros chicos estarían a salvo, todo a causa de mis dientes incisivos nuevos. Era un poco

antes de la Navidad y se transmitían una variedad de canciones de Navidad sobre la megafonía. Solté una carcajada y empecé a cantar junto con la melodía popular de Navidad, "Todo deseo para la Navidad es son dos dientes incisivos". Era una Navidad bastante buena ese año, pero extrañaba a mi familia.

Con el año nuevo vino un aumento de pelea. Estábamos en el mismo medio de una zona de batalla, en algún lugar en el Sur del Pacífico. Siempre que el oficial marino diera la orden, "Comience el Fuego," yo lo repetía perfectamente, y el cielo se llenaría de balas trazadoras. Vía bastante acción, más de la que hubiera querido. Un día le dimos a un avión japonés que volaba sobre nosotros. Segundos más tarde, se incendió, y desde que éramos el buque más cercano, se dirigió directamente hacia nosotros. Cuando estiré el cuello hacia el cielo, se pareció que el avión era dirigido directamente a mi binocular. Oré rápidamente a Dios, pensando seguramente que sería el final de mi vida. Afortunadamente el piloto no podía mantener el pájaro herido en el aire lo suficiente para chocar contra nuestro buque. Se estrelló en el agua a 100 pies de nuestro buque, cerca del arco de estribor. Vi muchos de estos pilotos kamikases tratar de volar sus aviones contra los buques de guerra de los Estados Unidos. Tristemente, muchos de esos suicidas lograban estrellarse contra muchos buques de Estados Unidos, matando a miles de marineros norteamericanos. Doy gracias a Dios, que nuestro buque fue perdonado.

Cortamente después de eso, presenciamos un ataque aéreo en el Portaaviones USS Franklin. Un solo Cero Japonés se escurrió de nuestra defensa. Dejó inmediatamente caer dos bombas perforantes en medio de varios aviones que estaban a punto de partir de la pista de vuelo. Muchas explosiones, una tras otra, causaron la rápida muerte de 724 hombres e hiriendo a otros 264.

Mientras estaba en el deber de guardia el mas tarde en ese día, escuché un mensaje del USS Franklin en mis audífonos de buque a buque: "Paren de recoger a los hombres que flotan en el mar. Ya están muertos. No tenemos tiempo para funerales adecuados". Cuándo la batalla paró, yo me quité mi audífonos y simplemente me quedé allí sentado por algún tiempo, pensando en todas las madres y los padres, las hermanas y los hermanos, las esposas, los amigos, y los niños, cuyos corazones serían rotos a causa de ese terrible ataque por un piloto Japonés.

Cuándo la guerra terminó, tenía veinte años. Yo también sentía la compasión por las familias de todas las otras naciones, que perdieron sus hijos y a hijas en la Segunda Guerra Mundial. Mientras era un niño, yo era el Preso del Camión. Durante la Segunda Guerra Mundial, ¿llegaron a ser los ciudadanos de Japón y Alemania presos de la locura política causada por la insensatez de sus líderes?

En el 1945, Japonés estiman en poner el número total de muertos por las dos bombas atómicas dejadas caer en Hiroshima y Nagasaki a 240,000 personas, sin contar los heridos. Alarmantemente, esto representaba el cincuenta y tres por ciento de la población de estas dos ciudades.

El costo de vidas humanas en la Segunda Guerra Mundial se estima a un cincuenta y cinco millones de muertos—veinticinco millones de esos eran militares y treinta millones de civiles, inclusive seis millones de judíos muertos en el Holocausto.

Di gracias a Dios por protegerme durante ese tiempo difícil y por regresarme a casa sano y salvo. Fui creyente de haber servido a mi país muy bien, para que todos hombres y las mujeres en todos países pudieran encontrar libertad. Sabía que vivía en el mejor país en del mundo y yo me prometí que trabajaría duramente para llegar a ser el mejor que pudiera ser, servir a Dios, a mi país, a mi comunidad, y a mi familia. Amaba a América con todo mí corazón. Yo nunca tomaría nuestra libertad en vano. Verdaderamente, América era la tierra de la oportunidad para los que estuvieran dispuestos a hacer sacrificios para tener éxito.

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿De dónde provino el fuerte apoyo de Fred para su familia? ¿Por qué no gastó él más su dinero en él mismo o salió más con sus amigos?**

- 2. ¿Estuvo bien que Fred exagerara la pronunciación mal de sus palabras "Comienza el Fuego y paren el Fuego" para conseguir que sus dientes fueran reparados? Explique.**

- 3. ¿Qué lecciones podemos aprender nosotros de la Segunda Guerra Mundial que se aplican hoy en día?**

4. ¿Cómo guerrearía un mundo es hoy diferente de la Segunda Guerra Mundial?

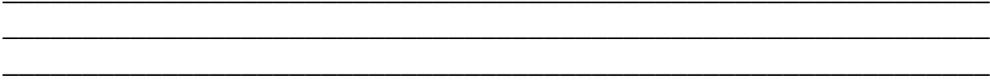
Estudiantes-

Hable con sus padres o mentores acerca de lo siguiente:

1. ¿Alguna vez fueron ellos, o miembros de sus familias, parte del ejército?

2. ¿Recuerdan algo sus padres o mentores acerca de una de las guerras en que nuestro país participó, si o no estuvieran en el ejército?

3. ¿Qué ideas tienen sus padres o mentores acerca de como prevenir otra guerra mundial?



Capítulo 7

La muerte de mi Padre,

**una nueva
responsabilidad,
un nuevo éxito en el
negocio**



De arriba hacia abajo - Joe, yo, Anne, Mamá,

*Papá, Kenny, Deanna, Jim,
Vicky. Betty estaba en su
trabajo de la Segunda Guerra Mundial.
Mi mamá estaba embarazada con Lee.*

La guerra terminó cuando tenía veinte años. Nos regresaron hacia atrás a los Estados Unidos y yo no estaba exactamente seguro lo que iba a hacer. Quería volver a la escuela, pero sabía que tenía que encontrar un trabajo para ayudar mi familia. Yo ahora tenía ocho hermanos y hermanas, siete que eran más jóvenes que yo. Desde la edad de los veinte a los veintiuno, junto con muchos otros Veteranos de la Segunda Guerra Mundial, asistí al Escuela Secundaria de Jefferson en Rochester de 8:00 de la mañana a 3:00 de la tarde, en un programa de urgencia para adquirir un diploma de regentes. Después de la escuela, yo trabajé en un trabajo a tiempo parcial hasta que cerca de las 8:00 de la tarde. Entonces hacía mis tareas y se acostaba a dormir.

A la edad de veintiuno, yo fui a la escuela nocturna de la Universidad de Rochester para tomar los cursos en la administración de empresas, incluyendo la contabilidad y ley empresarial. Durante el día, yo encontré un trabajo que haciendo la taquigrafía, la mecanografía, y la contabilidad. La paga era muy buena, y me gustaban las personas con quien trabajaba. Cada semana, tan pronto como me pagaban, yo le daba la mayor parte del dinero a mi madre. Mi padre no se sentía bien y comenzó a regresar a casa de su negocio de frutas y vegetales mas temprano.

A los dieciocho años de la edad, mi hermano Joe tomó el negocio de frutas y vegetales de mi padre. Mi hermana mayor Betty también trabajaba y era una gran ayuda para mi madre y nuestros hermanos y a las hermanas más jóvenes. Mi hermana Ana también comenzó a trabajar. Llegamos a ser una familia unida, cuidando de mi mamá y nuestros hermanos y hermanas más jóvenes.

A la edad de veintitrés, yo tenía planes de ir a la Universidad de Nuestra Dama por durante seis años para obtener un grado en Administración de Negocios y en Leyes. Actualmente había escogido los cursos que tomaría en este plan de seis años. Todavía había tiempo para yo aprovecharme de mí declaración de derechos de G I. El gobierno pagaría por completo mi matrícula. Pero me preocupaba por mi madre, por mi padre, por mis hermanos, y por mis hermanas. Sabía que mi padre necesitaba toda la ayuda para poder criar a nuestra bastante grande familia. El se estaba poniendo más lento. Una noche salí en el patio de atrás para pensar en lo que debía hacer.

Me encontré orándole a Dios por dirección. ¿Debería yo ir a Nuestra Dama, lo cuál era muy lejos de casa? El colegio era lejos en el estado de Indiana. ¿Me debería quedar en casa e ir a escuela nocturna mientras trabajaba durante el día?

¿O, querría Dios que yo fuera a ser un sacerdote? Pedí a Dios que mostrara una estrella fugaz. Si veía una, yo dije que llegaría a ser un sacerdote. Mis ojos escudriñaron el cielo aterciopelado de la noche. Estaba salpicada con diamantes brillantes, pero ni una de ellas se movió. Todas permanecieron en la misma posición. No vi a una estrella fugaz. En vez de eso, oí la voz de mi padre detrás de mí.

El dijo, "¿Qué haces aquí afuera?"

Dije, "Simplemente pensando en mi futuro".

El dijo, "Tengo malas noticias para tí. Yo te diré lo que será tu futuro. La semana pasada, mi médico me dijo que tengo hipertensión y un problema cardíaco. El dijo que podía morir dentro de los próximos 90 días. En nuestro país de origen, el hijo mayor llega a ser la cabeza de la casa si su padre se muere. Si yo me muero, me debes de prometer que tú cuidarás de tu madre, de tus hermanos, y de tus hermanas".

Me quedé sorprendido. Dije, "Pa, no hable así. Usted no se morirá. Usted es demasiado joven".

Me extendí y lo abrase y le dije al oído. "Pa, no se preocupe. Si usted se muere cuidaré de nuestra familia".

Mi padre envolvió sus brazos fuertemente a mi alrededor mientras lágrimas corrían de sus mejillas. Yo no podía refrenar las lágrimas tampoco como él y por fin me dio el abrazo que deseaba por tantos años en que el Camión-Prisión. Sabía que él me amaba.

Entonces él me miró y dijo, "¿Me lo prometes?"

Dije, "Sí Pa".

Dos meses más tarde, en marzo del 1950, a los cincuenta y dos años, mi padre murió de un infarto repentino. Jugaba a las cartas detrás de una tienda sobre en la Avenida Este, muy cerca de nuestra casa en la Avenida Park. Mi padre fue puesto a descansar en un ataúd abierto en nuestra sala de recibir durante dos días. Las personas de todas partes la ciudad de Rochester vinieron a nuestra casa para pagar sus últimos respetos a mi padre. Ellos se arrodillaban frente del ataúd y dirían una corta oración. Entonces ellos se dirigían a los miembros de nuestras familia y nos dirían lo triste que ellos se encontraban que perdimos a nuestro padre. Mi hermano más joven, Lee, tenía sólo cinco años de edad y se secaba las lágrimas de sus ojos. Muchos de las personas que pagaban sus respetos también tenían lágrimas en los ojos. Era muy triste para ellos ver a una madre con ocho niños, haciendo una fila según sus edades, completamente hasta bajar a Lee mi hermano bebé de cinco años. Muchos de los clientes de mi Pa estaban allí. Ellos me dijeron que cuando él abrió la bolsa de buhonero para hacer cambio de dinero, él les enseñaba un sobre gastado y una carta que le había escrito a él en Día de los Padres mientras estaba en el ejército. Ellos me dijeron que él siempre hablaba acerca de mí con gran orgullo. Por supuesto, estos traía lágrimas a mis ojos.

Tiritamos del frío en el cementerio mientras el sacerdote rezaba. Cuando nosotros entramos al coche largo del funeral, yo di una vuelta para mirar hacia atrás al ataúd una última vez, mientras dos trabajadores del cementerio se prepararon para bajar el ataúd en la tierra fría. Mi madre y ocho hermanos y hermanas nos sentaron en un silencio total mientras conducíamos hacia nuestra casa de la Avenida Park. Nos agrupados muy cerca uno al otro en el coche funeral para obtener consuelo y para el calor. Sabía que mi padre estaba con Dios, y ese pensamiento me trajo un poco de paz mental.

Yo no estaba atemorizado de ser la cabeza del hogar y ya no tenía que preocuparme por elegir. Había sólo una elección y era en cumplir la promesa a mi padre y ser el mejor "padre suplente" que pudiera ser para mis hermanos y hermanas. Estaba lleno de confianza y determinación. Sabía lo que yo podía hacer. Tenía suficiente práctica.

A la edad de veinticinco años, pregunté a mi madre si ella se arriesgaría a perder nuestra casa de la Avenida Park en porque quería pedir un préstamo de \$10,000 dólares al banco para comprar un negocio de vender café. Esto significaba poner una hipoteca grande en nuestro hogar. Si fallaba, yo no había manera de hacer los pagos todos los meses. Podríamos perder nuestro hogar otra vez. Sería la misma manera que mi padre perdió su hogar de la Avenida Driving Park durante la Gran Depresión, trece años atrás. Mi madre dijo que ella tenía confianza total en lo que yo hiciera. Ella estaba dispuesta a arriesgarse a la pérdida de su hermoso nuevo hogar.

Me hice empresario. La vendedora automática del café fue llamada Kwik Kafe. La máquina fue fabricada en la ciudad de Filadelfia, por dos veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Distribuimos estas máquinas a las fábricas, a las oficinas, y en otros lugares públicos. Una persona depositaría cinco centavos en la máquina. Un vaso de cartón se dejaría caer hacia un poso donde se sujetaría el vaso. Próximamente agua caliente y el líquido concentrado de café saldría de un tubo en combinación en el vaso. El comprador podía empujar un botón o ambos botones para la crema y el azúcar. Entonces un palito saldría de repente para mezclar. Esta vendedora automática servía un buen café. Tenía un sabor muy rico pero no abrumador, y muy caliente.

Sin embargo, inicialmente cuando comencé a tratar de vender estas máquinas, los dueños y los jefes no querían vendedoras automáticas de café en sus lugares de trabajo. Ellos tenían miedo que sus empleados pasarían mucho tiempo frente a las máquinas bebiendo café todo el día, en vez de trabajar, como estaban supuestos a hacer.



Uno de nuestros primeros vehículos de servicio de Kwik Kafe

Pero, cuando se es un chico que tiene que trabajar en el camión de su Pa de la edad ocho a los catorce años, en la manera que yo hice, se aprende algo sobre hacer sacrificios, acerca de tener paciencia, acerca de buenos hábitos de estudio, y de elegir a los amigos que no lo distraen de estos objetivos.

Estaba determinado a utilizar las lecciones aprendidas en el camión de mi Pa, así como las lecciones que aprendí en las escuelas de negocios donde fui:

La Regla de Oro. *Haría crecer un negocio exitoso utilizando la Regla de oro como mi bandera—poniéndome en los zapatos de mi cliente y mis jugadores de equipo—tratándolos de la manera yo querría ser tratado si estuviera en sus zapatos.*

Honradez. *La honradez nunca sería cedida. Mi cliente obtendría un informe mensual donde muestra las medidas de uso de cada máquina de café. El también obtendría un cheque de nuestra parte—una comisión por el total de ventas de cada máquina. Yo nunca mentiría, robaría o estafaría.*

El Entusiasmo y las Elecciones (la historia de la fresa). *Sabiendo que tenía el mejor café en el negocio de ventas, esto se reflejaría en una buena manera en cada llamada de ventas que haría o cada carta que escribiera. Tendría paciencia con el proceso de las ventas, evitando alguna táctica de ventas de alta presión, sabiendo que las decisiones no son hechas en la primera llamada de ventas. En una manera discreta, yo ofrecería las elecciones, tal como una cafetera en cada piso para hacerlo mas conveniente para los empleados, o para pedir una renovar una cita dentro de un mes o dos meses, o sugerir una prueba este mes o el mes próximo.*

Comunicación Abierta (la historia de la cesta vacía). *Escucharía a mi cliente. Reaccionaría de una manera positiva a lo que me dijera. Proporcionaría cartas de recomendación de compañías satisfechas con los beneficios del servicio de la vendedora de café, tal como un trabajador más feliz y más productivo.*

Imaginación. *Le permitiría a mi mente fluir con nuevas ideas que beneficiarían a nuestro cliente, nuestros empleados, y nuestra comunidad (por ejemplo, imprimiendo los mensajes de servicios a la comunidad sin fines de lucro en cada vaso de cartón se vendieran en nuestra vendedora de café).*

Darle frente a los errores. *El levantar cualquier negocio no es siempre fácil ni perfecto. Cuando director o gerente, si yo, o cualquier miembro de mi equipo de negocios cometemos un error con nuestros clientes, yo admitiría abiertamente el error, haría las correcciones y seguiría hacia adelante. Por supuesto, haría el máximo para prevenir que los errores que podrían arruinar nuestro negocio se repitan.*

Fe. *Toda mi vida creí en un poder más alto. En mi vida, ese poder es Dios, no tan diferente al "En Dios Confiamos" que dice en todas las monedas y dólares de los Estados Unidos de América, o en el Dios que aparece en nuestro Juramento hacia nuestra Bandera. Es el mismo Dios que sé es venerado por los cristianos, por los musulmanes, y por los judíos. Si Dios es verdaderamente mi juez, entonces yo tengo responderle a El y ciertamente practicar la Regla de oro. Cuando yo practico la Regla de oro, es bueno para mi negocio, para las personas con quien trabajo, y con las personas con quien vivo. Lo que es más importante, me hace más feliz y una persona más exitosa.*

Con una lista creciente de clientes felices, convencimos a Eastman Kodak en Rochester, NY, para permitirnos correr una prueba de sabor de café de lado a lado con la compañía 'Canteen Corporation' de América, una empresa grande en la Bolsa de Valores de Nueva York. Esta compañía obtenía todo el negocio de la venta de café de Kodak. Los empleados de Kodak prefirieron nuestro Kwik Kafe sobre la de 'Canteen'—diez a uno. Ganamos la prueba. Cuarenta y cinco mil empleados bebieron 45,000 cafés por día. Con muchas otras ubicaciones, nuestro negocio de café creció a quince millones de tazas al año. Era como el pequeño David en la Biblia que mata al Gigante con una honda.

A los veintisiete años, yo llegué a ser el rey del café de Rochester vendiendo 60,000 cafés por día—quince millones de tazas al año.

Por siete años consecutivos, mi compañía, Kwik Kafe de Rochester, ganó el premio nacional por ser el mejor comerciante de Kwik Kafe en los Estados Unidos. Mi madre, permitió que yo hipotecara nuestro hogar para poder comenzar este negocio, viajó conmigo a Filadelfia para recibir los premios en la Convención Anual de los Estados Unidos de Comerciantes de Kwik Kafe. No mucho antes

mamá compró un pequeño rótulo para su cocina. Decía "Dios Bendiga nuestra no-hipotecada casa". Ningún banco jamás no las podría llevar, como lo hicieron cuando vivimos en la Avenida Driving Park.

Llegué a estar activo en la Cámara de Comercio Menor donde serví como voluntario en los programas que ayudan los niños. Llegué a ser un líder en la Campaña de Fondos para la Beneficencia Social, ahora llamados Campaña de los Fondos Unidos. Traje muchas nuevas ideas y diversión en la recaudación de fondos.



Kodak —una de cientos ubicaciones de Kwik Kafe

*La Campaña
del 1968 Fondo para la
beneficencia social
Añadiendo diversión
creativa - El Safari para
la casa de Dólares. Ese
soy yo siendo cargado.*



Cuando el negocio de vender creció, mis hermanas y hermanos, Betty, Joe, Anne, Jim, y Vicky, llegaron a ser una parte importante de nuestro equipo de Kwik Kafe. Si cualquiera se quejara de un café, nuestro limpio, bien vestido, personal de servicio uniformado daría de regreso su dinero, ningunas preguntas hechas. Todos trabajamos muy duramente para ser lo mejor podríamos ser. Nuestro equipo hizo un buen trabajo de proporcionar un producto de calidad y mantener a nuestros clientes satisfechos, las compañías de Rochester nos pidieron que mantuviéramos todas sus vendedoras automáticas.



*El equipo de Kwik Kafe de premiación nacional
Tres hermanas y dos hermanos están en la imagen, un hermano en cada fila—
yo en el centro, la fila de atrás*

Mi compañía se mudó a un nuevo edificio grande. Además de nuestro espacio para las oficina y el almacenaje, construimos una cocina grande donde muchas señoras prepararon alimentos para nuestras vendedoras automáticas. Fuimos el mejor vendedor de alimentos completos y compañía de servicios de vendedoras en Rochester. Los negocios, las universidades, las escuelas, los hospitales, y hogares de ancianos nos permitieron preparar sus alimentos y proporcionar el mantenimiento de sus cocinas y personas para correrlas.

Antes de darme cuenta, a los veintinueve años de la edad, yo había construido una compañía con más de 1,000 empleados y cincuenta camiones. ¡La apariencia, el entusiasmo, y la actitud sí cuentan! Nuestra unidad familiar y el espíritu de compañía, unidos con nuestra dedicación determinación a dar a nuestros clientes lo mejor con total honradez, pagó.



*Nuestra expansión de restaurantes para empleado a través de Rochester
Esta era en la Compañía Telefónica de Rochester.*

Una gran parte de nuestros contratos de servicio de alimentos con el negocio, las escuelas, los hogares de ancianos, y los hospitales fueron debido a nuestro inmenso poder adquisitivo. Cuando compras productos alimenticios y suministros para tantos clientes, consigues el beneficio de descuentos y grandes reembolsos que pueden ser dados a clientes. Un año, yo descubrí que fallamos de pasar estos ahorros a nuestros clientes. Introduje una gran compañía de contabilidad, para auditar nuestros contratos de servicio de alimentos. Ellos encontraron los errores a favor de nuestros clientes. Envié una carta de disculpa a estos clientes con un gran cheque de reembolso. Por este acto, nuestra compañía desarrolló una reputación de honradez total, y muchos nuevos clientes firmaron contratos que los aseguraba a una calidad de producto, de servicio, y de integridad.

A causa de mi éxito de negocio, yo quise dar algo para apoyar a la comunidad. Llegué a ser muy activo y obtuve muchos premios de organizaciones de trabajo comunitario como voluntario.

En 1955, a los veintinueve años de edad, yo conocí a Helen Margaret O'hara. Mi hermana Anne hizo la introducción en un desayuno familiar después de iglesia un domingo. Estuve muy torpe en esta reunión del desayuno. Viré un vaso de leche. Pienso que estuve distraído por la sonrisa dulce de Helen y sus pecas. Además de ser maestra de Salud, Helen fue una salvavidas y directora situado a orillas en un Campamento de YMCA en el Lago de Canandaigua, NY.

En el 1956, cuando cumplí treinta, Helen y yo nos casamos en la Iglesia de San Nicholas, en el rincón de la Calle Leo y la Calle Rémington en Rochester. Helen abandonó su carrera de enseñanza para ser una mamá a tiempo completo. Gina fue nuestra niña primogénita. Gregorio fue nuestro segundo. Mi negocio era un éxito

resonante. Podía sostener mi madre y mis hermanos y las hermanas más jóvenes. Estaba encima del mundo.

A los treinta y cuatro años, me uní con una compañía nacional y llegué a ser un millonario. Llegué a ser el vicepresidente a cargo del noreste de los Estados Unidos con un potencial para llegar a ser el presidente nacional. En el servicio de alimentos y vendedoras automáticas, yo ahora sería responsable de \$100 millones en ventas anuales y cerca de 5,000 empleados.

Nos mudamos a una gran mansión en la calle 199 Ambassador Drive en Rochester. Estuve agradecido de mi padre y mi madre por las lecciones que aprendí de ambos. Estuve también agradecido a Dios por todas Sus bendiciones.

Mi mamá, quien arriesgó la hipoteca del hogar que yo había comprado para ella, estuvo muy orgullosa. A causa de su propio trabajo comunitario a nuestra Iglesia de San Nicholas y a otros, ella recibió del Congresista Frank Horton una bandera que voló sobre la Casa Blanca. Mi mamá y Congresista Horton están difuntos. Abajo la foto de ese día de orgullo.



Mi preciosa mamá y el Congresista Frank Horton en el 1959

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

1. **¿Fue justo que el padre de Fred le pidiera que el se hiciera cargo de cuidar a la familia completa? ¿Explica?**

2. **¿Qué fueron las lecciones importantes que Fred aprendió de su padre que lo ayudaron a tener éxito?**

Estudiantes -

Habla con sus padres o mentores acerca de lo Siguiente:

1. **¿Alguna vez han convertido sus padres o sus mentores el fracaso en éxito? ¿Cómo?**

2. **¿Qué consejo les darían sus padres o mentores a usted acerca de como vencer un fracaso?**

3. **¿Han perdido sus padres o mentores a sus padres? ¿Qué recuerdan ellos acerca de esa experiencia?**

Los altos y bajos

La Montaña de Bristol

En el 1963, a la edad de treinta y siete años, muchos líderes de la comunidad en Rochester estaban conscientes de mi éxito en el negocio. Ellos me pedían donarles dinero para nuevos hospitales o edificios de colegios. Esto llegó a suceder en el un tiempo cuando mi esposa y yo empezamos a esquiar. Para conseguir poder esquiar en áreas que tenían mucha nieve natural, nosotros teníamos que conducir por dos a tres horas.

Así que, cuando dos muy inteligentes ingenieros de General Motors se acercaron a mí con una idea para un área de esquí a sólo 20 millas de Rochester, yo decidí, con su ayuda, de traer más cerca el poder esquiar a la comunidad de Rochester. En mi mente, la recreación de invierno era igualmente tan importante como los hospitales y colegios. Pero, había un gran riesgo. La montaña en las Colinas de Bristol estaba en una corriente de nieve. Cuando el viento sopla rumbo al este sobre los Grandes Lagos durante el invierno, la humedad en el aire se convierte en nieve. Esto se llama "la corriente de nieve". Los lugares para esquiar encontradas entre la corriente de nieve obtienen alrededor de 200 a 300 pulgadas de nieve al año. Así que, muy pocas personas serían suficiente insensatas de construir un área de esquí fuera de la corriente de nieve, especialmente como el área de Colinas de Bristol, donde el promedio era sólo de ochenta pulgadas de nieve por año.

Pero estos dos ingenieros inteligentes supieron de una máquinas hacer nieve. Ellos tenían la tierra, pero ellos no tenían el dinero para construir un área de esquí. Llegué a ser el hombre con el dinero. Un hombre con el dinero proporciona el dinero efectivo que pone en marcha y ayuda a conseguir un préstamo de un banco para hacer que un negocio suceda. Mis dos socios ingenieros muy inteligentes planearían, construirían, y correrían el área de esquí con máquinas de hacer nieve y luces. De esta manera, todos pensamos, no teníamos que depender de la caída natural de la nieve. Con luces para poder esquiar de noche, nosotros podríamos tener el día y la noche para poder esquiar—un lugar para que los estudiantes de escuela y las personas pudieran esquiar después de trabajo y después de escuela, a sólo cuarenta minutos Rochester. Mientras mis socios manejaron el área de esquí, yo permanecía con el trabajo de vice-presidencia en el en los servicios de ventas de alimentos.

Nombramos área de esquí la Montaña de Bristol. Tendría la elevación más alta de esquiar de Rochester hacia el oeste de las 'Rocky Montains'. Tendríamos el sistema más grande de hacer nieve y de luces del mundo. Pensé que esto sería mi

forma de devolverle a las personas del área de Rochester por ayudar a hacerme un hombre rico. Para mí, esto era igualmente importante como poder donar una ala a un hospital o un edificio para un colegio o universidad. Para mí, la recreación del espíritu era igualmente importante como el cuidado médico o la educación. Yo nunca esperaba hacerme rico con el negocio de esquí. Ni jamás pensé que esta decisión de una nueva aventura cambiaría mi vida para siempre.

La gran parte del tiempo mientras se levanta un negocio, las personas buscan de otros para ayuda. Ellos necesitan abogados, los contables, y los especialistas. Como con la medicina, hay todas clases de especialistas en los negocios. Bueno, empleamos a un especialista experimentado para diseñar los caminos y las cuestas de la Montaña de Bristol y para ayudar con planes para hacer la nieve. En resumidas cuentas, el especialista de diseño que empleamos falló. El no diseñó los caminos e inclinaciones suficientemente anchas. El no planificó suficiente material de hacer nieve para la cantidad de nieve que sería necesitada. La Montaña de Bristol tuvo un comienzo pobre. Otras áreas públicas y privadas de esquí también pusieron máquinas de hacer nieve. Por lo tanto, a causa de un mal diseño así como competencia de otras áreas de esquí, como el hombre del dinero, yo tuve que poner más dinero en el área de esquí para corregir los fracasos del diseño del experto.

Hay un libro escrito por Ernest Hemingway titulado, "El Anciano y el Mar". Es una historia fascinante acerca de un pescador que se embarca en un viaje anual para pescar el "Gran Pez ". Por último, después de muchos años, él pesca el "Gran Pez," el pez de sus sueños. El lucha durante horas mientras el Pez Grande arrastra su diminuto barco sobre las aguas agitadas y tempestuosas. Cuando el Pez Grande por último abandona su lucha, el Anciano lo ata al costado su barca, porque es demasiado largo y pesado para ponerlo adentro de la barca. El Anciano agotado por la larga y cansada batalla, comienza el largo, lento proceso de remolcar el Gran Pez hacia la costa. Mientras él remaba, los tiburones comenzaron a morder pedazos del pez monstruoso. El trataba de golpear con sus remos a los peces atacantes para que se fueran lejos. Después de que varios días de luchar contra el tiempo y el mar, él por último logra llegar al puerto. Cuando el Pez Grande es levantado fuera del agua, el Anciano notó que la única cosa que quedó de su trofeo atrapado era una cabeza y un esqueleto. Los tiburones se habían devorado su sueño, mordisco a mordisco.

Así es como fue, todos los años con la "Gran Montaña de Esquí". Cada temporada, el área de esquí sería lanzada para abrir cuando había bastante nieve artificial en la montaña. Los tiburones atacantes eran de fuentes diferentes— los inviernos cadentes, la competencia, y la necesidad constante de expansión y la modernización. Pero, el tiburón más grande de todos era el por ciento de interés del año 1980-81 que tenían que ser pagados al banco. En un corto espacio de tiempo, este por ciento de interés subió de seis por ciento al veinte por ciento, o a \$400,000 por año, de los \$2 millones que nosotros pedimos prestados al banco. A

la edad de cincuenta y cinco años, en el 1981, después de diecisiete años de tratar, yo tuve que rendir el área de esquí al banco, y yo perdí sobre un millón de dólares que había invertido.

Pero, había una diferencia entre el Anciano y el Mar y la Montaña. Los ataques no mataron la Montaña. El banco puso más dinero en ello. Las buenas noticias: Hoy en día, bajo una buena administración, la Montaña de Bristol es el centro turístico principal de esquí en el Estado occidental de Nueva York, y miles de esquiadores y 'snowboarders' disfrutan el deporte profesional, con condiciones desafiantes y seguras para esquiar.

Aunque fallara de retener la propiedad de mi sueño, todavía se mantiene viva y prospera. Traté la pérdida de la montaña como si fueran mí muchacho de diecisiete años que se fue de casa y ahora se muy bien por si solo. Esto fue forma de devolverle a la comunidad que contribuyó a mi éxito con el negocio de la vendedora de alimentos.

Hoy en día, en el 2007, cerca de veinte millas al sur de la parte del sur de Rochester, Nueva York, y sólo a diez-minutos de la Montaña de Bristol, la Aldea del Puerto de Bristol que es un exitoso centro turístico de \$100 millones en el Lago de Canandaigua, uno de los cinco hermosos lagos en el Estado de Nueva York.

En el 1968, cuando tenía cuarenta y dos años, también trabajaba en un plan para empezar la primera fase de esta Aldea. Había esperado que pudiera convertir esta Aldea planificada en una ganancia—una que me ayudaría con los problemas de dinero que tenía con la Montaña de Bristol. La Aldea incluiría edificios modernos de cinco-niveles con vistas espectaculares, una marina, y plantas modernas para manejar los servicios de agua y alcantarillado. Poco después los planes para la Aldea del Puerto de Bristol fueron publicados a la prensa, los vecinos del lago comenzaron muchas contiendas judiciales contra mí, pero mis planes eran todos legales y yo no rompía las leyes. Los gobiernos implicados verificaron todos planes con cuidado. Ellos tenían la convicción de que nosotros no dañaríamos las aguas puras del Lago de Canandaigua. Después de luchar por dos años , y casi sin dinero, obtuvimos las aprobaciones del gobierno para continuar.

El Centro Turístico de la Montaña de Bristol



Hoy la Montaña de Bristol – un saludo a su nuevo dueño – Dan Fuller

La Aldea del Puerto de Bristol



*Una fotografía desde mi casa condominio durante el invierno
La Aldea del Puerto de Bristol en el Lago de Canandaigua, Nueva York*

Al mismo tiempo, la compañía nacional con quien trabajé me pidió tomara el puesto de presidencia de la división de negocios en los Estados Unidos por entero. Tenía que pensar de mudar a mi familia a Filadelfia. Tendría a 50,000 empleados bajo mí y sería responsable de sobre un billón de dólares en ventas anuales. Estaría cercano a Washington, D.C. Por causa de mi experiencia en el negocio, yo pensaba podría ofrecerme a trabajar en programas del gobierno de los Estados Unidos para estar seguro de que los alimentos que van a las naciones hambrientas llegaran realmente a los pobres, antes que a los hombres poco honestos que interceptan los alimentos para su propia ganancia. Por cierto, mientras viajaba en el teleférico varias veces con Bobby Kennedy en la Montaña de Bristol, antes de su muerte, yo había expresado mi interés al Senador Kennedy de esta buena causa. Sinceramente creí que él si me utilizaría y cuando él llegara a ser el

Presidente de los Estados Unidos. Y si él lo hubiera hecho, hubiera dejado lo que fuera que estaba haciendo para esta gran causa digna. Eso es de seguro.

Kennedy fue asesinado. El nuevo trabajo en Filadelfia implicaría viajar de los Estados Unidos lejos de de casa por lo menos el setenta por ciento del tiempo. Mis cinco niños eran todos menores de catorce años de edad. Yo no quería estar de camino mientras mis niños crecían. Hice una de las decisiones más grandes de mi vida. Decidí resignar a mi compañía de vender comidas y vendedoras, y permanecer cercano a mi familia, para dedicar mi tiempo por completo a comenzar la primera fase de Aldea del Puerto de Bristol.

Entonces, armado con permisos del gobierno para empezar la construcción, mi búsqueda del dinero para la Aldea empezó. Me tropecé contra el zumbido de sierras de la oposición de los bancos de Rochester. Ellos tenían demasiados clientes que estaban opuestos a mis planes para la Aldea. Tuve que buscar dinero nuevo fuera de Rochester. Encontré el dinero. Completamos la primera fase de la Aldea—un gran comienzo.

A veces parece que con cada solución viene otro problema. Aunque una parte de mi sueño estaba completa, todavía necesitaba mas dinero para la segunda fase. Había agotado todo el dinero que gané en la venta de mi negocio de comidas y vendedoras. Tuve que vender la gran, hermosa casa de 6,000 pies cuadrada en la calle Ambassador Drive en Rochester para sostener la planificación de la Aldea tiempo competo.

Quebrado básicamente y sin trabajo, moví a nuestra familia a una pequeña cabaña de 1,200 pies cuadrada en lo que era para ese entonces tierra vacía en la propiedad de la Aldea. Por primera vez en mi vida, yo comencé a probar la amargura de la derrota total. Mi esposa y yo ahora teníamos cinco niños: Gina, Greg, Wade, Fritz, y Josh. Denuovo, es como montarse en la montaña rusa en descenso, estaba al borde de lo mas hondo. Me sentía como un fracaso total, y los periódicos locales estaban allí justamente para confirmar y hacer público mis infortunios financieros.

Estaba cansado de trabajar desde el amanecer hasta la puesta del sol. Pedía que Dios mantuviera mi calma, que me ayudara con mi nivel de energía, y que me recordara las lecciones aprendidas en el camión de mi padre. Había creado para mi mismo una nueva "prisión". Mi riqueza fue agotada. Aprendería de esta nueva prisión. Yo no me daría por vencido. Recordaría las lecciones importantes que aprendí en el camión de mi Pa y yo le pediría a Dios para que me ayudara con un plan que permitiera terminar la segunda fase de la Aldea—una donde los residentes de la Aldea y mis adversarios (los vecinos residentes del lago) disfrutaran de la conveniencia cercana de un gran campo de golf, de un restaurante, y cerca de la Montaña de Bristol.

En mayo del 1972, cuando llegué a los cuarenta y seis años, mi paciencia y la perseverancia fueron recompensadas. Una reconocida compañía de seguros llegó a convertirse en mi socio. Pero había una condición. Ciertos objetivos tenían que ser acordados. De otro modo, yo perdería todo lo que invertí en la Aldea. Mi sueño fue logrado. La segunda fase de la Aldea de Puerto de Bristol eran ahora una exitosa realidad. Más de 175 nuevos condominios estaban listos para la venta. El campo de golf, la marina, y los servicios de alcantarillado y agua eran modernos y completados. Estaba encima del mundo.

Estar encima del mundo es realmente un lugar difícil estar porque sólo hay un lugar mas a donde ir. En el 1973, la crisis de petróleo más grande del mundo dio golpe en los Estados Unidos justo cuando estábamos listos para abrir nuestros modelos de condominio al público. La escasez de la gasolina espantó todos. Nadie quería viajar largas distancias y nosotros estuvimos alrededor de diez millas de Canandaigua y cerca de treinta millas de Rochester. Las ventas de nuestros nuevos hogares en la Aldea eran pocas y lentas. Los condominios tenían que ser vendidos para poder devolver todo el dinero que había sido pedido prestado. Los hogares no se vendieron y fui forzado a rendir mi porción de la propiedad. Perdí todo el dinero que había invertido en el proyecto. Mis oraciones habían sido contestadas y mi sueño de Aldea había sido construido, pero allí estaban—175 condominios vacíos que se vendían muy, muy lentamente.

Acepté que la derrota evidente y la pérdida rápida de mi dinero sin sentirme amargado o triste. Estaba casi acostumbrado a estar sin dinero. Mi socio, la compañía de seguros, me pidió que permaneciera para ayudar a vender los hogares de condominio restantes que fueron construidos. Estaba sin dinero y necesitaba cuidar de mi familia, así que tomé el trabajo. Tres años después, en 1975, bajo mi dirección, vendimos todos los hogares del Puerto de Bristol, pero ahora tenía cuarenta y nueve años y sin trabajo—otra vez. Volví a la compañía nacional en Filadelfia con quien me había unido en el pasado. Pero era a mal momento. Los fundadores de la compañía querian darme la posicion nuevamente, pero los ejecutivos más jóvenes y nuevos lo anularon. No logré el trabajo.

En el 1977, mientras me recuperaba de una cirugía mayor, comencé una compañía de cuidar de las necesidades de mantenimiento del condominio y

propietarios en la Aldea. Otra compañía se encargaba de las ventas y rentas. Mis ingresos eran apenas los suficientes para poder sostener a mi familia.

En el 1980, a la edad de cincuenta y cuatro años, también volví al negocio de la venta de comidas y servicio de vendedoras con mi hermano más joven Joe, el súper hombre de ventas y atención al cliente que trabajó conmigo en el pasado. A pesar de nuestra ausencia de este negocio por *nueve* años, las memorias de nuestro pasado buen servicio y la honradez total nos sirvieron muy bien. Si hay un ejemplo del poder de la honradez, esta nueva experiencia del negocio puesta en marcha es un gran ejemplo. Nuestra pasada reputación por la calidad y la integridad llevó nuevamente al rápido crecimiento e incluyó otra vez, un contrato mayor para todas las vendedoras automáticas de café en Kodak. Por supuesto, permitimos que nuestro entusiasmo brillara, y las lecciones que aprendimos vendiendo las fresas cuando éramos niños nos sirvieron bien.

También, en 1980, con el alentamiento de alrededor de 200 propietarios de la Aldea del Puerto de Bristol que valoraron mi inquietud por sus mejores intereses, dirigí un equipo de inversionistas que le compraron la Aldea a la Compañía de Seguros de vida Connecticut Mutual. Llegué a ser el socio manejador. Mi objetivo era de continuar el desarrollo en una manera modesta, para eliminar las pérdidas de dinero, y para poder lograr una ganancia razonable.

En 1986, seis años después, a causa de cambios mayores en la economía del negocio de Rochester, vendimos el negocio de la venta de comidas y servicio de vendedoras a la Compañía Embotelladora de Coca Cola de Rochester. Recuperé todo el dinero que había perdido en la Montaña de Bristol.

Joe y yo comprobamos que cuándo la vida te da un limón, haces limonada. A la edad de cincuenta y cuatro años, yo asumí el fracaso de la Aldea y la Montaña, abrasé ese fracaso, aprendí de ese fracaso, hice nuevos objetivos fijos, tomé nuevos riesgos, puse mi imaginación a trabajar, y a la edad de sesenta años, yo giré el fracaso en un éxito. Junto con esta actitud positiva, Joe y yo creímos en una asociación espiritual que condujo nuestro servicio e integridad, y otra vez, lo que aparece en todo el dinero de papel y monedas de los Estados Unidos; lo que lee, "En Dios Confiamos".

En 1990, como el Socio Manejador de la Aldea del Puerto de Bristol, encontré un comprador muy bien cualificado, con un patrimonio neto de más de \$30 millones, que compró el proyecto por menos de lo que hubiera costado para duplicarlo. Nuestra asociación logró una ganancia substancial.

En este punto de mi vida, a la edad de sesenta y cuatro años, me retiré del negocio. Tenía dos objetivos. Uno era de jugar mucho tenis. El otro era de continuar en ser el entrenador de mis dos hijos en una nueva aventura de negocio. Este implicaba un dispositivo que ayudaría a millones de personas. Esto consistía de una máquina que era alquilada a las farmacias y droguerías. La máquina ofrece una prueba gratis para la presión a los clientes en las facilidades de las tiendas. La

máquina es muy exacta y fácil de utilizar para poder medir la presión en la parte superior del brazo, de la misma manera que un médico lo hace.

En 2007, en ambos Estado de Nueva York y Canadá, tres de mis hijos han construido compañías por separados y han formado equipos que sirven a más de 6,000 tiendas y droguerías con la máquina automática que mide la presión de una persona con sólo presionar un botón, y a ningún costo. Estas máquinas dan más de setenta y cinco millones de pruebas de la presión gratis al año. ¡Guau! Las miles de tiendas y droguerías que arriendan estas máquinas merecen mucho crédito porque ellos obviamente se interesan por sus clientes. La hipertensión es uno de los asesinos e incapacitantes más grandes del mundo. El detectar y tratar la hipertensión a tiempo, muchas vidas han sido salvadas; muchos ataques y males incapacitantes han sido evitados. Mi padre murió a la edad de 52 años de hipertensión. El quizás hubiera sido salvado con un descubrimiento y tratamiento más temprano. Verdaderamente, mi Pa hubiera estado orgulloso de sus nietos y su buen trabajo.

Cuándo yo perdí el área de esquí en 1981, me mantuve buscando una nueva oportunidad de negocio. Si yo no hubiera perdido el área de esquí, yo nunca hubiera estado incluido en la prueba del negocio de la máquina medidora de tensión con mis tres hijos. Su énfasis en el control de calidad y la certeza ha ganado el respeto de las farmacias y la comunidad médica. En pensar que ellos están en el negocio de salvar vidas y la prevención del sufrimiento relacionado con la hipertensión verdaderamente me hace sentir orgulloso de su logro sobresaliente. Ellos han ganado muchos premios por ser la mejor compañía de su clase en toda Norteamérica. Dios trabaja en senderos misteriosos, y a menudo toma muchos años para que nosotros veámos Su propósito.

A veces pienso que si hubiera hecho los millones sobre millones de dólares, mis cinco niños pudieran haber sido niños muy engreídos—universitarios reproducidos—hechos sólo con el dinero de su padre. En cambio, ellos tuvieron que ganar y pedir dinero prestado para poder asistir al colegio. Durante mi batalla con los tiburones, ellos trabajaron duramente para sacar a su padre a flote. Ellos me tenían empatía y me apoyaron completamente. Se ganaban su propio dinero para gastos y compraron sus propias cosas para divertirse.

Cuando pequeños hombrecitos, ellos recogían las pelotas del campo de lanzamiento para poder ganar unos cuantos dólares. Pintaban las torres de esquí, cuidaban de los clientes de golf y de la marina, y aprendieron a cómo tratar a las personas y sus quejas. Mi hija trabajó en las oficinas de mis negocios, flexible a mis necesidades. Hoy en día, todos tienen sus propios negocios. Todos están felizmente casados. Estamos bendecidos con doce nietos. Estoy muy orgulloso de mis niños, de sus parejas, y de nuestros nietos.

Mi mujer fue mi pilar de fortaleza y notable paciencia, nunca se quejó de los reveses de su marido ni los sacrificios que tuvo que hacer.

¡Guau!, yo pensé, hay una bendición en la adversidad. Y había un Dios a quien podía rendirle toda la presión de ese tiempo. En esa rendición encontraría la paz, la creatividad, y la energía para tratar de ser el mejor que podía ser, en tiempos buenos o malos.

¿Y de que tienen mis niños un buen sentido del humor? Tenlo por seguro que lo tienen. Un buen sentido del humor es importante en la vida de todos. A través de mi vida yo aprendí que un buen sentido del humor alivia mucha de la tensión de una situación difícil. Es bueno reírse y llorar a veces. Una tarde, durante esos tiempos difíciles en mi vida, mis cinco niños proporcionaron un poco de toque humorístico. Los niños recorrían la edad de seis a dieciséis. Había sobrevivido apenas otro duro día en las zanjas, y llegué tarde a la casa para cenar. Dejé caer mis bolsas a la puerta, me lavé las manos, y me deslicé rápidamente a mi silla en la mesa. Bendije los alimentos y la locura empezó. Los platos de alimentos eran traídos de cada dirección, y los niños discutían acerca de los acontecimientos del día.

Miré hacia Wade y dije, "Fritz, pasa la sal".

Wade dijo, "Padre, no soy Fritz, soy Wade," y con una mirada ligeramente repugnada en su cara, él me pasó la sal.

Comencé a comer mi comida y después de que unos pocos minutos miré a Fritz y dijera, "Greg, pasa el pan".

Fritz dijo, "Padre, no soy Greg, soy Fritz," y con una mirada perpleja, me pasó el pan. Sin advertencia, tiré mi tenedor con ira y dije, "Miren todos ustedes, he tenido un día muy duro. Al parecer mi día entero ha estado lleno de errores. Cada llamada telefónica, cada reunión, todo que escribí a máquina estaba mal, todo el día. ¡Sé quiénes son ustedes! Regrese a casa para escapar de mis problemas y errores, y todo lo que ustedes hacen es continuar en señalarlos hacia mí". Salí de prisa fuera de la cocina y me fui a mi dormitorio. Me lavé la cara para enfriar mi mal humor. Sabiendo que había reaccionado exageradamente y había interrumpido la cena familiar, volví a la mesa dentro de tres minutos. Sintíéndome mal por mi conducta poco amable, evité todo contacto visual. Me deslicé de nuevo a mi lugar mirando hacia abajo a mi plato llano. Había silencio total. Después de un minuto o dos, yo por último miré hacia arriba. Suelte una gran carcajada inmediatamente cuando me dí cuenta que todos mis cinco niños se habían puesto etiquetas con sus nombres en sus camisas. Ellos se reían a carcajadas y yo reía junto con ellos. Ay, cuanto los amaba entonces, y todavía hago.

Entonces esta la historia de mi hijo Wade. Durante varios de esos años difíciles, Wade estaba matriculado en la Escuela Hotelera en Cornell. Durante el verano anterior a su estudiantado de segundo año, Wade dijo, "Papá, ven mi dormitorio y vea lo que compré". El prendió su sistema estéreo de alta fidelidad con disco compacto de \$700. Dije, "Wade, estamos supuestos a trabajando juntos para poder pagar el colegio".

Wade dijo, "Pero Papá, esto fue con mi dinero, no el suyo".

Le pregunté sarcásticamente, "¿Así que Wade, tu dinero es tu dinero y mi dinero es tu dinero? Te diré una cosa Wade. Tendrás que tratar de pedir prestado el máximo que puedas para pagar el colegio. Trataré de proporcionar lo demás".

Yo también sugerí que cualquier dinero que le diera para sus estudios universitarios serían dados en dólares sencillos. Así, a la vez que él pagara su matrícula, él se diera cuenta de lo duro que tuve que trabajar por cada dólar.

Un pocos años mas tarde, después de que Wade estuviera casado, alguien lo preguntó acerca de su sistema estéreo con disco compacto. Wade, sonrió mirando hacia a mí, contestó,

"Ah, eso. Me costó \$15,000." (Esa era la cantidad de dinero Wade pidió prestado y todavía debía en aquel entonces para su educación). Hoy, Wade es el planificador financiero profesional de la familia, experto en su campo.

Enfrentándome con el Cáncer

En medio de haber perdido la Montaña de esquí y la Aldea, yo leí acerca del cáncer de la próstata en hombres de más de cincuenta años. La próstata es un órgano importante dentro del cuerpo. Si el cáncer se esparce fuera de la próstata, puede causar una muerte dolorosa y muy rápida. Creía en el descubrimiento a tiempo de cualquier enfermedad. A la edad de sesenta años, insistí en un examen del doctor y un análisis de la sangre. La prueba mostró que tenía cáncer pero que ellos lo habían encontrado en las etapas tempranas. Obtuve treinta y ocho tratamientos de radiación para terminar con el cáncer. Tomaría varios años para ver si todas las células del cáncer se murieron. Pedí que Dios me curara. Era un abuelo nuevo y quería realmente vivir para ver a todos mis nietos.

Ahora, a la edad de ochenta y uno, mis análisis de sangre anuales muestran que mi cáncer fue curado. Espero que mi descubrimiento y la detección temprana sea un ejemplo a los padres y los abuelos que leen Sí Pa. El descubrimiento a tiempo es la llave del éxito para luchar contra cualquier tipo del cáncer.

Cuándo yo tenía setenta, Helen y yo compramos un hogar en Florida. Llegamos a ser pájaros de la nieve. Eso es lo que se les llaman a personas que "vuelan" hacia el sur para escapar de los inviernos. Pasamos más de seis meses en Florida y el resto del tiempo en nuestro condominio para los fundadores de la Aldea de Puerto de Bristol.

Había recuperado mi riqueza. Ahora me encontraba libre para jugar todo el tenis que quisiera. Podría cuidar de mi esposa y de mí mismo en nuestra vejez y no ser dependiente de nuestros hijos. Tenía un nuevo objetivo. Quería ganar un título nacional de tenis de personas de setenta a setenta y cinco de mi grupo de edad. Entré a muchos torneos de tenis en Florida. Figuré entre los primeros diez en el estado de Florida. Tomaba lecciones y jugaba mucho tenis porque mi nuevo objetivo era de llegar a ser el número uno en los Estados Unidos.

Después de que mi corrida con el título del tenis, comencé a escribir mi primer libro, *El Prisionero del Camión*. Fue escrito como una autobiografía, como regalo a mi familia. Pasé el verano entero del año 1998 trabajando en el, y yo me divertía. Estaba cómodamente retirado, no tenía que preocuparme por dinero y aún hasta obtuve unas grandes noticias de mi médico. El me dijo, "Fred, usted está totalmente curado del cáncer". La combinación de las buenas noticias de mi recuperación del negocio y rodeado de una familia amorosa, yo era un hombre muy feliz.

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿Cuáles fueron algunos de los obstáculos que surgieron entorno al desarrollo de Montaña de Bristol y la Aldea del Puerto de Bristol ?**

- 2. ¿Por qué piensa usted que los vecinos de Fred quisieron bloquear los planes para construir la Aldea del Puerto de Bristol?**

- 3. ¿Qué pudo haber hecho Fred de forma distinta?**

- 4. ¿Explica por qué un buen sentido del humor es importante durante los altos y bajos en la vida de una persona?**

Estudiantes-

Hable con sus padres o mentores acerca de lo siguiente:

- 1. ¿Alguna vez se han sentido sus padres o mentor como si ellos estuvieran en una montaña rusa financiera o emocional? Explique.**

- 2. ¿Alguna vez han tenido sus padres o mentor que tener paciencia acerca de algo? Explique.**

- 3. ¿Alguna vez han utilizado sus padres o mentor el buen humor para aligerar una situación familiar? Explique.**

Un descubrimiento alarmante

Durante el verano de 1998, terminé mi autobiografía, *El Preso del Camión*. Contenía más de 300 páginas de largo. Hice copias para los miembros de mi familia y los puse junto en una carpeta de hojas sueltas. Mi familia y amistades me pidieron que encontrara una compañía para publicar este libro. (Con ayuda de la familia y amigos, yo publiqué *El Preso del Camión* en 2002.)



Mi hermano Joe después de la exitosa cirugía cardíaca—siempre sonriendo aún a través de cualquier adversidad

Regresando hacia atrás a noviembre del 1998, mi hermano Joe tenía graves complicaciones seis semanas después de la cirugía cardíaca. Así que yo me apresuré de Florida a Rochester tan rápidamente como pudiera.

Mi primo, el Dr. Richard Sarkis, entonces el Jefe del gabinete del Hospital Conmemorativo en Sarasota, vino conmigo. Joe tenía un tumor formado como un pequeño champiñón dentro del corazón que tenía que ser removido. Sólo un paciente de más de 500,000 tenían esta rara complicación. Si este diminuto champiñón se rompía fuera de la pared interior del corazón, él se moriría instantáneamente.

Agradecidamente, el tumor fue removido exitosamente. Dos días después de su cirugía, yo regrese para visitar Joe. Sólo los familiares inmediatos eran permitidos en su cuarto. La puerta de su cuarto estaba cerrada, así que entré calladamente. Era el único miembro de la familia allí. Joe todavía era alimentado intravenosamente y el dispositivo de oxígeno estaba todavía en su nariz. Parecía que un camión lo había golpeado. Su cara estaba hinchada, pero él tenía un buen color en las mejillas. Los médicos dijeron que él experimentaría algún dolor posoperativo, pero ellos nos aseguraron que él se recuperaría completamente. Toqué suavemente su brazo, y él abrió los ojos.

Nos miramos fijamente uno al otro por unos cuantos momentos, pero entonces Joe rompió el silencio diciendo,

"Oye, me gustaron los primeros capítulos del libro que escribiste. Espero que lo termines". Justamente así era Joe. Siempre estaba preocupado por mí, y acerca de lo que hacía, no acerca de él mismo. Mientras me senté allí a su lado sujetando su mano hinchada, pensé en la velocidad en qué el tiempo había pasado. Ahora ya era el 1998. ¡Guau! Encontré la "llave" de mi libertad del camión desde el 1940, por sobre cincuenta y ocho años atrás. Joe, que era cuatro años más joven que yo, también trabajó en el camión de mi padre. El comenzó cuando tenía diez años. Joe

era el joven favorito que me venció al vender más de cuatro a uno, antes de que yo cambiara mi actitud con el pequeño entrenamiento por mi carcelero. Durante años yo había asumido que la niñez que Joe experimentaba en el Camión-Prisión, era la misma que la mía. Me imaginé que él debía haber estado algo igual de contento de estar “libre” del camión como yo lo era. *Sorprendentemente, nunca habíamos hablado de esto anteriormente.*

Con sus ojos hinchados medio cerrados y respirando fuertemente, Joe apretó mi mano y dijo, "Fred, acerca de tu libro—yo no sabía cuánto odiabas tu trabajo con Pa. Las cosas eran un poco diferente para mí, me imagino. Yo nunca sentía que fuera una prisión. Cuando yo trabajé con Pa, él no se sentía bien y reducía sus horas. Quizá era porque tu trabajabas seis días una semana. Yo sólo tenía que trabajar los martes, los jueves, y los sábados mientras nuestro hermano Jim trabajaba los lunes, los miércoles y los viernes. Quizá eso cambió mucho las cosas".

Joe pareció estar sintiendo el dolor de su operación mientras él gimió, "leí que odiabas esas cuatro horas en las noches de invierno los sábado, cuando tu eras encerrado en la parte de atrás del camión mientras él estaba adentro de ‘Hedges Bar and Grill’". En los cuarenta y ocho años desde la muerte de nuestro padre, Joe y yo nunca habíamos hablado de la Cantina de ‘Hedges Bar and Grill’. Joe parecía estar durmiendo, mas él dijo, "¿por qué no entrastes a la cantina con él"?

Le dije, "El no me lo permitía. Siempre pensé que él trataba de protegerme de ver las malas conductas en la barra".

Joe luchaba por mantenerse despierto y respondió, "Después de unas cuantos sábados por las noche durante el invierno en la parte de atrás del camión, terminé por decirle a Pa que entraba la barra con él. Tenía hambre y deseaba comida caliente.

“Pa me decía que No, pero le dije, "Yo no permanecería la parte de atrás de este maldito camión".

"Fred, simplemente lo ignoraba y lo seguía a la barra, y lo hice todos los sábados noche de ahí en adelante. ¿Qué otra elección tenía él?"

Mi primer pensamiento era, "así tal y justo como Joe". Nadie jamás podría hacer Joe prisionero. Nadie podría forzar a Joe a hacer algo que él no quisiera hacer. Cuando niño, él siempre tenía más agallas que yo. El nunca fue el chico obediente, vergonzoso y tímido que yo lo era.

Me senté allí en silencio al lado de su cama durante varios minutos. Continué sujetando su mano hinchada mientras pensaba sobre el dolor mental y físico que él sufrió con dos mayores operaciones del corazón dentro de seis semanas.

Entonces susurré, "Leyó mis primeros capítulos. Sabes que Pa me decía que él trataba de vender frutas y verduras a los tipos que estaban en la Cantina de ‘Hedges and Grill’ porque los productos no durarían hasta el lunes. ¿Por qué lo tomaba tanto tiempo?"

Joe, todavía soñoliento por su medicamento para el dolor contestó, "Fred, después de todos estos años, yo no puedo creer que seas tan ingenuo. El no vendía frutas y verduras. El apostaba. Pensé que lo sabías. El tiraba dados mientras yo jugaba con los flippers. A veces cuando él tenía mala suerte, él me decía, 'Ten, Joe, tira por mí'. En el restaurante del mercado público por la mañana, yo jugaba con el flipper mientras él jugaba apostando en las máquinas traga monedas".

Mis primeros pensamientos concernían hacia Joe. Pensé, "Debo permitir que él descanse". Yo me puse cómodo en mi asiento, mirándolo mientras tomaba respiraciones profundas en su dispositivo de respiración, y yo me mantuve en silencio.

El se quedó profundamente dormido. La enfermera entró para ver como se encontraba y me pidió que me saliera. Entonces caminé pasando la estación de las enfermeras hacia los pasillos del hospital, anduve hacia una sala de espera que se encontraba vacía. De repente me quedé anonadado. El chico pequeño dentro del cuerpo de uno de setenta y dos años se hizo vida.

En los capítulos anteriores de mi libro, yo había dado crédito mi carcelero padre por las lecciones que aprendí en el camión. ¿Cómo es posible que dos personas, como Joe y como yo, compartiéramos las mismas experiencias y verlas de una forma distinta? Mi padre me había dado la motivación de hacer mi Prisión-Camión un centro de estudio para poder escapar de la Prisión del Camión, y ahora yo me he dado cuenta que era un engaño—él apostaba, no vendía frutas y verduras a maridos rebeldes.

Cuándo yo estuve en la Marina de los Estados Unidos, yo le escribí a él con gratitud por las lecciones que aprendí en el camión y los sacrificios que él hizo para poder sostener a nuestra familia. El hasta llegó a tomar una de mis cartas del Día de los Padres y la publicó en el periódico local. El llevaba un recorte de esta carta en su cartera durante años. Tenía la imagen de un carcelero-padre que trabajaba muchas horas para sostener a su familia. Sí, mi madre temía de su mal genio. Sí, como un padre, él era estricto con sus hijas. Sí, él hirió físicamente a mi madre en dos ocasiones de que yo este consciente, pero yo siempre sentía pena por su lucha para poder sostener a su familia en los años de la Gran Depresión.

En *'Hedges Bar and Grill'*, él me decía, "debo deshacerme de las frutas y verduras sobrantes antes de que se estropean".

Por eso era que yo tenía que pasar cuatro largas horas solitarias afuera en la parte de atrás de ese camión los sábados por la noche, al frente de *'Hedges and Grill'*. Yo le creí y confiaba en él. El mintió y me traicionó. Era tan estúpido. Era debilucho por no seguirlo a la cantina como lo hizo Joe. Sentía que la ira corría por mi cuerpo. Cortaba rápidamente y profundamente mi alma. En la calma de la sala de espera vacía del hospital, yo rompí a llorar incontrolable; este hombre de setenta y dos años llorando como un bebé. Mi propio padre me había traicionado.

Anduve aturdido por alrededor de los diferentes niveles del estacionamiento del hospital, buscando el coche que había alquilado, olvidándome que se parecía.

En Rochester, yo permanecía con mi hijo Fritz, con su esposa Kelley, y con su hijo de un año Frederick William III. Después de treinta minutos de andar en círculos en el área de estacionamiento, por un nivel entonces otro, y por último encontré el coche. Conduje hacia el hogar de Fritz en la Carretera Landing en Rochester. En vez de girar a la derecha hacia la Carretera Landing, giré hacia la izquierda inmediata hacia la Avenida Este y llegué al estacionamiento del El Hogar Amistoso, que fue el hogar de ancianos donde mi madre murió ocho meses antes, a la edad de noventa y cinco años.

Eran cerca de las 10:00 de la noche. En el viento frío y agudo de noviembre, me quedé parado fuera de la ventana del cuarto donde mi madre había muerto. Pensé en su vida difícil junto a mi padre. Recordé los varios argumentos entre mi madre y mi padre, en su mayor parte hablado en árabe, por lo tanto, nunca los comprendí. La voz de él era generalmente dura y enojada. La voz de ella era generalmente suave y apacible. Reflejeé por un momento en el temperamento de mi padre cuando estaba alrededor de la casa. Él estaba alegre un día y deprimido el próximo. Los pedazos del rompecabezas de mi niñez tomaban su lugar. Quizás, pensaba, mi padre se sentía alegre cuando él ganaba, y se sentía deprimido cuando él perdía. Pensaba acerca de cómo mi madre se debió haber preocupado de que si o no tendría ella el dinero para poder comprar comestibles y pagar las cuentas. Sólo me podría imaginar cuánto ella sufrió a causa de sus apuestas. Pensé en cómo ella lo *defendía* después de que él la arrastrara por el pelo a través del piso de cocina, cuando yo era solo un joven chico. ¿Acaso sería la ira de mi padre hacia ella causada por su angustia a apostar las pérdidas así como las preguntas que le hacía ella acerca del dinero que ella necesitaba para mantener nuestro hogar?

Recordé que mas tarde en el 1949, mi padre me advirtió que él se moriría de un infarto dentro de unos pocos meses. El me hizo prometerle que yo cuidaría de mi madre, de mis hermanos, y de mis hermanas. Y exactamente el murió dos meses más tarde. El se sentaba en el cuarto posterior del la Tabacquería Hershey en la Avenida Este con o una baraja de cartas o un par de dados en las manos. ¡Que profético! Ahora lo sabía. El no jugaba a las barajas por diversión. El apostaba. Todo ese tiempo, él apostaba. El no tomaba café por la mañana en el restaurante del mercado público mientras yo lo esperé en el camión. El apostaba en el flipper del restaurante. El no vendía frutas y verduras a los hombres de la cantina por cuatro horas los sábados por la noche. El tiraba dados.

Cuando yo me escapé del camión a la edad de los catorce años y encontré un trabajo que pagaba cinco veces el salario mínimo, mientras guardaba cada centavo durante cuatro años para comprarle a mi madre un hogar, como el hogar que *él* perdió—él todo lo apostaba. ¿Cómo es posible que él permitiera que su propio hijo cargara la responsabilidad sobre sus hombros de cuidar de *su* familia? Con cada tiro de los dados, él tiraba el dinero que nuestra familia necesitaba para vivir. ¿Cómo podía él hacer esto?

Recordé otro acontecimiento cuando tenía doce años en mi Camión-Prisión. Yo vi como vaciaba su cartera, dólar por dólar. El lo perdió todo en un juego de "craps" una variación del juego de dados, en el piso frío de cemento en la parte de atrás de un garaje de reparación de camiones por la Avenida Clinton. Cuando el juego acabo, él se dio cuenta de que yo lo había estado mirando. Casi con lágrimas, él me aconsejó de los males de apostar. "Si ganas, le quitas el alimento de las bocas de la familia del perdedor. Si pierdes, el ganador te quita el alimento de las bocas de tu familia".

El me hizo sentir que lo que yo había visto en ese garaje era un primer y único acontecimiento y yo le creí. El *actuaba* tan sinceramente que yo le creí. Todo era un encubrimiento, para que yo nunca sospechara que él era un apostador. Todos aquellos años en el mercado público y en la cantina Hedges and Grill, él me engañó. De hecho, que cuando los marineros que abordaban el barco jugaban tirando dados, el ejemplo de la pérdida que mi padre tuvo en que garaje de reparación en Rochester, causó que me mantuviera fuera de cualquier juego de apuestas mientras abordaba el barco. Recordaba la angustia en la cara de mi padre cuando él perdía las enteras ganancias de su día en el garaje de reparación de camiones estaban todavía frescas en mi memoria. De ninguna manera quisiera hacerme daño, a mi familia, ni alguna otra persona, ni su familia al apostar.

Pensé hacia atrás en todas esas cosas después de haber salido del cuarto de mi hermano Joe en el hospital. ¿En esa fría noche en noviembre del 1998, parando fuera del hogar de ancianos donde mi madre murió, otra vez lloré incontrolable y grité fuerte,

"Pa, cómo pudiste hacernos esto mi madre y a mí? ¿Cómo pudo usted?"

Dejé el hogar de ancianos y lentamente conduje el resto hasta llegar a la casa del Fritz. Me dí de cuenta que sólo la luz del balcón estaba encendida mientras me estacionaba en el camino de la entrada. Eran cerca de las 11:00 de la noche y mi pequeño nieto Freddie estaba profundamente dormido. Fritz me había esperado, y como siempre, él me dio un abrazo y me dijo las buenas noches. Yo no le dije a él una palabra acerca de los acontecimientos de esa tarde. Me arrastré hacia el pasillo al cuarto de huéspedes. Estaba agotado emocionalmente. Me dejé caer pesadamente en la cama y caí profundamente dormido a los pocos minutos.

Al día siguiente visité mi hermana Anne y su esposo Bill, quienes fueron los que cuidaron de mi madre durante los últimos quince años de su vida. Después de que cenar, yo traté de hablar con Anne acerca de mi visita al hospital para ver Joe. Yo no podría hablar de ello sin romper en llanto. Anne comprendió. Ella trató de consolarme y aliviarme, pero la herida era demasiado profunda. Subí al coche y me dirigí denuevo hacia el hogar de Fritz. Luego esa noche antes de ir a la cama, yo traté de quedarme calmado mientras le contaba a Fritz y Kelley acerca de mi descubrimiento alarmante. Otra vez, no podría controlar mis sentimientos. Kelley se levantó de su silla y puso sus brazos alrededor de mí mientras trataba de decirles lo profundamente dolido que me encontraba, cómo yo casi terminaba mi

libro y lo difícil que sería terminarlo, sabiendo que mi padre no era el hombre que pensé que él era. Kelley me recordó algo, que como empleador, yo ya lo sabía. El apostar es una enfermedad, como el alcohol y las drogas. Todavía, me sentía herido, sentía ira, y sentía dolor. ¿Cómo, pensé, podría yo terminar mi autobiografía, *El Preso del Camión*, con este descubrimiento de la adicción de mi padre?

Temprano en la mañana siguiente, después de asegurarme que la operación del corazón de mi hermano Joe tuviera un gran éxito, yo me encontré con Richard (el Dr. Sarkis) en el aeropuerto para nuestro viaje de regreso a Florida. Le dije acerca de las revelaciones perturbadoras que había aprendido de Joe. Richard no estaba sorprendido. El me dijo que muchos de nuestros parientes sabían que mi padre era un jugador. Richard compartió algunas de sus experiencias que trabajando con pacientes con todas clases de adicciones. El dijo que tomaría tiempo para yo curarme y encontrar la paz y el perdón. Sabía que esto sería especialmente difícil porque mi padre ya estaba ido. Ya no podría hablar con él acerca de ello.

A los sesenta y siete años, el Dr. Sarkis era un sobreviviente de la cirugía de by-pass del corazón. El sobrevivió aún la hepatitis que desarrolló después de la cirugía. También fue sobreviviente del cáncer de la próstata, el cáncer del colon, y cirugía relacionadas a problemas con relación a severidades espinales. En su práctica, él tuvo que tratar a con pacientes envueltos en las drogas, con el alcohol, y con la adicción a las apuestas. Por su propio diagnóstico, él era un milagro andante. Así que, escuché a mi primo. Escuché con cuidado cada palabra Richard decía sobre la " adicción de las apuestas".

Al día siguiente, al verificar mi correo electrónico, encontré este mensaje de mi hijo Fritz con fecha del 18 de noviembre, 1998:

Querido Papá,

Le pasaré tu agradecimiento a Kelley. Ella se sintió mal que no te pudiera ver por la mañana antes de que se fuera. Supongo no nos dimos nos dimos cuenta de que su vuelo de partida era tan temprano. De todos modos, esta usted siempre bienvenido a quedarse en nuestra casa. Usted debe ser el invitado más fácil de la tierra. . .Cheerios, plátanos, leche, café, Ovalteen, y una cama. Ningún problema—Ya tenemos todas esas cosas diariamente. La próxima vez, traiga a Abuelita con usted. Fue maravilloso poder verle. Siento que no pudiéramos acompañarnos por mas tiempo, y siento mucho por la condición del Tío Richard. Debe ser muy difícil para él y para sus seres queridos, inclusive usted.

He pensado mucho acerca de usted y acerca de su padre, el abuelo que nunca conocí. Creo hay nada malo en la manera que usted se siente en este momento. Estar encerrado el camión fue definitivamente una forma de maltrato de menores. Las memorias que lo persiguen son verdaderas, y usted no se puede culpar par la manera que usted se siente acerca de esas noches frías en el camión. El abuso

que usted sufrió, sin embargo, fue de un hombre con una adicción. Apostar es una adicción comprobado. Las personas con adicciones ponen sus adicciones en primer lugar antes de aquellos a quien aman. Para vencer las adicciones, las personas necesitan de la ayuda de profesionales. Su padre no tuvo la oportunidad de conseguir ayuda.

Estoy seguro que su padre desesperadamente deseó ser un buen padre y proveedor. Su enfermedad se entrepuso. Usted, siendo el hijo mayor, y mi Abuelita fueron expuestos a sus debilidades más que a los demás. Su padre lo adoró mucho. ¿Por qué entonces lo amonestó él para obtener una educación? El deseó que usted tuviera una mejor vida que la que él tuvo. ¿Por qué vino hacia usted cuando él supo que se moría pronto? Porque él supo que usted podría cuidar de la familia. El confió y lo amó tanto como él confió y amó a cualquiera o a cualquier cosa. Estoy seguro que él está muy orgulloso de la manera que usted tomó el control y llegó a ser un proveedor por los pasados cincuenta y más años.

Así que, en mi opinión, está bien sentirse de la manera en que usted se siente acerca de esos años en el camión. Pero usted debe comprender que su padre era humano y, desafortunadamente, tenía una adicción que afectó la manera en que él trataba a los que amaba. Es bueno desahogarse, y entonces finalmente, usted perdonará a su padre. Siempre recuerde, él lo amó mucho y a sus hermanos y hermanas, y la Abuelita. por favor envía nuestro amor a mi Mamá y dígame que nosotros la extrañamos.

Con amor, Fritz

Esta fue mi respuesta de correo electrónico a Fritz:

19 de noviembre, 1998

Fritz, hijo mío,

Fue una gran alegría poder abrazar y sujetar al pequeño Frederick William III. Estoy tan feliz de haber compartido mi dolor contigo y Kelley. Al compartir, voy aprendiendo. Kelley me abrazó mientras lloré. Ella me brindo alivio con sus palabras. Yo tenía la menor idea que el padre de Kelley tuvo una semejante, si no peor, situación con su padre. Como yo te dije, no habito en esto diariamente. Es sólo cuando hablo o escribo acerca de ello con la familia o los amigos que comienzo a llorar. Por ejemplo, cuándo el primo Richard y yo volábamos atrás hacia Florida esta semana, él pregunta, "¿Acaso no te daba palmaditas en la cabeza ni te dio un abrazo durante esas larga horas nocturnas en el invierno cuando él regresaba al camión para buscar frutas y vegetales?"

La pregunta de Richard me hizo sentir peor. Tu abuelo estaba tan agobiado con sus pérdidas de apuestas que él no se daba cuenta que yo aún estaba en el

camión. El no me mostró un poco de atención o cariño. Ni una palabra. Ni un abrazo. Ni una palmadita en la cabeza.

Tu mensaje fue sensitivo. Me ayuda a libertarme de culpas por la ira que he estado sintiendo hacia él. Me recuerda que la adicción de la apuesta puede causar que uno 'ponga sus adicciones en primer lugar antes de aquellos a quien aman.' Sin embargo, yo todavía estoy teniendo problemas para poder entender, aún con su adicción a la apuesta, cómo él no me podía ver en el amargo frío, apiñado junto a una lámpara de kerosén en la parte de atrás de ese camión, y no tener compasión por mi. El hizo a su hijo prisionero de su adicción. En las noches de invierno los sábados, en 'Hedges Bar and Grill', habían veces, durante esas cuatro horas, que él no abría la puerta de la parte de atrás del camión cerrado. ¿Eran esos los días en que él ganaba las apuestas? ¿Cuándo él abría el camión una vez cada hora, eran esos los días que él apostaba todo el jornal del día entero? ¿Después de que perder todo su dinero en efectivo, saldría él de las deudas de juego pagando con sus productos? ¿Era entonces cuando él parecía estar aturdido cuando abría el camión cerrado para llevarse las frutas y vegetales a la cantina—justo delante de mis ojos? ¿El vicio hizo que él se cegara de mi existencia?

Nunca hablé con mi madre acerca de esto. Estaba consciente de que ella tenía las manos llenas cuidando de sus niños así como también con la conducta de mi padre. Esa es realmente la respuesta a tus preguntas de, "Por qué no se involucró ella?" o "¿Por qué ella no le dijo a los hermanos de mi padre, Charlie, George o el Tío Deeb, el Sarkis mayor?"

En aquella época, todos parientes que vivían cerca se involucraban por la felicidad de los niños de unos a otros. Nunca me quejé a nadie, ni aún a mi madre. ¿Por qué? Porque pensé que mi padre trabajaba duramente para sostener a su numerosa familia. Yo no sabía que él apostaba. Sentía compasión por sus largas horas y su duro trabajo.

Me siento conmovido que deseas que yo piense en perdonarlo. ¿Cómo perdono yo a un padre cristiano, inteligente y de treinta y nueve años de edad, líder en su iglesia, que me forzó a estar en un camión por unas cien horas a la semana, cuando yo realmente no estaba necesitado después de todo? ¿Cómo perdono yo a un padre que me encerró en la parte de atrás de ese camión por cuatro horas en las noches de invierno mientras él apostaba? ¿Cómo perdono yo a un padre que nunca me ofreció un desayuno caliente por la mañana ni una cena caliente por la noche porque él no deseaba que su hijo lo viera apostando? ¿Cómo perdono yo a un padre, cuando su vicio lo ciego a ver las necesidades y la soledad de un hijo que él encerró en la parte de atrás de una prisión de invierno? ¿Qué tal si me hubiera quedado dormido en la parte de atrás de ese camión y sin querer pateaba la lámpara de kerosén? ¿Cómo me hubiera salido de ahí? ¿Daría eso alguna vez en pensamiento? ¿Acaso el vicio lo hace ciego a esta posibilidad? Dios mío, era

un chico pequeño de ocho años cuando esto comenzó y duró por siete años. ¿Cómo perdono yo todo esto? ¿Cómo lo hago?

Un día me asomé por la ventana de 'Hedges'. Yo lo vi con el recipiente de cuero redondo en la mano tirando los dados. Lo vi llevándose el flipper del restaurante del mercado público. Lo vi jugando a las cartas los domingos con los señores de la parroquia. Como joven niño, yo pensé que todo esto era su forma de recrearse. En la cantina, yo pensé que eso era su manera de hacer amigos antes de que él hiciera una venta. Con sus mentiras y engaño, él abusó cruelmente de mi inocencia y naturaleza confiada. En realidad, lo que él hizo era una forma de maltrato a menores. A veces pienso que habría preferido mas bien los sufrimientos de una breve paliza por media hora cada día y entonces tener el resto del día en libertad.

¿Puedes creer que cuando tu padre de setenta y dos años de edad se permite pensar y escribir estas cosas, él vuelve a ser ese chico pequeño de nuevo, y se rompe en llanto?

De veras, la lección de como vender las fresa y su lección de cinco minutos sobre la educación me ayudaron a estudiar y escapar finalmente del camión-prisión. Dudo que haya logrado hacerlo, de no haber sido por esas tres breves lecciones de las fresas, las canastas vacías, y la Regla de Oro.

Estudí en el frío como lo hizo Abraham Lincoln, bajo las luces de esa lámpara de kerosén, para ganar mi libertad. Utilizando los regalos del Espíritu Santo, yo tomé mi la experiencia de mi sufrimiento y la utilicé para ayudar a moldar mi carácter. Sé que había, y continúa a teniendo, mucho bien que provino de mi prisión de la niñez. Esto lo celebro. Necesitaré más tiempo para "celebrar" mi perdón, si ese tiempo llegara a venir alguna vez.

Estoy muy orgulloso de nuestra familia entera, y deseo que todos lo sepan. Por esta razón, yo he compartido tu correspondencia y mi respuesta con todos. Sé que ustedes son padres cariñosos. Espero que mi experiencia los hará aún "más" cariñosos en las relaciones con sus familia, con los parientes, y con los amigos.

Tu amado Papá

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿En su opinión, por qué el padre de Fred no le permitió a él ir a la cantina de ‘Hedges and Grill’ como lo hizo Joe?**

- 2. ¿Por qué piensa que Fred no le dijo a su padre que él no quería permanecer en la parte de atrás del camión?**

- 3. ¿Piensa usted que el padre de Fred se equivocó al no haberle dicho acerca de su adicción a las apuestas? ¿Por qué?**

- 4. ¿Describe la diferencia entre Fred y Joe?**

- 5. ¿Cómo hijo mayor, varían las responsabilidades de Fred a las de sus hermanos y hermanas?**

Los Estudiantes de –

Hable con sus padres o mentor acerca de lo siguiente:

1. ¿Alguna vez han tenido sus padres o mentores un descubrimiento alarmante? ¿Cómo trataron ellos con ello?

2. ¿Cómo se llevaron sus padres o mentores con los padres?

3. ¿Qué es una de las cosas los padres y los niños podrían hacer para llevarse mejor?

4. ¿Está bien que las personas lloren, especialmente los hombres? ¿Por qué? o por qué No?

¿Por qué Pa? ¿Por qué?

En el 1999, después del descubrimiento del vicio de mi padre, yo puse el primer bosquejo de mi libro, *Preso del Camión* a un lado. Estaba confundido. ¿Lo debo dejar así como está o vuelvo a todos los capítulos que había escrito y los rescribo con la luz de este nuevo descubrimiento? Simplemente no sabía cómo terminar el libro, así que abandoné el libro incompleto.

Después de mi correo electrónico a Fritz, a Kelley, y a mi familia, yo enfoqué mis atenciones en el Torneo de Tenis de Mayores en Florida. Mi objetivo era de subir de rango de número diez al número uno en el estado de Florida y posiblemente a primero en la nación. Me divertí jugando al tenis competitivo y haciendo nuevos amigos, pero algo faltaba en mi deseo, impulso, y determinación. No llegué muy lejos de lograr mi nuevo objetivo.

En cualquier momento yo habla de la adicción de mi padre a parientes o amigos, yo me ponía muy triste y deprimido. Traté de dejarlo fuera de mi mente. Simplemente no podía terminar *Preso del Camión*.

Una de las personas con quien yo jugaba al tenis en Florida era justamente era maestro de la escuela Superior de Palmetto en Palmetto, Florida. Su nombre era Rick Born. Rick realmente quería y tenía interés por todos los niños y él tenía su propia familia. El era un sacerdote católico, pero dejó su posición para casarse, y posteriormente llegó a ser un maestro. Un día después de jugar al tenis, Rick me preguntó acerca del libro que escribía. A él le gustó la historia de las fresas y las canastas vacías. El me pidió que yo contara mi biografía a su clase. El creyó que yo lo podría tornarla en una charla motivadora, para ayudar que los niños crean en sí y para ayudarlos a logran sus objetivos y sueños en la vida.

Le hablé a la clase de Rick. Esta fue mi primera conversación con niños en año 1999. Fui presentado como el hombre que escribía un libro llamado *Preso del Camión*.

Vestido como un payaso vagabundo, mi charla comenzó con un acto de cinco minutos con música—un acto con un mensaje importante. Mientras la música toca, el payaso trata de andar sobre una cuerda tensa conectada a dos sillas de niños. El payaso utiliza una pequeña red y un pequeño paraguas, el tamaño de un plato llano, en caso de que él se caiga. El se cae. El llega a estar muy, muy triste. Entonces el llega busca la manera de convertir su fracaso en éxito. El estira la cuerda en el suelo para hacerla recta y, con gran alegría y con la cabeza en alto, él anda y baila en la cuerda. Su audiencia entiende el mensaje. "Cuándo la vida te entrega un fracaso, tienes que buscar la manera de convertir ese fracaso en el éxito", o "Si al principio no tienes éxito, trata, trata otra vez".



Después del acto del payaso, yo compartí historias y lecciones aprendieron en mi camión-prisión, semejante a las historias en este libro. Las respuestas de los estudiantes y maestros eran muy positiva. Posterior a ese día, la Herb Tschappat, el director de la escuela, me pidió que hablara con la escuela entera, porque él sentía que sus estudiantes necesitaban oír mi mensaje de desarrollo del carácter. La población estudiantil eran cerca de una tercera parte de afroamericanos, una tercera parte de latinos, y una tercera parte de blancos.

En el 28, 29, y 30 de abril del 1999, en la clase de la mañana y tarde, yo di doce charlas motivadoras con 1,200 estudiantes de escuela superior. Según los comentarios y las respuestas que obtuve, los maestros y los estudiantes sentían que mi historia era una que tenía que ser compartida con otros. Muchos de los jóvenes dijeron que ellos veían la importancia del entusiasmo y una actitud positiva para llegar a ser lo mejor que ellos posiblemente pudieran ser. Ellos se dieron cuenta de que éstos eran habilidades importantes que ellos podían utilizar por el resto de sus vidas.

Yo nunca hablé de la adicción de mi padre en ninguna de estas charlas. Sentía que esto sería una distracción a mi mensaje.

En mayo del 1999, mi esposa y yo volvimos a Rochester. Próximamente después, recibí una llamada telefónica de Jim Roman, un miembro del Club de Tenis de Rochester. El se había enterado de mis charlas en Florida y él preguntó si hablaría con cerca de cuarenta señores que eran activos en el trabajo de la misión en el área de Rochester y más allá. Así que entonces, fui a la Iglesia de la Transfiguración en Pittsford, Nueva York, que es un suburbio de Rochester.

Realicé el acto de payaso y hablé con este grupo de señores el 15 de junio del 1999. Yo me senté en un taburete alto en la capilla para hablar con el grupo. Le di una charla semejante a la que yo le brindé a los estudiantes en Florida. Hablé sobre las experiencias de mi niñez que llevaron a la poca autoestima. Les hablé acerca de las frías noches de invierno en la parte de atrás del camión y la lección de mi padre de las fresas que ayudó vencer mi timidez. Yo les dije cómo, con la

práctica, yo llegué a ser un vendedor apasionado y muy exitoso por doce años. Les conté de la historia de las cestas vacías que yo no quería recuperar del tercer piso de ese apartamento en la Avenida Este. Hablé de la conversación esencial y sumamente emocional de cinco minutos con mi padre que me dirigió a creer que la única manera yo podía ser libre de la Prisión era de utilizar la parte de atrás de ese camión como lugar para estudiar. Hablé de mi Compañero Espiritual, que, a través de toda mi vida, en los buenos tiempos y malos tiempos, me animó a utilizar los siete regalos del Espíritu Santo, especialmente el regalo del valor.

Durante el período de las preguntas y respuestas, alguien preguntó cuándo *Preso del Camión*, sería publicado. Para contestar la pregunta, yo le dije de la historia acerca de la visita de a mi hermano Joe y el descubrimiento de la adicción de mi padre. Dije que este descubrimiento me desalentaba a publicar este libro.

Cuándo le hablé a estos señores del dolor de mi descubrimiento, yo perdí el control de mis sentimientos. Yo no podría encontrar mi voz. Las lágrimas inundaron mis ojos y se corrían por las mejillas. Sostuve la mano hacia arriba para prevenir que alguien se avanzara a consolarme.

estaba avergonzado. En esa capilla, por primera vez desde mi descubrimiento, yo me encontré diciendo en voz alta, herido y enojado, "El me robó mi niñez. El me robó mi niñez". Mi charla terminó con esa nota.

En cuestión de segundos, yo estuve rodeado por muchos de los señores que atendieron. Ellos me dieron palmadas en el hombro y alabaron mi charla. Algunos de los hombres me contaron de varias adicciones en sus propias familias. Otros me dijeron que con el tiempo yo me curaría y finalmente perdonaría a mi padre. Ellos oraron para que esto sucediera.

Después de que compartir mi historia, el Diácono Mike Piehler sabía que todavía sentía dolor por el descubrimiento de mi padre y su adicción a las apuestas. El sugirió que hablara con el Dr. Dennis Boike, un consejero en Canandaigua, sobre terminar mi autobiografía y como poder tratar con el reciente descubrimiento de mi padre y su adicción a las apuestas.

En el 27 de julio del 1999, a los setenta y tres años de edad, yo hice mi primera cita en mi vida con un consejero. Me reuní con el Dr. Boike en su oficina. El me pidió que le contara la historia de mi vida, desde la niñez hasta el alarmante descubrimiento de la adicción de mi padre. Nuevamente, cuando hablaba de la soledad y la angustia que experimenté en la parte de atrás de ese camión esos sábados amargamente fríos, yo perdí el control de mis sentimientos. Se me hacía difícil encontrar mi voz, y no podía controlar mis emociones. Yo simplemente no podía hablar sin llorar.

El Dr. Boike explicó que esos programas para el tratamiento de las drogas, para el alcohol, y para las adicciones a las apuestas no existían en los años cuando era un preso del camión. El me explicó que mi padre tenía una enfermedad y en aquella época no había tratamiento para esa enfermedad. El dijo que de todas las adicciones, el apostar era la enfermedad más difícil de curar. La

adicción era tan grave, que cuando mi padre abría la puerta de la parte de atrás del camión y no me veía, formaba parte de la enfermedad.

El 19 de agosto del 1999, me entrevisté con Dr. Boike otra vez. El Dr. Boike me dijo algo semejante a lo que Fritz me había escrito unos pocos meses anteriores. "El abuso que usted aguantó fue hecho por un hombre con una adicción. El apostar es una adicción comprobada. Las personas ponen su adicción en primer lugar antes de aquellos a quien ellos aman. Para vencer las adicciones, generalmente la intervención profesional es requerida. Su padre no tenía la oportunidad de conseguir ayuda. Estoy seguro que su padre deseó desesperadamente ser un buen padre y proveedor. Su enfermedad se puso por el medio".

Traté de comprender. Quería comprender. Pero cada vez que yo recordaba la prisión en mi niñez, yo sentía ira y dolor.

Preguntas que un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿Cómo ayudó la charla con el grupo de hombres, a Fred con su ira y frustración?**

- 2. ¿Por qué piensa usted que el padre de Fred lo encerró en la parte de atrás del camión?**

- 3. ¿Cómo ayuda el llorar con las emociones?**

Estudiantes –

Hable con sus padres o mentores acerca de lo Siguiete:

1. ¿Han sido afectados sus padres o mentor por la vicio de otra persona?

2. ¿Qué es los objetivos de su padre en la vida?

3. ¿Si sus padres o mentor podrían hablar con usted acerca de cualquier tema, qué sería?

¿Qué dirían ellos?

El sobre marrón

En el 20 de agosto del 1999, vi a Dr. Boike nuevamente. Hablamos del bosquejo de 325 páginas de *Preso del Camión* que había escrito antes del descubrimiento de la adicción de mi padre. El Dr. Boike dijo que yo no debía de cambiar lo que yo ya había escrito. En vez, él sugirió que encontrara la manera de perdonar y hacer las paces con mi padre ya muerto y terminar mi libro. (Es bastante difícil arreglar algo con alguien cuando ellos no están ni vivos). Por todos esos años antes mi descubrimiento, yo había puesto la prisión de mi niñez fuera de mi mente, pensando que mi padre era una trabajadora víctima de la época de la Depresión. Después de todo, yo pensé, él era un preso de ese camión, seis días a la semana, todo el año. Al descubrir que él también era una víctima de una adicción cambió mi forma de pensar. Causó que yo reviviera mi niñez que ahora yo sentía fue robada de mí. Traté de perder el dolor. Traté de olvidarlo, pero simplemente no podía. Simplemente no podía. Yo sabía que un día encontraría la paz con su memoria.

Poco antes de que mi hora con Dr. Boike se terminase, durante los últimos minutos, yo me encontré diciéndole a él,

"Esta bien, así que mi padre tenía una adicción y éstos eran los días cuando la ayuda no estaba disponible, pero me dígame, Doctor, ¿por qué un hombre con una adicción hace arrastrar a su hijo a su adicción encerrándolo en la parte de atrás de un camión en medio del invierno por cuatro horas, mientras él apostaba? Adicción o no, esto no era un acto impulsivo, a diferencia de la ira en un momento sin pensar. Esto era deliberado. Esto era planeado. Esto era despiadado. Esto era cruel. Esto era repetido sábado tras sábado, invierno tras invierno".

"¿Por Dios, Dr. Boike," grité fuertemente, "Por qué él no me permitió que yo gastara mi propio níquel para tomar una tranvía para regresar a mi casa mientras él alimentaba su adicción? ¿Cómo lo puedo perdonar por eso?"

El Dr. Boike vio mi dolor profundo. Muy preocupado él dijo, "Fred, Fred, si usted tomaba una tranvía a casa, su madre se preguntaría dónde estaba su padre. Usted era su encubierta. Tengo a otro paciente que espera. Te diré algo—planifica una cita con mi secretaria, y hablaremos de esto en nuestra próxima cita".

¡Estaba sorprendido! Con asombro, sin parar en el escritorio para hacer otra cita, yo salí de la oficina del doctor sintiéndome peor que cuando entre. Yo solo era una "encubierta" de la adicción de mi padre. Yo nunca le había pensado en esto. Ahora yo me sentía utilizado, traicionado y violado. Volví a mi casa sintiéndome triste, muy triste.

Cuándo volví a mi casa, pensé atrás en el tiempo cuando yo tenía veinticuatro años, sentado en el patio trasero de mi casa, buscando una estrella fugaz para ayudarme a decidir lo que debía de hacer con el resto de mi vida. Recordé a mi

padre cuando salió a ese mismo patio hace uno cuarenta y ocho años. Esa fue la noche en que mi padre me dijo que él sólo tenía unos pocos meses para vivir—la noche la cual él me pidió que cuidara de mi madre y mis hermanos y mis hermanas más jóvenes. Salí al balcón de nuestro condominio que tiene vista al pacífico Lago de Canandaigua. Era una noche oscura, pero el cielo estaba lleno de millones de estrellas brillantes. Con lágrimas en los ojos, yo me encontré mirando hacia arriba al cielo y dije en voz alta. "Esta bien, Pa, muéstrame una estrella fugaz y yo lo aceptaré como su disculpa por el dolor y la discordia que usted ha causado en mi vida. Usted me robó mi niñez, realmente usted lo hizo. Dicen que usted sufría de una enfermedad, una adicción a las apuestas. Quiero ver su estrella fugaz, Pa. Si la veo, imaginaré sus palabras que llevan tras ella diciendo: "Perdón, Fred, por el dolor y sufrimiento yo te causé y a tu mamá. Perdóname por haber desordenado tu niñez. Lo siento. Lo siento".

Esperé por sobre media hora, pero tal y como anteriormente, no habían estrellas fugaces, ni una. Yo me fui a la cama orando que pudiera encontrar la manera para perdonarlo, una manera de acabar mi libro, una manera de seguir adelante con mi vida.

El mismo día siguiente, el 21 de agosto del 1999, era el cumpleaños de mi hermanito Joe por sus sesenta y nueve años. Salí hacia afuera al buzón y descubrí un sobre grande color marrón. Noté que la dirección del remitente era la de la Escuela Superior de Palmetto en el Palmetto, Florida. Dentro del sobre habían cartas de 122 estudiantes y seis maestros. Abrí el paquete y empecé a leer, una a una. Cuando terminé de leer ellos en el balcón de nuestro condominio con la hermosa vista del Lago de Canandaigua, una calma inexplicable vino sobre mí.



Sobres marrones llenos de abrazos-cartas de niños y maestros

Las cartas en el gran sobre marrón parecieron hablar conmigo. Imaginé a mi padre que parado frente a mí, con sus manos alrededor de su boca diciendo,

"Ah, ya otra vez te vas compadeciéndote de ti mismo, tal como lo hiciste cuando estabas en el camión. Fred, mi hijo, ya sé que no viste una estrella fugaz anoche. Mas entonces, unas pocas horas más tarde, recibiste un gran sobre marrón de los maestros y niños en Florida. Otra vez de tu vida, haz aprendido las

lecciones de la honradez, de la paciencia, del entusiasmo, y de la educación. Esas lecciones te ayudaron a convertir tus errores y fracasos en el éxito.

Serviste a personas con alimentos y refrescos en su lugar de trabajo. Construiste una aldea divertida y una gran montaña de esquí para personas puedan disfrutar. Haz ganado muchos premios por tus éxitos en el negocio. Haz recibido altos honores por tu servicio a otros de tu comunidad. Me morí antes de que te casaras con Helen. Yo nunca pude ver a mis nietos, Gina, Greg, Wade, Fritz, y Josh. Dios bendijo su familia con casamientos felices y ahora tienes tus propios doce nietos sanos y felices. Todos tus hijos son empresarios con éxito. Estas cercano a tus hermanos, y hermanas queridos, a los parientes y a los amigos.



Mi esposa Helen, nuestros hijos, sus esposos, y nuestros nietos.

Así que, escúchame hijo. Tienes una nueva misión en la vida como voluntario. Debes de terminar y debes de publicar a Preso del Camión y un resumen llamado Sí Pa. Darás charlas a los niños ya los adultos. Construirás un lugar en la red cibernética nacional y una fundación sin fines de lucro para ayudar los niños con el desarrollo del carácter, para que así ellos puedan tener éxito la vida. Buscarás la ayuda de los padres y los maestros en tu misión. Sé que estas un poco molesto conmigo, ¿pero dónde estarías sin las lecciones yo te enseñé? Recuerda hijo, la lección de la fresa, la lección de la cesta vacía, la Regla de oro, y las lecciones de la honradez.

Mi vida no fue fácil, hijo. Mi adicción a las apuestas me causó tanto sufrimiento y pérdida como te hicieron a ti y a tu mamá. Así que detén tu dolor y sigue adelante con el buen trabajo que usted hace con los niños. Y aquí un pensó para ti. Trata a todas las cartas que recibes de los niños y los maestros, ahora y en el futuro, como abrazos que usted nunca obtuvo de mí. Sobre todo, entiende

que yo siempre te amé y por favor perdona me, mi hijo, como tu madre lo ha hecho. ¿Me escuchas? ¿Me escuchas?"

Agarrando el sobre marrón, con amor por mi padre y el perdón en el corazón, y con lágrimas que corrían por mi cara, yo miré hacia arriba al cielo, y por una última vez dije,

"¡Sí Pa!"

Preguntas un maestro o mentor debe hacer a un estudiante:

- 1. ¿Cómo llegó Fred al momento donde podía perdonar a su padre por el abuso que él había sufrido cuando niño?**

- 2. ¿En la vida de Fred, lo ayudó su padre o lo hirió más? ¿Sería Fred la persona que él es hoy sin su padre?**

- 3. Describa un momento en su vida cuando usted tuvo que perdonar a alguien.**

Estudiantes –

Hable con sus padres o mentores acerca de lo Siguiete:

- 1. ¿Alguna vez tuvieron a sus padres o mentor que alguien les hablaba y daba buenos consejos? ¿Cuál fue el consejo y siguieron el consejo? ¿Cómo?**

- 2. ¿Alguna vez han tenido sus padres o mentor que perdonar alguien? ¿Qué los ayudó a hacerlo?**

- 3. Mencione tres cosas que sus padres o mentor quieran ser recordados.**

APENDICES

- ✦ **Prisiones Sin Barras**
- ✦ **Prescripción para Vivir una Buena Vida**
- ✦ **¿Qué opinan los maestros, los padres y los mentores acerca de *Sí Pa*?**
- ✦ **Un mensaje de Fred.**

PRISIONES SIN BARRAS

Una prisión no tiene que tener las barras para ser una prisión. En el Diccionario del Libro Mundial, una de las definiciones de la palabra "preso" es: "Una persona que es mantenida encerrada contra su voluntad o no es libre para moverse". Bajo esta definición un preso puede ser una persona:

- quién tiene poca autoestima sobre su carrera, sobre su credo, sobre su color, sobre su religión, sobre su peso, sobre su apariencia personal
- quien vive con un solo padre, deseando que ambos padres vivan juntos en el hogar
- quien, cuando tentados a usar las drogas, no pueden aprender a decir, "Ahora no, y nunca jamás"
- quien tiene que vivir con un ser amado que es adicto a drogas, el alcohol, o el vicio de las apuestas
- quien haya sobrellevado el angustioso mal trato de menores de alguna manera
- quien es adicto a los juegos electrónicos y el uso excesivo de la computadora que roba el tiempo para estudiar, la autosuperación, o la ayuda a otros
- quien falla en aceptar la responsabilidad por la mala conducta, echándole la culpa a otros
- quien falla en proponer metas
- quien carece del deseo, la determinación, y el entusiasmo que se necesita para desarrollar los buenos hábitos que pueden llevarlos al éxito y la felicidad
- quien no se puede adaptar a los grandes cambios en la vida
- quien falla en no abrazar el poder oculto dentro de sí mismo, y con la ayuda de Dios, para llegar a ser lo mejor que él o ella pueden ser
- quien se da por vencido cuando él o ella cometen errores o fallan
- quien no ha aprendido a cómo amar y perdonar
- quien valora las posesiones las riquezas materiales más que en la riqueza carácter
- quien no se da cuenta de la libertad de vivir y practicar la Regla de Oro

Si usted siente que está en alguna forma de prisión, "silenciado contra su voluntad y no en libertad de moverse", yo oro que este libro lo ayude a encontrar la llave a la libertad, al éxito, a la felicidad, y a la tranquilidad en todo usted dice o hace.

Prescripción para Vivir una Buena Vida *

1. Trate a los demás como usted quiere ser tratado. (La Regla de Oro)
2. Sea honesto; no mienta, estafe o robe; haga su palabra su vínculo.
3. Trate la vida con cuidado; evite la conducta arriesgada.
4. Muestre respeto por la autoridad legítima—a los padres, los maestros, la policía y el gobierno.
5. No permita que el abuso físico ni mental sea inadvertido.
6. Lea libros—regularmente.
7. Sea tolerante las creencias de otros.
8. Expresé el honor, amor, y el respeto por su familia.
9. Haga un compromiso de continuar la educación a través de su vida.
10. Muestre respeto a toda vida—humana y animal.
11. Evite la violencia, práctica la no violencia, apoye la paz.
12. Celebre las diferencias—de el género, la carrera, la religión, la formación, la apariencia, y las incapacidades.
13. Busque del conocimiento, la sabiduría, y la verdad.
14. Practique control de la salud; ejercite su mente y el cuerpo.
15. No abuse de su cuerpo; evite el tabaco, el alcohol, y las drogas.
16. Ayude a los que sufren o están necesitados.
17. Evite el embarazo hasta que usted esté listo para llegar a ser un padre.
18. Cuente con hacer su propio camino en la vida.
19. Practique la caridad.
20. Respete el ambiente.

Mi hermana Vicky, madre de cinco y abuela de once nietos, dijo:
"Fred, si los adultos y los niños abrazaran estas 20 prescripciones, que mundo maravilloso este sería."

* Gracias a Rudy Kachmann, MD, Fundación de la Conducta, Fort Wayne, IN. El Dr. Kachmann es un neurocirujano que ha practicado la medicina por más de 34

años. Su fundación ayuda los niños desaventajados. Tuve la buena fortuna de conocer al Dr. Kachmann durante el Torneo de Tenis de Súper Mayores en Nápoles, FL al principios del 2004.

¿Qué opinan los maestros, padres y mentores acerca de *Sí Pa*?

¿Es *Sí Pa* flexible para el uso en las escuelas, las familias, y las organizaciones que proveen mentoría?

Sí. Las preguntas al final de cada capítulo están diseñadas para los niños, los maestros, los padres y los mentores. Estas preguntas son la piedra angular del programa de *Sí Pa*.

¿Para las escuelas, hay disponible una Guía de Recursos para los maestros que ofrece una variedad de actividades que realza el mensaje del carácter mientras a su vez ayuda a cumplir con los requisitos académicos del estado?

Sí, y la Guía es gratuita y se puede bajar en www.YesPa.org

¿Hay alguna evidencia de estudio de investigación de la efectividad del programa?

Sí. Los resultados de dos estudios de resultados independientes muestran el significativo impacto positivo del programa de Yes.Pa. Vea www.YesPa.org

¿Que dicen los especialistas de prevención sobre *Sí Pa*?

“La combinación de la prevención y de los programas de la educación de carácter resultan en beneficios aún mayores más de lo que pudieran alcanzar ambos solos”
-Lynne Gochenaur, especialista de la prevención

¿Que opinan los maestros hacerse de *Sí Pa*?

“En los 19 años de enseñanza, nunca había trabajado con un libro que causara un efecto tan profundo en mis estudiantes. En nuestro programa de seis semanas, *Sí Pa* cautivó la atención y los hizo hablar sobre muchos temas relacionados a sus vidas. Les causó sentir empatía- una emoción la cual los estudiantes de muchas escuelas intermedias raramente demuestran. Igualmente se manifestó el mejoramiento en sus actitudes en total y sus logros académicos. Muchos cambiaron de decayendo a pasando.”

- Joanne Agrasto, maestra de sexto grado

“Si Pa es el mejor libro para niños que jamás he leído. Cuando mis estudiantes empezaron a leer Si Pa, comenzó una transformación. Hubo un definitivo descenso de las actitudes negativas y problemas disciplinarios. Los estudiantes empezaron a darse cuenta que ellos son responsables de sus propios éxitos en el futuro y la felicidad. No es sólo una gran historia – enseña sobre la moralidad y los valores.”

-Dan Green, maestro de séptimo grado

¿Que opinan los padres acerca de Si Pa?

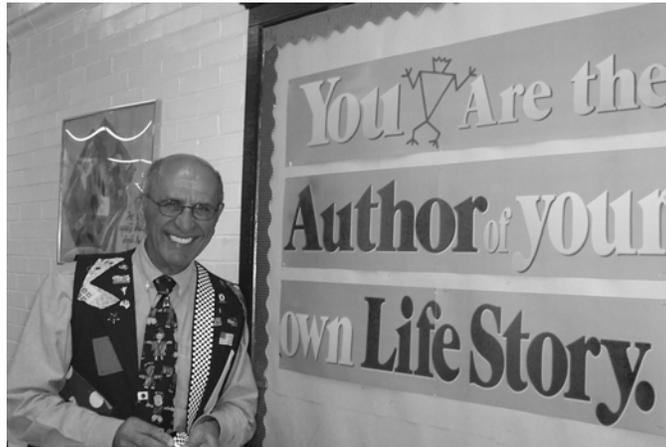
“Por qué no tienen más libros como éste en las escuelas -moralidades y valores en vez de toda la violencia y las cosas que no se puede comprender?”

“Este es un libro fantástico. Lo recogí, lo comencé a leer, y lo leí por completo.”

“Mi chico anteriormente nunca me habló como lo ha hecho desde que comenzó a leer *Sí Pa*.”

“*Sí Pa* se ha vuelto un asunto familiar porque mi hijo lo está leyendo, yo lo estoy leyendo, y mi papá lo está leyendo. Ha traído a relucir muchas de nuestras historias familiares.”

“Yo hubiera deseado que alguien me enseñara estas llaves al éxito cuando era chico.”



Un Mensaje de Fred

Desde los ocho años hasta los doce años de edad, tuve que trabajar en el camión de frutas y vegetales de mi padre—100 horas a la semana, seis días cada semana durante el verano. Me sentía como un preso de ese camión. La autocompasión gobernó mi vida.

A la edad de doce años, la tres lecciones de cinco minutos de mi Pa cambiaron mi actitud. Lo que él me enseñó acerca de la venta las fresas aumentaron mi confianza y autoestima. Aprendí que ese fracaso podía ser dado vueltas—que mi éxito estaba relacionado a mi actitud y mi entusiasmo.

Las otras dos lecciones me dieron la motivación para estudiar en el camión y para sobresalir en cualquier cosa que hiciera—utilizando la Regla de Oro como mi bandera. A la edad de doce años, yo me di cuenta de que podía ser el autor de mi propia biografía.

Como seres humanos, a menudo nosotros llegamos a estar atrapados en prisiones de nuestra propia cosecha— los hábitos de autocompasión, culpando a otros por nuestros fracasos, por los vicios, o por la desdicha. Perdemos la ambición. Fallamos en proponer metas.

A la edad de doce años, yo me di cuenta de que era el responsable de lo que hiciera de mi vida— nadie más. Llegué a ser un millonario cuando tenía treinta-cuatro—entonces lo perdí todo. Pero encaminado con las clases de es de mi Pa y con la fe en Dios y el ánimo de mi familia, yo nunca me di por vencido, y el fracaso una vez más girado al éxito.

Actualmente, a la edad de los ochenta y uno, yo tengo una nueva misión en la vida—inspirar otros para vencer cualquier dificultades que ellos enfrenten.

Sí Pa le mostrará el secreto para una vida feliz—cómo usted, también, puede desarrollar una actitud positiva, aproveche al máximo sus dones, y llegue a ser el autor de su propia biografía.

Visite

www.YesPa.org

para bajar gratis lo mas reciente

del libro

Sí Pa,

Guías de Recursos para el Maestro-Mentor,

Testimoniales y Otros Videos

Envia un correo electrónico a Fred a

YesPaCares@aol.com